



**Resistir desde los residuos: prácticas sociales de resistencia de los paqueros urbanos
(acercamientos etnográficos en Medellín y Bogotá)**

María Isabel Correa Espinosa

Tesis de maestría presentada para optar al título de Magíster en Antropología

Asesora

Paula Andrea Restrepo Hoyos, Doctor (PhD) en Filosofía

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Maestría en Antropología
Medellín, Antioquia, Colombia
2022

Cita	(Correa Espinosa, 2022)
Referencia Estilo APA 7 (2020)	Correa Espinosa, M. I. (2022). <i>Resistir desde los residuos: prácticas sociales de resistencia de los paqueros urbanos (acercamientos etnográficos en Medellín y Bogotá)</i> [Tesis de maestría]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.



Maestría en Antropología, Cohorte VI.



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes.

Decano/Director: Alba Nelly Gómez García.

Jefe departamento: Sneider Hernán Rojas Mora.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Agradecimientos

Parece que la gestión de residuos orgánicos en pacas digestoras tiene una magia que atrapa a personas sensibles, amables y generosas con sus saberes y conocimientos, pues en todo este recorrido investigativo solo me encontré con personas que me compartieron de la manera más desinteresada sus historias, experiencias, reflexiones y deseos. A todos ellos les quiero agradecer por llenar mi corazón de esperanza e ilusión. Por remover los cimientos de las lógicas individualistas y egocéntricas que promueve el neoliberalismo y sembrar alternativas a los modos de vida imperantes. Agradezco a todos los paqueros por los cientos de residuos orgánicos que están dejando de llegar a los rellenos sanitarios. Su compromiso por la práctica fueron mi motor muchas veces para aportar, desde la academia, a esta movilización.

A Guillermo Silva, el desarrollador de las pacas digestoras, por su amistad y dadivosidad conmigo. La admiración que siento por él, su trayectoria de vida y su pasión por lo que hace, no caben en este texto. Me siento muy afortunada de haber contado con su compañía durante el desarrollo de este trabajo. La mayoría de las reflexiones que aquí comparto se deben a las decenas de conversaciones que tuvimos.

A mi asesora Paula Restrepo por acompañarme y permitirme proponer, intentar y hasta errar, para luego orientarme con exigencia y mucha bondad. Por ser para mí un ejemplo de articulación entre la academia y la movilización social. De igual manera, a los profesores de la Maestría en Antropología y a mis compañeros de cohorte, quienes nutrieron este trabajo con sus perspectivas y experiencias.

Finalmente, a la Universidad de Antioquia por ser ese espacio crítico de formación profesional, que me ha invitado además a la implicación política y la transformación social.

Tabla de contenido

Resumen.....	7
Abstract.....	8
Introducción	9
Sobre mi lugar como investigadora.....	13
De la cultura a las prácticas.....	14
Del análisis de marcos al análisis de redes	16
Hacia una antropología simétrica	17
Posicionalidad, audiencia y lenguaje.....	18
Sobre los métodos de investigación.....	19
Capítulo 1: Línea del tiempo pacas digestoras.....	23
1.1 1971-1985: ¡Pata, échele pata!	26
1.2 1986: La yarda cúbica y los corralitos	30
1.3 1996: Basurear la huerta con fermentos.....	32
1.4 1997: Opositores	36
1.5 2001: La prensa, la chicha y la paca digestora	38
1.6 2008: El laboratorio	41
1.7 2009: Tierra de capote certificada.....	43
1.8 2010: La Paquería y el mejor piropo que ha recibido la paca	45
1.9 2011: Los hallazgos de la academia.....	48
1.10 2014: Las pacas comunitarias.....	52
1.11 2015: Pacas y agricultura urbana	56
1.12 2016: La paca viaja a México.....	58
1.13 2017: Inmersión en bichos.....	61
1.14 2019: El Festival Paquero.....	66

Capítulo 2: Práctica paquera: comunicación, creatividad y reflexividad	70
2.1 Motivaciones paqueras.....	76
2.2 Prácticas comunicativas en los procesos de pacas digestoras	82
2.3 Prácticas creativas en los procesos de pacas digestoras.....	90
2.4 Prácticas reflexivas en los procesos de pacas digestoras	94
Capítulo 3: Lo político: postura estatista, dialógica e infrapolítica.....	102
3.1 Postura estatista de lo político	105
3.2 Postura dialógica de lo político	112
3.3 Postura infrapolítica.....	120
4. Conclusiones	130
Referencias.....	134

Lista de figuras

Figura 1. Cartelera promocional Pacas Digestoras Silva.....	23
Figura 2. Discusión entre vecinos por la elaboración de pacas	72
Figura 3. Recolección de hojas para la elaboración de pacas	75
Figura 4. Paqueando a pesar de la lluvia	77
Figura 5. Meme prácticas relacionadas con la gestión de residuos.....	83
Figura 6. Meme sobre la socialización de las pacas digestoras	89
Figura 7. Visita de la policía a los paqueros de Belén Rosales.....	103
Figura 8. Georreferenciación red Paquerxs Bogotá	108

Resumen

Las pacas digestoras son un método urbano de descomposición de residuos orgánicos que se realiza principalmente de manera colectiva y colaborativa entre comunidades de base. La presente investigación busca resaltar los procesos de gestión de residuos en pacas digestoras como una práctica social de resistencia que motiva formas alternativas y críticas de relacionarse con el entorno y con los otros. Es decir, como una propuesta crítica ante el problema urbano moderno de la generación y gestión de las basuras. Para esto, desglosa las diferentes materialidades, sentidos y competencias que se dan en esta práctica social y/o política.

En el primer apartado de este texto se realiza un recorrido histórico, cronológico y narrativo del proceso de innovación y promoción del método, desde la creación de Guillermo Silva hasta la apropiación urbana y comunitaria de esta tecnología. Luego, en el segundo capítulo, se hace énfasis en la práctica como proceso en el que se trascienden las motivaciones individuales y se generan procesos de creatividad, comunicación y reflexividad. Finalmente, en el último apartado, se profundiza en los procesos paqueros como práctica de resistencia política tanto desde sus potencialidades institucionales y dialógicas, como infrapolíticas y espirituales.

Palabras clave: gestión de residuos, prácticas sociales, resistencia, pacas digestoras, práctica política

Abstract

This research seeks to highlight waste management processes in "pacas digestoras" as a social practice of resistance that motivates alternative and critical ways of relating to the environment and to others. The practice as a critical proposal to the modern urban problem of waste generation and management.

In the first section of this text, you will find a historical, chronological and narrative story of the process, from the creation of Guillermo Silva to the urban and community appropriation of this technology.

Then, in the second chapter, "pacas digestoras" are placed as a process where individual motivations, creativity, communication and reflexivity are generated.

Finally, in the last section, there is a reflection about the practice as a political resistance with institutional and dialogical potentialities, as well as infrapolitical and spiritual aspects.

Keywords: waste management, social practices, social resistance, pacas digestoras, political practices

Introducción

Vivir en el mundo moderno, industrializado, neoliberal y capitalista actual implica prácticas muy veloces de producción y consumo que someten a la naturaleza a los hábitos, necesidades y deseos culturales sin importar su finitud. Una de las principales evidencias de esta problemática son las basuras, las cuales aumentan cada día en relación con el incremento de la población humana, los procesos de transformación industrial y agroalimentarios y los hábitos de consumo de las personas.

Mientras en las sociedades preindustriales los residuos predominantemente orgánicos podían ser digeridos o reciclados con facilidad por la naturaleza y los animales urbanos, a partir del siglo XVIII, con la revolución industrial, se empezó a dar la aparición masiva de otros tipos de desechos, que mezclados con la materia orgánica, hicieron que los modos tradicionales de tratamiento de basuras se empezaran a considerar obsoletos. El capitalismo promovido por la industrialización pronto dejó de ser aquel en el que se produce una “inmensa acumulación de mercancías” (Marx, 1867, p. 55), para ser sufrido como un sistema que propicia una cantidad desbordada de residuos. Pues, ninguna otra forma de sociedad anterior a la moderna ha producido basuras en una velocidad comparable a la nuestra, hasta el punto de convertirlas en una amenaza para la propia humanidad.

Fue gracias a la industrialización que se avanzó en la mercantilización de la vida cotidiana y por lo tanto en varias transformaciones culturales. Se propiciaron grandes cambios en las formas de producción y consumo, que transformaron a su vez los modos de relacionarse con los otros y con la naturaleza. La revolución industrial motivó la búsqueda de formas más fáciles y baratas de producir productos que incrementaron las ganancias de los capitalistas, aumentaron la explotación de sus trabajadores y llevaron a la conquista de nuevos territorios. Para responder a la creciente demanda de materias primas, se motivó el dominio militar y político de otras naciones y culturas. Como consecuencia el imperialismo y el colonialismo, con sus lógicas de dominio y poder, se arraigaron en múltiples prácticas cotidianas que sobreviven en la actualidad, entre ellas, la explotación de los recursos naturales y minerales, y el continuo saqueo y dominación de los bienes materiales, culturales y ambientales de todos los territorios. De ahí que autores como Guzmán Chávez y Macías Manzanares (2012) afirmen que “la problemática de los residuos se refiere explícitamente a dos fenómenos íntimamente relacionados: 1) la expansión humana que se expresa

en la ocupación, explotación y predominio de la especie en prácticamente todos los ecosistemas y rincones del planeta y 2) la lógica de producción-consumo industrial-capitalista” (p. 239).

Así, si bien los desechos generados por los grupos humanos siempre existieron, su presencia como problemática ambiental y global es un fenómeno reciente que responde a la crisis civilizatoria contemporánea. Las basuras son un vestigio material y palpable que da cuenta del uso intensivo de la tierra y la naturaleza, al tiempo que denota la fuerza geológica y morfológica en la que nos hemos convertido los humanos (Crutzer & Stoermer, 2000). Son una consecuencia del modo de producción industrial y capitalista, el cual considera la naturaleza como una máquina perfecta que puede satisfacer los deseos y necesidades humanas sin agotarse, ni deteriorarse. Además son una huella de la modernidad y la colonialidad ya que con ellas se empezó a considerar a los seres humanos segregados de y superiores al entorno que los rodea, y se propiciaron prácticas que denotan una separación entre la naturaleza y la cultura.

Teniendo esto en cuenta, es importante pensar en los desechos no solo desde su valor social y económico, sino también a partir de las relaciones y prácticas sociales que se dan en torno a ellos. Esto significa entenderlos como residuos socialmente construidos que dan cuenta de una de las tantas falencias del sistema de producción-consumo industrial capitalista, al tiempo que evidencia la emergencia de discursos, políticas y acciones que enfrentan la problemática de acuerdo con los intereses, percepciones y grados de poder que tienen los diferentes actores sociales involucrados en su generación, manejo y disposición final (Guzmán Chávez & Macías Manzanares, 2012).

Ahora bien, más allá de lo teórico y de su posible análisis, los datos sobre la problemática de la basura son alarmantes. En Colombia, por ejemplo, se producen 11,6 millones de toneladas de residuos sólidos al año, donde en el mejor de los casos, sólo el 32% deriva en una disposición final adecuada. El 15% de los residuos son vertidos en los cuerpos de agua, el 53% son colocados en botaderos a cielo abierto y de éstos sólo un 14% son operados con algún grado de técnica en alternativas como relleno o compostaje (Suárez Gómez, 2000).

Las investigaciones académicas demuestran que los fallos en la correcta gestión de los residuos en América Latina y el Caribe se deben principalmente a la debilidad institucional y gubernamental, la carencia de legislaciones adecuadas, la centralidad en la operatividad y la falta aparente de beneficios económicos (Siqueira & Assad, 2015). La gestión de los residuos se tiende a tercerizar y privatizar. Esto genera grandes conflictos con el sector informal, recicladores y pepenadores, al tiempo que se le atribuye la responsabilidad de los desechos únicamente a los entes

estatales y gubernamentales. Además, se le da primacía a la disposición final, antes que al cuestionamiento por la generación de los mismos.

La mala gestión de los residuos sólidos inorgánicos y su falta de reutilización, reparación, renovación y reciclaje para alargar su vida útil es alarmante, sin embargo, sorprende aún más el desaprovechamiento de los desechos orgánicos. Estos constituyen el 70% de los residuos diarios que se generan en los hogares, con un posible aprovechamiento del 100%, que no está siendo realizado. De esta manera se genera contaminación del resto de residuos, generación de lixiviados, degradación de la tierra y daños en las fuentes hídricas.

Ahora bien, a pesar de que es primordial resaltar las falencias de las políticas públicas y la mala gestión institucionalizada, tanto de los residuos orgánicos como inorgánicos, es necesario también hablar sobre las propuestas y alternativas que desde la sociedad, los barrios y las familias se están implementando. Pues cada vez más se evidencia el nacimiento de un gran número de experiencias de reciclaje y compostaje comunitario, a pequeña escala, que pretenden descentralizar la gestión de estos residuos.

En Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Costa Rica, Cuba, México, Perú, Venezuela y Uruguay, se han llevado a cabo de manera colectiva diversas técnicas de gestión de residuos domésticos, que si bien en un principio pueden estar financiadas por programas de cooperación internacional, por políticas locales de gestión de residuos y posiblemente con financiación pública, en la mayoría de casos, tienen éxito gracias a la participación e interés ciudadano (Platt, McSweeney & Davis, 2014; Mustapha, 2013; Composta en Red, 2012). En el caso del compostaje comunitario, pilas al aire libre, zanjas, trincheras, sistemas de tabiques, composteras rudimentarias y en recipientes, son algunas de las tecnologías más comunes implementadas de manera colectiva. Todas ellas con características diferentes que se adaptan a las necesidades de los territorios y las posibilidades de quienes participan de la gestión.

En Medellín, Colombia, el tecnólogo forestal Guillermo Silva, desde hace más de 30 años, ha estado posicionando un método innovador y alternativo para la gestión de residuos orgánicos: las pacas digestoras. Con ellas se promueve la descomposición de hasta 500 kg de residuos orgánicos –entre residuos de poda y desechos de cocina–, que después de ser prensados con la ayuda de un molde de un metro cúbico tardan aproximadamente seis meses en convertirse en tierra fértil.

Aunque Guillermo Silva es el principal promotor de este método de descomposición, son varios los equipos paqueros que han empezado a utilizar y promover esta técnica en la ciudad y en el mundo. Personas que desde sus barrios, unidades residenciales o lugares de trabajo inician toda una estrategia organizativa, movilizadora y comunitaria para empezar a hacerse cargo por sí mismas de los residuos, al tiempo que crean conciencia ambiental, apropiación del territorio y tejido social.

Esta técnica además de su relevancia ambiental y sus ventajas tecnológicas frente a otras alternativas de gestión de residuos, llama la atención por ser una forma de movilización social y comunitaria en la que se da una apropiación del espacio público, se politiza la vida diaria y la cotidianidad como espacios de transformación social, y se generan discursos críticos que trascienden los intereses privados y los estilos de vida individuales. Esto significa que, no se trata únicamente de la implementación de un método de gestión de residuos, sino de un proceso de acción, movilización y organización. De hecho, en muchos casos, las personas se han juntado para dejar de realizar la gestión de sus residuos de maneras más o menos espontáneas, y en cambio constituirse como proyectos de movilización colectiva con crecientes discursos activistas y motivaciones políticas que entienden la lucha ambiental dentro de un marco histórico de explotación, dominio y jerarquía.

Pretendo con esta investigación profundizar en este último aspecto. Esto es, analizar las prácticas sociales y políticas que hay detrás de la práctica paquera. En otras palabras, resaltar esta praxis como modo de resistencia que motiva formas alternativas y críticas de relacionarse con el entorno y con los otros. Es decir, como una propuesta crítica ante el problema urbano moderno de la generación y gestión de las basuras.

Para esto, en el primer capítulo, hago un recorrido histórico, cronológico y narrativo del desarrollo de innovación y promoción del método, desde la creación de Guillermo Silva hasta la apropiación comunitaria de esta tecnología en espacios públicos. Luego, en el segundo capítulo, me centro en los aspectos comunitarios de las pacas digestoras y hago énfasis en la práctica como acción en la que se trascienden las motivaciones individuales y se generan procesos de creatividad, comunicación y reflexividad. Y finalmente, en el último apartado, profundizo en la movilización paquera como práctica de resistencia política tanto desde sus potencialidades institucionales y dialógicas, como infrapolíticas y espirituales.

Esto no sin antes aclarar las motivaciones personales y profesionales que me llevaron a desarrollar esta investigación, algunas reflexiones metodológicas y los métodos y técnicas empleados.

Sobre mi lugar como investigadora

Esta investigación surge después de mi participación como investigadora del proyecto *Prácticas comunicativas en la agricultura urbana de Medellín: tejido social, territorio y saberes*, liderado por la Red de Huerteros de Medellín, la Universidad de Antioquia, la Universidad Javeriana y la Universidad Autónoma de Cali. Gracias a este trabajo, después de registrar la experiencia de 86 huertas urbanas de la ciudad de Medellín, notamos que uno de los aspectos más fuertes en la agricultura urbana de la ciudad era la gestión de residuos orgánicos: el 85% de los huerteros entrevistados desarrollaban alguna técnica de procesamiento de residuos, la mayoría de ellos con la implementación de las pacas digestoras.

Asombrada y entusiasmada por el auge de esta tecnología y por las reflexiones más críticas que surgían alrededor de la gestión de residuos, decidí apostar por el desarrollo de esta investigación. Sabía que desde lo técnico, Catalina Ossa (2016) y Guillermo Silva (2012) estaban realizando investigaciones importantes sobre el método, centradas en el análisis físico-químico. Entonces decidí, desde la antropología, llamar la atención en el potencial social que tiene esta práctica no sólo desde lo comunitario, sino también desde los impactos políticos cotidianos. Es decir, como una manera de resistencia o forma oculta de lucha que genera otros sentidos, saberes y acciones que reinterpretan la cultura y cuestionan la hegemonía (De Certeau, 1996). Quería con esta investigación enfocarme en la vida social y las relaciones entre las personas manifestadas en sus formas asociativas y en su organización. Esto con el objetivo de visibilizar una alternativa que no se reduce a una técnica de aprovechamiento de residuos orgánicos, sino a una práctica social y comunitaria que cuestiona las lógicas modernas tales como las dicotomías estructurales naturaleza/cultura y producción/cuidado.

Ahora bien, esta intención lejos de ser una motivación únicamente académica responde a una intención personal y política, pues pretendo que este análisis pueda fortalecer la movilización ambiental y social que se está generando desde el colectivo Red de Huerteros de Medellín, –del que hago parte como activista desde el año 2017– y por supuesto al movimiento paquero en la

ciudad y en el mundo. De ahí que durante esta investigación participara además en la creación y puesta en marcha de otros contenidos, productos, eventos y encuentros que buscaban también visibilizar la práctica: la elaboración del podcast Mujeres y Pacas; la colaboración en la producción del video Un basurero diferente: la experiencia de Argelia; la organización del Festival Paquero 2019; la celebración y homenaje a Guillermo por sus 70 años, etc. Todas ellas experiencias que son imposibles de escindir de lo académico, pero que responden a mi intención personal de apostar por otros horizontes de vida y contribuir a la creación de aparatos de esperanza. Esto es, romper con el desencanto, la parálisis, el miedo y el encierro teórico al que se llega cuando solo se observan únicamente las estructuras, lógicas y normas dominantes, explotadoras y jerárquicas propias del sistema. Pretendo, en cambio, mostrar las contradicciones, grietas y opciones que se resisten desde la cotidianidad, el poder de decisión y la agencia. Esto porque pienso que el momento histórico en el que nos encontramos obliga a unir pesimismo y optimismo, horror y esperanza, para comprender la multidimensionalidad del mundo.

De esta manera, realicé esta investigación desde la perspectiva del grito que propone Holloway (2005). Es decir, vociferando una apertura que se niega a aceptar el cierre de la posibilidad de una otredad radical y reconociendo que todo lo que aquí digo está permeado –más no ennegrecido– por mi propia intención de construir un mundo desde otras lógicas, devolviendo las manos a la tierra, cuestionando nuestras prácticas y reconociendo las posibilidades de transformación cuando se piensa de manera sistémica la relación existente entre las personas, las instituciones y el entorno. En otras palabras, una investigación contra-cultura. Lo que significa metodológicamente, realizar todo un proceso de construcción de información, análisis y escritura que promueve el análisis de relaciones; que apuesta por una antropología simétrica; y que pone en evidencia mi propia posición como investigadora frente al tema. Todos ellos aspectos que desarrollaré a continuación.

De la cultura a las prácticas

Al realizar esta investigación quise centrar mi atención en las prácticas sociales con el objetivo de resaltar las estrategias, intereses e improvisaciones de los grupos de paqueros, en lugar de los tropos culturales más estáticos como las normas, modelos y textos. Decidí concentrarme en las prácticas de los individuos particulares y sus relaciones cambiantes para evitar las

connotaciones más problemáticas de la cultura: la homogeneidad, la coherencia y la atemporalidad (Abu-Lughod, 2012).

Al elegir la teoría de las prácticas sociales como marco de esta investigación, me apoyé en la crítica al discurso culturalista de la antropología. Esto es al afán por construir, producir y mantener cierto orden que explique de manera absoluta los diferentes grupos humanos a partir de discursos cerrados, coherentes y homogeneizantes de los mismos. Para esto tomé como referencia a James Clifford (1988) y su propuesta de evidenciar los procesos de selección del investigador y la temporalidad. Siempre tuve presente mi autoridad como investigadora y el despropósito de intentar construir entidades coherentes y explicativas, como si se tratara de una colección cultural a la que se le atribuye integridad y cohesión. Esto porque entiendo que no existen universales infinitos o una unidad de la naturaleza humana que se deba pretender explicar a partir de las ciencias sociales, sino que, en cambio, se deberían hacer investigaciones que resalten la diversidad humana, el cambio histórico y la lucha política (Rosaldo, 2000).

Además de lo anterior, la teoría de las prácticas sociales me permitió también explorar la interacción entre la estructura y la acción del fenómeno observado, resaltar la agencia y las estructuras sociales como dos factores interdependientes y entrelazados. Así, intenté superar la división artificial entre lo que las personas dicen y hacen cotidianamente —lo micro—, y las instituciones y estructuras sociales —lo macro—, para darle importancia a una ontología social. Esto me alejó tanto de la concepción funcionalista de los grupos paqueros, como de la perspectiva estructuralista la cual intentaría comprender su quehacer. De ahí que en esta investigación primen las formas de relacionamiento como aquellas en las que se crean significados siempre contradictorios, heterogéneos y abiertos, al tiempo que se producen y reproducen los órdenes sociales.

De esta manera, esta investigación es un trabajo contra-cultura porque centra el análisis en las contradicciones, malentendidos y falsas apreciaciones que se despliegan en la cotidianidad de las comunidades o grupos, en lugar de establecer discursos cerrados, coherentes y homogeneizantes de los mismos.

Del análisis de marcos al análisis de redes

Según Cucó I Giner (2004), la mayoría de las investigaciones de antropología urbana relacionadas con movimientos sociales emplean el análisis de marcos o procesos de enmarcamiento. Estas investigaciones se centran en los factores culturales e ideológicos que comparten las personas, es decir, los significados, perspectivas e interpretaciones conscientes que les permiten legitimar y motivar la acción colectiva. Los investigadores suelen entender los movimientos o colectivos sociales como mundos en sí mismos con ideologías compartidas, identidades colectivas, rutinas de comportamiento y culturas materiales. Es por esto que los análisis de los marcos de referencia buscan mostrar los aspectos cognitivos, intentan comprender cómo los miembros que participan dan sentido a sus mundos sociales, al tiempo que proponen una visión compartida del mundo que legitima y motiva la acción o protesta.

Igual a como ocurre con el discurso sobre “la cultura”, el análisis de marcos crea una visión esencialista de los movimientos sociales. Da primacía a los aspectos homogeneizantes del movimiento, sus normas, estructuras, significados compartidos y acuerdos, pero ignora el paso a paso y las prácticas que permiten la construcción intersubjetiva de los sujetos que participan. En el análisis de marcos rara vez se muestra el proceso de construcción del sujeto, solo se tiene en cuenta la repetición de acciones o discursos como aquellas que permiten crear la idea de una esencia o unidad del grupo. Se ignora, como lo propone Judith Butler (1993), que los sujetos no tienen una esencia previa a la acción. De esta manera, se legitima el contexto normativo en el que emerge la subjetividad, pero se ignora el proceso de construcción del sujeto, esto incluye las exclusiones, mecanismos, contradicciones y negociaciones.

Teniendo en cuenta esta crítica, en esta investigación evité el análisis de marcos o procesos de enmarcamiento centrados en los factores culturales o ideológicos de los paqueros, y en cambio le di mayor importancia a la construcción de los sujetos y sus subjetividades en las prácticas cotidianas. Es decir que, le brindé mayor atención a las acciones populares que nos permiten observar cómo la organización colectiva se construye a partir de las identidades de las personas y sus relaciones sociales. En palabras de Flórez (2010), renuncié a la búsqueda implacable de ‘ese’ movimiento que ofrece soluciones simples, del tipo todo o nada, a problemas de gran envergadura, y en cambio intenté visibilizar las acciones diversas, simultáneas y contradictorias que realmente se aprecian dentro de un movimiento o colectivo social.

Como alternativa a los análisis de marcos, en esta investigación empleé una perspectiva reticular que permitiera mostrar cómo a partir de las relaciones complejas, conflictivas y diversas se dan transformaciones culturales y políticas (Cucó I Giner, 2004). Esto significa que le di mayor importancia a los agentes o actores y sus relaciones, el flujo de recursos, el cambio constante de los límites del grupo en aspectos como las subjetividades, saberes, toma de decisiones y cambios en las prácticas. De esta manera, al realizar esta investigación me enfoqué en los vínculos que unen a los actores sociales en la vida cotidiana, las relaciones de vecindad, amistad y trabajo en las que se despliegan el intercambio recíproco de mensajes, bienes y servicios, así como aquellas transacciones e intercambios que desde el carácter informal construyen la realidad social.

Hacia una antropología simétrica

Bruno Latour (1991) explica cómo, tanto desde la perspectiva universalista como desde la relativista, se mantiene una relación dicotómica entre la naturaleza y la cultura. Desde la antropología simétrica que propone el autor, todos los grupos humanos constituyen naturalezas y culturas, lo único que varía es la dimensión de la movilización entre ambas. Esto significa que todas las sociedades construyen los colectivos humanos y no humanos que los rodean. Es decir que, naturaleza y cultura no existen de antemano como algo natural o social, sino que ambas están hechas de las relaciones intermedias que surgen entre los dos polos. No existe naturaleza sin cultura, ni cultura sin naturaleza. De ahí que lo interesante de la investigación social no deberían ser los extremos abstractos e inexistentes, sino las disposiciones intermedias que surgen entre ellos, las relaciones y las redes.

Realizar una investigación sobre los grupos paqueros implicó cuestionar de manera crítica esta relación dicotómica. No deseo aportar únicamente a los procesos de subjetivación de los paqueros y a su humanidad, ni mucho menos generar una objetivación de las pacas, la tierra y el entorno. Por el contrario, deseo con este trabajo evidenciar cómo los paqueros son naturales y las pacas sociales. Ambos, paqueros y naturaleza son agentes que se interrelacionan y cruzan constantemente. Paqueros y pacas son a la vez productores de naturalezas y constructores de sujetos.

Metodológicamente esto implicó estudiar a los paqueros desde sus relaciones e interacciones, ideas y tecnologías, entendiendo que estas relaciones son cambiantes y

constituyentes. En este sentido, consideré inviable el dualismo naturaleza-cultura, y en cambio busqué mostrar cómo los actores humanos y no humanos se relacionan y median sus acciones. Esto sin dejar de lado las condiciones en las que se generan estos actores, no como entidades acabadas y completas, sino como insertas en cadenas constantes de elaboración.

Posicionalidad, audiencia y lenguaje

Como lo propone Abu-Lughod (2012), para que una investigación sea contra-cultura debe cuestionar y poner en evidencia la posicionalidad del investigador. Hacer esto significa sostener que las representaciones etnográficas y los resultados de cualquier tipo de investigación son siempre verdades parciales y posicionadas. Con esta investigación no busqué generar explicaciones, en el sentido positivista de la palabra, al presentar los hallazgos como verdades, datos y hechos incuestionables. Solo intenté realizar un análisis social en el que no poseo, ni me interesa poseer, el monopolio de la verdad.

Soy consciente de que mis propias experiencias de vida me impiden o posibilitan ciertos tipos de acercamiento con el tema de interés. Uno de los aspectos que más me he cuestionado acerca de esto, es la supuesta separación necesaria entre el investigador y el objeto de estudio. Pareciera que la antropología se valiera siempre de esa exterioridad y escisión entre el yo y el otro para desarrollar sus investigaciones. Con los grupos de paqueros es difícil mantener esta división. No se trata del típico objeto de estudio de la antropología clásica, un otro extraño, territorialmente alejado o supuestamente exótico. Los grupos de paqueros son vecinos, son sujetos activos con los que tejo relaciones, comparto con muchos de ellos un interés ambiental, político y social. Los paqueros son sujetos que también me analizan e interrogan críticamente, pueden cuestionar lo que escribo sobre ellos, mi ética y mi compromiso político. Así, cuando participo en sus actividades, nos transformamos mutuamente.

En este sentido, Abu Lughod afirma: “¿Qué pasa cuando el ‘otro’ que el antropólogo estudia se construye simultáneamente, al menos en parte, como un yo?” (Abu-Lughod, 2012, p. 134). Sería un error no haber tenido en cuenta este interrogante en el desarrollo y escritura de esta investigación. De ahí mi interés por evidenciar los procesos personales por los cuales me siento interesada en este proyecto investigativo, el contexto en el que se desplegó mi investigación, la crítica mundial del modelo extractivista y capitalista que hace que me sienta comprometida con

este trabajo, las personas que me han precedido en este tipo de estudios y las personas que me acompañan en este recorrido.

Respecto a las formas de escritura, abogué por una forma que evita las generalizaciones y resalta de manera particular las prácticas de los paqueros estudiados y mis descripciones no neutrales. Considero que los discursos profesionalizados reafirman jerarquías. Es por esto que los resultados de esta investigación y por lo tanto el lenguaje que se usó buscan aportar a las prácticas de los paqueros sin normalizar y esencializar los fenómenos que describo. Finalmente, si bien este trabajo está dirigido principalmente a la comunidad académica, es también una apuesta política. Bien lo dijo Latour (1991), “la ciencia es sin duda la política por otros medios, medios que sólo tienen fuerza porque son radicalmente distintos” (p.162).

Sobre los métodos de investigación

Para desarrollar los objetivos de esta investigación y analizar las prácticas sociales de resistencia de los grupos de paqueros, me valí principalmente de la labor etnográfica desde una perspectiva crítica desde la cual se entiende mi posición de investigadora como dispositivo de producción de conocimiento (Jociles, 2018). Esto significó que el principal medio de aprehensión, comprensión y obtención de hallazgos durante esta investigación, fueron mis propias habilidades, sensibilidades y limitaciones, las cuales estuvieron en continua transformación en el propio ejercicio investigativo.

Durante el proceso etnográfico tanto la observación como la participación fueron fundamentales. Consideré la vivencia, la socialización con los sujetos de estudios y la posibilidad de experimentar desde el propio cuerpo, como el principal canal para acceder a esos significados que los sujetos negocian e intercambian. De esta manera, me valí de la experiencia directa, los órganos sensoriales y la afectividad, como posibilidades que, en lugar de empañar la investigación, la potencializan (Guber, 2001). Esto significó intervenir activamente en los encuentros paqueros y empezar a gestionar mis propios residuos: dispuse en el patio de mi casa una caneca hermética, cubierta por dentro con papel periódico, para depositar en ella, durante la semana, todos los residuos que se producen en la cocina de mi hogar. Le indiqué a los integrantes de mi familia qué tipo de desechos podían depositarse allí y estuve atenta a revisar, cada tanto, que la caneca sí quedara bien tapada y que estuvieran bien seleccionados los residuos. Con paciencia esperé a que

llegara cada fin de semana, la hora exacta de los encuentros. Participé durante dos años, todos los sábados y algunos domingos, del grupo “Los paqueros de la Hueso” en el barrio Santa Lucía en Medellín. De manera paralela, desde enero de 2020 hasta junio del mismo año, los domingos, apoyé la gestión de residuos de “Los paqueros de Belén Rosales”, en la misma ciudad.

El acercamiento y el nivel de participación con los grupos de paqueros dependió de la disposición de estos, su apertura, y el contexto en el que finalmente se desarrolló esta investigación, la cual estuvo atravesada en su totalidad por la pandemia mundial por la COVID 19, sus restricciones de movilidad, las exigencias de autocuidado y los límites de las cuarentenas obligatorias. Esto me llevó a abandonar un poco mi concepción romantizada e ideal de la observación participante como único método etnográfico, y me obligó a experimentar y probar algunos aspectos de la etnografía digital, o bien, algunas herramientas digitales y mediáticas para ampliar la observación.

Con esto pude comprender que, principalmente en el contexto urbano, altamente globalizado e interdependiente, el trabajo etnográfico puede potencializarse al trascender la supuesta necesidad de situar el análisis en unos espacios territorialmente delimitados (Marcus, 1995). Esto es, al emplear la etnografía digital y la virtualidad como un instrumento mediador que hace parte de los mundos materiales, sensoriales y sociales cotidianos en los que habitamos (Ardèvol & Vayreda, 2002). La comprensión de que la internet no sólo es un medio de comunicación, sino también un artefacto cotidiano en la vida de las personas y un lugar de encuentro que permite la formación de comunidades, de grupos más o menos estables y, en definitiva, la emergencia de una nueva forma de sociabilidad (Rutter, 1999; Lopes, 2000). Aún más en los tiempos de pandemia, en los que gran parte de las actividades cotidianas urbanas se trasladaron a la virtualidad.

Gracias a la etnografía digital me pude acercar además a la experiencia de la red “Paquerxs Bogotá” en Facebook. Durante los primeros seis meses de la cuarentena obligatoria por la COVID 19, este colectivo realizó aproximadamente siete encuentros virtuales y charlas informativas y promocionales del método, las cuales incluí en mi análisis. Estas fueron muy relevantes ya que participaron diferentes actores de la capital, pero también algunos otros grandes promotores del método en el país y el mundo. De igual manera, debido al auge que fueron tomando las pacas digestoras en el transcurso de esta investigación, tuve en cuenta en la etnografía digital diversos

productos comunicativos sobre el método, como podcasts, videos, artículos periodísticos, memes y publicaciones virtuales que pude rastrear en internet sobre el tema.

Además de la observación y participación etnográfica, virtual y presencial, recurrí a las entrevistas, como aquellas que posibilitan poner a dialogar mi propia reflexividad y la de los informantes. En total realicé once: Guillermo Silva, Paula Restrepo, Angélica Rubio, Nora Hoyos, Laura Rubio, Clara Pérez, Cristina Sandoval, Johana Suárez, Manuela Espinal y Nathaly Jimenez. Con ellas obtuve información de diversos grupos: Paqueros de la Hueso, Paqueros de Belén Rosales, Edificio Castello, Parque del Orégano, Huerta Zúñiga, Casa de la Cultura de los Colores y Paquerxs Bogotá. A partir de ellas obtuve enunciados y verbalizaciones que daban cuenta de cómo los paqueros conciben, viven y asignan contenidos a la realidad social. En ellas, privilegié las preguntas abiertas que desencadenan el discurso de las personas entrevistadas y que no se limitaban a mi propio marco interpretativo como investigadora. Algunas de estas las realicé al inicio de la investigación, otras en la fase intermedia y final. Muy pocas fueron presenciales, la mayoría fueron a través de Whatsapp y videollamadas. Todas ellas con la intención de relacionar, hipotetizar, confirmar y refutar mis propias hipótesis etnocéntricas (Guber, 2011). De ahí que, según la necesidad, algunas de ellas tuvieran más profundidad que otras.

Las entrevistas realizadas a Guillermo Silva fueron, por mucho, más extensas que las de los otros agentes. Esto debido a la necesidad de profundizar desde una perspectiva histórica en el desarrollo de la técnica, las historias alrededor de ella, sus principios y características. Conté con la fortuna de poder realizarle a Guillermo cinco entrevistas presenciales a profundidad, cada una de ellas de aproximadamente cuatro horas. Estas estuvieron orientadas por dos documentos clave que él me compartió. El primero, un recuento de una serie de artículos de revistas y videos en los que se menciona la paca digestora a lo largo de los últimos quince años. El segundo, una lista de acontecimientos importantes, relacionados con la práctica paquera, con las fechas específicas y los actores relacionados. Ambos documentos, más los referentes que en ellos se mencionan, fueron la base principal para el desenvolvimiento del primer capítulo de este trabajo. Fue gracias a la maravillosa memoria de Guillermo, a su juicio para archivar información, y a su gran generosidad conmigo que se pudo avanzar tanto en esta labor. De igual manera, su lectura atenta de este primer capítulo fueron un gran aporte para la elaboración.

Las conversaciones informales fueron también relevantes en el proceso investigativo. Los chismes, los chistes y diálogos que surgieron en los grupos de paqueros, además de las

observaciones y sentires de la participación fueron registrados de manera sistemática en un diario de campo. Este me sirvió como herramienta de registro de la realidad social percibida. En el caso de los encuentros y eventos virtuales de paqueros, se realizó una transcripción y análisis de lo dicho, acompañado con pantallazos de imágenes relevantes y reflexiones finales personales desde mi posición como investigadora.

Notarán que en cada uno de los capítulos de esta investigación priman fuentes etnográficas diferentes. En el primer capítulo, la voz de Guillermo y algunos testimonios secundarios de paqueros, recolectados principalmente a partir de entrevistas, pero también gracias a la revisión documental, permiten mostrar de manera histórica y cronológica el desarrollo técnico de las pacas digestoras y la apropiación del método por parte de las comunidades. En el segundo y tercer capítulo, la experiencia etnográfica toma relevancia y sirve para profundizar en algunos aspectos de la práctica que son argumentados en cada uno de sus apartados con las voces de quienes gestionan sus residuos orgánicos con esta técnica. En el tercero, notarán que priman más referencias a la etnografía virtual realizada, ya que la experiencia de Bogotá con el grupo “Paquerxs Bogotá” puede ser más ilustrativa respecto a los temas de movilización social.

Finalmente, todos los datos recolectados fueron examinados críticamente a partir de conceptos teóricos: la teoría de las prácticas sociales y algunas reflexiones sobre lo político. Esto para anclarlos en realidades concretas, cuestionarlos y ponerlos a dialogar a partir de las distintas reflexividades que surgieron en el camino.

Capítulo 1: Línea del tiempo pacas digestoras

Conocí a Guillermo Silva de una manera casual en el año 2016. Me encontraba realizando un proyecto práctico universitario sobre la Mesa Ambiental de la comuna 12, cuando me enteré de que él iba a realizar una actividad ambiental en el centro de la ciudad de Medellín con motivo de la celebración del Día de la Tierra. Su idea era intervenir una de las jardineras públicas del casco urbano y sembrar en ella una paca digestora. Nada había escuchado antes sobre este método de gestión de residuos. Para ser sincera, poco me interesaba. Sin embargo, tentada por el acto de apropiación del espacio público, decidí asistir al encuentro.

Al llegar a la avenida La Playa, me pareció poco lo que encontré. Un letrero hecho a mano que rezaba: “Reciclar residuos en Pacas Digestoras Silva es de sabios como tú” (Figura 1) y un viejo cascarrabias pisando basura orgánica dentro de un cajón. Alrededor de él, unas cinco o seis personas que escuchaban con atención la explicación de este método de gestión de residuos, mientras aprobaban con su cabeza los comentarios que, cada tanto, iba lanzando este hombre al aire: quejas sobre los políticos, la academia, la ciencia y el capitalismo. En ese momento no imaginé que, cuatro años después, iba a realizar una investigación sobre el movimiento paquero en la ciudad; no dimensioné que la iniciativa de este hombre pasaría a convertirse en una práctica comunitaria replicada en varias ciudades del país y del mundo, y mucho menos que, la empatía que surgió con él, me iba a permitir profundizar en una perspectiva histórica que mostrara la evolución en el tiempo y espacio de esta práctica.

Figura 1.

Cartelera promocional Pacas Digestoras Silva



Nota: Fuente: Guillermo Silva. (25 de abril del 2016). Invitación al Día de la Tierra. [Publicación de Estado].

Facebook. <https://www.facebook.com/photo/?fbid=10208329438529463&set=a.10207666138307372>

Sería falso decir que la amistad con Guillermo surgió desde el primer momento en que nos vimos. Fue la decisión profesional y personal de profundizar en la temática ambiental, específicamente en la agricultura urbana, la razón por la que se fueron cruzando nuestros caminos. Mi labor como activista y académica, a partir del año 2017, gracias a mi pertenencia a la Red de Huerteros de Medellín (RHM), hizo que nuestra relación se nutriera cada vez más con tintes personales y amistosos. En el año 2017 llevé a cabo, como trabajo de grado en Comunicaciones, una investigación sobre las prácticas comunicativas de la RHM. Para su realización, entrevisté a Guillermo, por primera vez, con el objetivo de indagar en la relación entre su propuesta y los intereses del colectivo. Entre los años 2018 y 2019 participé, junto con otros integrantes de la RHM, en una investigación sobre las prácticas de agricultura urbana en la ciudad. Con esta investigación identificamos que la gestión de residuos orgánicos es una de las temáticas más fuertes dentro de los procesos de huertas urbanas y que, de las 86 huertas entrevistadas, el 40% realizaba pacas digestoras. Desde el año 2017 hasta la actualidad, escuché el nombre de Guillermo repetidas veces, leí algunas de sus publicaciones en Facebook, donde es muy activo, y nos encontramos en activaciones, talleres y demás actividades realizadas por la RHM, muchas de ellas relacionadas con la promoción de pacas digestoras.

Notar la relevancia que esta práctica está tomando dentro de la agricultura urbana, fue la que me llevó, en el segundo semestre de 2019, a definir como tema de investigación las prácticas de resistencias de los grupos de paqueros en Medellín. Para cuando inicié esta investigación Guillermo y yo ya nos conocíamos, éramos amigos y ambos estábamos movilizándonos de manera activa en torno a temáticas ambientales. De ahí que en el momento en que le pedí que me permitiera hacerle nuevamente una entrevista, tuviera la fortuna de tener enfrente a alguien dispuesto a contarme, de la manera más generosa, todas sus experiencias, saberes y sentires alrededor de las pacas digestoras.

Para el momento de entrevistar a Guillermo, yo tenía en mente hacer una línea del tiempo que permitiera contextualizar y profundizar en algunos hitos históricos de la paca. Para esto, había realizado una lectura juiciosa de varios textos en los que se hacía referencia a datos situados en un tiempo-espacio específico. Tomé como referencia un artículo del blog www.lluviadeorion.com, elaborado por Mariana Álvarez, y una entrevista a profundidad que le realizó Kelly Manosalva, una colega y amiga, a Guillermo, con motivo también de su investigación de Maestría en Antropología. Con la vasta información que tenía ya sistematizada al respecto, pensé que la

entrevista iba a ser un asunto concreto que permitiría corroborar la información y puntualizar en algunos aspectos. Para mi sorpresa, cuando me senté a conversar con Guillermo, la entrevista se alargó por más de cuatro horas. El segundo, el tercero, el cuarto y el quinto encuentro no fueron distintos. Pronto estuve en mi casa con más de veinte horas de grabación y decenas de páginas transcritas.

Encontré, en casi todos los pasajes de la conversación, datos relevantes que me brindaban una perspectiva más amplia sobre el desarrollo de las pacas digestoras: las materialidades, los sentidos y las competencias que se fueron generando —y que aún se generan— con los años. Todo esto desde una noción del espacio y del tiempo específica, que colorea el tema de estudio de reflexiones, transformaciones y ambigüedades que enriquecen el objetivo de esta investigación. Durante las entrevistas escuché algunas historias que ya había oído narrar durante los encuentros de paqueros. Muchas se fueron pintando de detalles o percepciones más personales de Guillermo. Pude notar cómo algunas narraciones se han ido cristalizando en discursos que se cuentan de la misma forma, una y otra vez. Muchas otras historias tuve que crearlas a partir de fragmentos, confrontando incluso contradicciones y versiones distintas que Guillermo contaba.

De todas las palabras que se dijeron, intenté interpretar y abstraer lo más relevante de la práctica. Sin embargo, pronto entendí que la mejor manera de evidenciar este sentido espacio-temporal, inmanente y cambiante que me había enseñado la conversación con Guillermo, era a partir de la narración. Fue entonces que decidí aprovecharme de la propia capacidad de contar historias de mi interlocutor para escribir este capítulo, el cual tiene como objetivo contar a partir del testimonio de su principal promotor y creador, las situaciones por las que han pasado las pacas digestoras. Utilizo la narrativa para mostrar cómo la vida se va entretejiendo con base en multitud de situaciones que nos toman por sorpresa, para mostrar que la vida no está instalada, sino que está instalándose, que en todo momento está transformándose.

Con las narraciones que se despliegan en esta línea de tiempo pretendo mostrar que las pacas digestoras no existen de manera independiente del contexto. No existe algo así como una única técnica, unas competencias o unos sentidos paqueros al margen de las relaciones establecidas con los demás, o libres de cualquier tradición o suceso del pasado o del presente. Incluso nombrar a Guillermo como creador de la paca digestora es algo que puede ser reinterpretado en los apartados siguientes.

Me valgo de las narraciones inspirada por una antropología narrativa como aquella que no busca encontrar “la ‘esencia’, la ‘substancia’, la ‘identidad’ de los seres humanos, sino que indaga por qué somos lo que somos o, todavía mejor, cómo hemos llegado a ser lo que somos y cómo podemos vivir” (Mèlich, 2018, p. 108). No pretendo mostrar en este texto el origen de las pacas, sino mostrar cómo han llegado a ser lo que son; cómo en esta práctica habitan otros ausentes, antepasados, así como otras posibles situaciones a las que aún no les hemos abierto las puertas.

Decidí apoyarme en la antropología narrativa porque considero, como lo hace el antropólogo Joan-Carles Mèlich (2018), que una de las alternativas que esta ofrece es el sueño. Al mostrar la contingencia, los límites y las posibilidades en las que se desarrolla la vida, la narración permite soñar otro mundo y otra situación. La práctica de las pacas digestoras, desde 1971 hasta la actualidad, puede describirse como un sueño: la esperanza de que otra situación es posible y la convicción de que es posible soñar otros mundos.

Durante las entrevistas que tuve con Guillermo, más de una vez, lo vi sacar de su pantalón un pañuelo y secarse las lágrimas de los ojos: “Tanto trabajo para nada. Todo lo que he intentado con las pacas y aún siento que no he logrado nada” (G. Silva, comunicación personal, 10 de diciembre, 2020). A pesar de la frustración de sus palabras, siempre vi a Guillermo reponerse. Minutos después de sus lágrimas, volvían a brillar los ojos cuando le mencionaba el próximo encuentro de paqueros o el taller que iba a dar el siguiente domingo. Más allá de los límites y las posibilidades de las diferentes situaciones por las que ha pasado Guillermo y, con él, la historia de las pacas digestoras, el sueño es lo que ha movilizado esta práctica. Conuerdo con Mèlich, quien afirma que “necesitamos ‘tener ilusión’, imaginar alternativas, otras situaciones, aunque sepamos que nunca llegaremos a alcanzarlas” (2018, p. 104). Espero que las siguientes narraciones sean un vehículo para viajar por estos límites, posibilidades y sueños.

1.1 1971-1985: ¡Pata, échele pata!

Guillermo Silva no se crio en una finca, pero casi. Su papá era agrónomo y manejaba un laboratorio de agronomía en la Universidad Nacional de Medellín donde había una gran extensión de tierra y se sentía el ambiente rural. Todos los fines de semana acompañaba a su papá al trabajo, y en temporada de vacaciones descansaban en Paysandú, otra finca también propiedad de la institución. Ambos lugares fueron referentes de su niñez y motivadores de un gran interés por el

entorno natural; sin embargo, sólo fue hasta que cumplió veinte años que descubrió su pasión forestal al toparse por primera vez con el bosque tropical.

Sucedió en 1971, cuando realizó por cuarta vez una salida pedagógica a la región del Bajo Cauca con un grupo de universitarios. Al percatarse de que estaban en el límite del departamento antioqueño, Guillermo se sintió muy tentado por continuar el recorrido hacia el Magdalena. Había escuchado hablar de la cantidad de grupos guerrilleros que había en la zona y le parecía una aventura penetrar las montañas y quizá hasta enlistarse como combatiente. Se separó de sus compañeros y siguió su curiosidad. Caminó algunos días sin desanimarse por no encontrar rastro de ningún grupo rebelde. Abrazado por el bosque tropical, en poco tiempo perdió el interés por la guerrilla y se dejó seducir por la majestuosidad del entorno natural que lo rodeaba. La diversidad de la vegetación y la sinergia entre cada una de las especies se convirtieron en su mayor aliciente, para años después, tras volver a Medellín, derrotado por su fracaso beligerante, inscribirse y graduarse como tecnólogo forestal. Así lo recuerda Guillermo:

No me encontré con la guerrilla pero conocí el bosque tropical, árboles aquí y allá. ¡Ay, jueputa! ¡Esto es una maravilla! Ahí me desenamóré de la guerrilla y me dije: tengo que entender el bosque para cultivarlo. Volví a Medellín, terminé bachillerato e ingresé a ingeniería forestal y qué decepción, no me gustó, mucha matemática y muy poca ecología así que me salí. En 1975 surgió otra oportunidad. La FAO, junto con la Universidad Nacional y el Instituto Nacional de los Recursos Naturales Renovables, INDERENA¹, crearon una escuela de tecnólogos forestales en Piedras Blancas, área rural de Medellín y allí estudié (G. Silva, comunicación personal, 26 de noviembre, 2020).

En el año 1977, Guillermo empezó a ejercer como tecnólogo en áreas rurales de Antioquia. Fue en esta primera experiencia laboral que se enfrentó a la problemática de la gestión de desechos. Como empleado, visitó varios viveros y experiencias donde la autoridad agrícola promovía y capacitaba acerca de la implementación del compostaje por volteo de residuos. La podredumbre que se sentía, el calor y la insatisfacción de los empleados encargados de estas labores era abrumadora. Grandes pilas de residuos eran acumuladas en lugares alejados donde los trabajadores debían encargarse de airear constantemente los desechos, podridos, calientes y malolientes. Cada

¹ Autoridad ambiental nacional vigente en su momento pero disuelta en 1977.

vez que Guillermo veía estos procesos, pensaba y recordaba el bosque tropical que años antes había recorrido. No tenía mucho conocimiento sobre gestión de residuos, pero había visto a la naturaleza procesar y transformar por sí misma sus desechos sin generar podredumbre. Aunque Guillermo no conocía otra alternativa, estaba convencido de que la técnica del volteo que se estaba promoviendo no era la más adecuada:

Yo me dije: no, yo tengo que encontrar una forma de manejar residuos, el bosque no pudre residuos. Si el bosque no lo hace ¿cómo podemos hacer? No podemos justificar una podredumbre de estas como un trabajo técnico. Pero yo no sabía nada de residuos (G. Silva, comunicación personal, 26 de noviembre, 2020).

Al año siguiente, después de terminar su primer trabajo, lo contrataron para apoyar el montaje de un vivero en Atanquez, Valledupar. En este caso, debía encargarse él mismo de la gestión de los residuos. Si quería cultivar árboles y plantas, necesitaba generar abono, pero se resistía a hacerlo a partir del compostaje por volteo. Empezó a imitar al bosque: apiló los desechos verdes y los tapó con hojarasca. Nunca los volteó, ni aireó. Algunas veces los desechos se pudrieron y empezaron a oler mal. Cuando esto ocurría, tapaba las pilas con tierra. Inmediatamente desaparecía el hedor. Guillermo notó que al aplastar los desechos con la tierra se reducía la cantidad de oxígeno que había entre ellos y disminuía la pudrición.

Un día al tapar con tierra, una pila de hojarasca de mal olor, noté que esta se asentaba y dejaba de oler mal. Después de ver eso varias veces dije: no es la tierra lo que quita la hediondez, es la asentada de la hojarasca. Entonces la siguiente vez que tuve una pila hedionda caminé por encima de esta y se acabó el problema. ¿Qué necesita una pila para que no se pudra? ¡Pata! Cada rato me preguntan qué se le echa a la basura para que no huela y contesto. ¡Pata, échele pata! (G. Silva, comunicación personal, 26 de noviembre, 2020).

A pesar de que este proceso compactado se demoraba más que el compostaje por volteo, las pilas pisadas eran suficientes para generar abono que nutriera el vivero. Sin embargo, Guillermo recibió varios reclamos de parte de los directivos, quienes cuestionaban la calidad del abono que se producía con este método. ¿Si el bosque se abona a sí mismo principalmente con hojas, por qué

es necesario utilizar algo más? Solo en 1985, encontró en el libro *La revolución de una brizna de paja* (1978) de Masanobu Fukuoka, un argumento que apoyara su idea.

Fukuoka, agricultor, biólogo y filósofo japonés, defendía en su libro la práctica de la agricultura natural, con la cual se busca cooperar con la naturaleza en lugar de tratar de mejorarla mediante su conquista (Fukuoka, 1978). En su texto hablaba de su método como la agricultura “del no hacer”. Esto es, en lugar de utilizar los productos de la inteligencia humana, sus creaciones y conocimientos, aplicar esfuerzos en los que prime la sensibilidad, la intuición y la conciencia crítica que cuestione esa supuesta superioridad humana. En otras palabras, preguntarse y observar qué sucede si la práctica humana deja de intervenir. Esto para eliminar las prácticas agrícolas innecesarias; para desvirtuar el trabajo humano como el desafío más significativo en relación con su complejidad y esfuerzo y, sobre todo, para desarrollar métodos más cercanos a la naturaleza. Para Fukuoka no hay necesidad de arar, ni de aplicar abono, ni de hacer compost, ni de utilizar pesticidas. La naturaleza, dejada sola, está en perfecto equilibrio. Al reflexionar sobre las prácticas agrícolas, el autor encuentra que muy pocas de ellas son realmente necesarias.

Cuando Guillermo leyó a Fukuoka encontró una inspiración. Él, como el agricultor japonés, creía que si uno examina a fondo y observa con sensibilidad el entorno y el mundo cotidiano en el que se vive, se le revela el mayor de los mundos. Como Fukuoka, entendía que la humanidad se aleja cada vez más del entendimiento de la naturaleza al hacerla utilizable. Si la tierra se cultiva a sí misma naturalmente mediante la penetración de las raíces de las plantas, la actividad de los microorganismos, pequeños animales y lombrices de tierra, entonces lo único que se debe hacer para gestionar los residuos es facilitar el proceso natural de descomposición de los mismos. No se trataba de encontrar la técnica o método adecuado, sino la posición mental como agricultor, o “basuriego”, como le gusta autodenominarse. Compartía con Fukuoka (1978) el mismo lema: “sirve a la naturaleza y todo irá bien” (p. 44).

Los siguientes cinco años que Guillermo trabajó en el vivero de Valledupar se dedicó a apilar los residuos y caminar sobre ellos para compactarlos. Estaba convencido de que, con esta acción tan simple, estaba más cerca del proceso natural de descomposición de la naturaleza, que apilando residuos y volteándolos. Entre ensayo y error, comprendió que lo que necesita la basura para no emitir mal olor es prensado. “Pata, échele pata”, se convirtió en el primer hallazgo para el desarrollo de su técnica.

1.2 1986: La yarda cúbica y los corralitos

En 1986, cuando Guillermo Silva empezó a leer el artículo Agricultura intensiva francesa del horticultor John Jeavons, inmediatamente recordó la huerta de Carolina Evans. Ambos promovían el mismo método de gestión de residuos, aunque con nombres distintos. La coincidencia no era una simple casualidad. La similitud entre el corralito de Carolina y la composta intensiva de Jeavons tenía una explicación que podía remontarse, al menos, a inicios del siglo XX.

En 1938, la familia austríaca Von Trapp, utilizando la música como motivo, huyó del nazismo y emigró a los Estados Unidos. Al llegar a Norteamérica la familia continuó con su vida musical y montó una academia en una finca en la que, además, se integraban conocimientos sobre la agricultura tradicional europea. Música y agricultura eran dos de los pilares en los que se educaban a los estudiantes de la institución, los cuales llegaban desde diversos lugares del mundo para profesionalizarse.

En la década de los cincuenta, fue en la academia de los Von Trapp donde se conocieron Álvaro Villa y Carolina Evans. Él, colombiano, ella, norteamericana. Uno de los ensambles corales fue el escenario en el que se desarrolló una relación amorosa entre los dos artistas, quienes después de un tiempo se casaron, dejaron los Estados Unidos y se instalaron en Envigado (Colombia), en la finca Las Brujas de la familia Villa. Fue allí donde Carolina Evans inició su proyecto laboral: montó un jardín infantil que mantuviera ciertos principios de sostenibilidad heredados de la educación con los Von Trapp. Los juguetes eran curiosidades de madera creados por ella misma; se evitaba cualquier tipo de elemento de plástico; el arte era una de las bases de la educación, y tenían una huerta orgánica basada en fundamentos de la agricultura tradicional europea. Por su parte, Álvaro se dedicó, entre muchas otras cosas, a dictar clases de música. La finca era un espacio con una oferta pedagógica alternativa que se destacaba por su sostenibilidad ambiental y su apuesta agroecológica.

En los años cincuenta y sesenta, la propuesta de agricultura orgánica de los Villa no tuvo mucha relevancia en la ciudad. Esto se debió, muy probablemente, al auge que desde los años cuarenta empezó a tener en Latinoamérica la llamada “revolución verde”, promovida por el entonces vicepresidente de Estados Unidos Henry Wallace, y el presidente de la Fundación Rockefeller, Raymond Fosdick (Ceccon, 2008). Ambos, junto con otro grupo de directivos, iniciaron un programa de desarrollo agrícola en los países latinoamericanos, con el que se

disfranzaba el interés político y económico del país potencia, en el supuesto interés de mitigar el hambre del mundo. Desde Estados Unidos se propusieron diversos proyectos que buscaban incrementar la productividad agrícola en Latinoamérica con la implementación de diversas prácticas y tecnologías, tales como la siembra de variedades modificadas de semillas, la mecanización de los métodos de cultivo y el uso de fertilizantes y plaguicidas químicos (Torres, 2014). En otras palabras, se pretendía transformar el trabajo agrícola tradicional por las promesas de la tecnificación y el desarrollo agroquímico.

En este escenario, la huerta orgánica de Carolina Evans parecía algo irrelevante. Mientras la producción de monocultivos de trigo y arroz en Latinoamérica se triplicaba gracias a la siembra de semillas mejoradas genéticamente, en la finca Las Brujas se cultivaban pocas pero variadas hortalizas y flores que provenían de semillas limpias. La huerta no necesitaba insumos importados que aceleraran el proceso, ni fertilizantes, ni abonos químicos. De hecho, como lo había aprendido con los Von Trapp, la tradición europea mostraba que la mejor manera de nutrir la tierra era elaborando su propio abono con los residuos orgánicos. Bastaba con hacer un corralito: formar con algunos palos y trozos de madera un cuadrado de aproximadamente un metro en cada uno de sus lados; recolectar allí todo el material vegetal; apilarlo hasta su descomposición, sin necesidad de voltearlo ni airearlo; y finalmente, después de su descomposición, usarlo como abono en la huerta.

No siempre la huerta de Carolina Evans fue ignorada por la sociedad. En años posteriores, las promesas incumplidas de la revolución verde empezaron a calar entre algunos movimientos sociales, campesinos e intelectuales. Las consecuencias de la modernización y el desarrollo agrícola motivaron diversos movimientos críticos que cuestionaron los supuestos avances que se habían logrado con esta. En casi toda Latinoamérica se empezó a percibir que los suelos agrícolas se transformaron en simples sustratos erosionados que dependían de técnicas artificiales cada vez más caras. El uso indiscriminado de agrotóxicos y fertilizantes químicos se tradujo en la esterilización del suelo, reduciendo al mínimo la actividad microbiana y la fauna, además de contaminar las aguas subterráneas. Las plagas desarrollaron mutaciones genéticas cada vez más resistentes a los productos químicos. Para los trabajadores rurales, la revolución verde provocó sueldos miserables, desempleo y migración; para los pequeños propietarios, el aumento en las deudas para la obtención de insumos y el aumento de la pobreza.

En este contexto, la experiencia de la huerta de Carolina Evans empezó a tomar relevancia. La familia Villa, asociada con la Corporación Futuro para la Niñez, fue una de las principales

abanderadas de la agricultura orgánica en la región. Esto llevó a que muchas personas de Envigado y Medellín realizaran actividades pedagógicas en la finca Las Brujas. Músicos, artistas, agricultores, niños y curiosos recorrieron y se beneficiaron de las instalaciones. Entre ellos los hermanos Silva. Fernando participó en el grupo musical de Álvaro, Marta Elvira trabajó con Carolina en el jardín infantil y Guillermo visitó varias veces la hacienda, invitado por sus hermanos.

Fue en la huerta de Carolina que Guillermo conoció el corralito de residuos. Se trataba de la implementación del mismo método sobre el que leyó en 1986, explicado por Jeavons con el nombre de composta intensiva. Ambas propuestas, iguales en su procedimiento, además de oponerse al volteo, resaltaban la importancia de la yarda cúbica como dimensiones máximas para propiciar la temperatura y la humedad suficiente para la adecuada gestión de los desechos.

Más allá de la relevancia de las dimensiones, la principal reflexión que suscitó en Guillermo esta conexión fue la procedencia de este dato. La yarda cúbica no era un invento de este autor. Estas dimensiones las había visto en la huerta de Carolina. Ella las había aprendido de los Von Trapp. La familia austriaca solo estaba aplicando una práctica de la agricultura europea y Jeavons en su libro estaba renombrando un saber tradicional.

En 1986, Guillermo entendió la importancia de la yarda cúbica. Gestionar los residuos manteniendo estas dimensiones responde a un conocimiento ecológico ancestral heredado. Este saber había viajado de Austria a Estados Unidos y de allí a Colombia. Hacer un corralito de residuos o una composta intensiva era una práctica concreta que había resistido a las técnicas impuestas desde la revolución verde.

1.3 1996: Basurear la huerta con fermentos

A pesar de que la agricultura tradicional y la agricultura ecológica se asemejan en algunos métodos, como ocurre con el corralito o la composta intensiva, la agricultura orgánica, ecológica o natural, responde a un tiempo histórico reducido, que a partir de los años sesenta ha crecido paulatinamente. Se trata de una reacción a la agricultura moderna y al patrón de consumo de la sociedad occidental. De ahí que se le considere como una postura urbano-intelectual que se opone a la ferviente fe en el empleo de la ciencia y la tecnología en la producción agrícola y que sustenta sus técnicas en la premisa de que los diferentes seres vivos están interconectados entre sí y con su entorno (Guzmán Casado & González de Molina, 2007).

Dentro de la agricultura ecológica, existen diversas corrientes. John Jeavons, por ejemplo, de quien Guillermo aprendió la importancia de la yarda cúbica de residuos, responde a la corriente de la agricultura intensiva francesa. Además de esta vertiente, Guillermo y las pacas prensadas bebieron también, casi sin notarlo, de una de las corrientes más polémicas de la agricultura orgánica: los biodinámicos, quienes desde antes de los años veinte basaron sus técnicas de agricultura en lo que denominaron la antroposofía. Esto es, un método de investigación que explora la espiritualidad unida a la ciencia, por lo que se amplía la concepción del conocimiento a un nivel espiritual, ya que se entiende que los seres humanos descubren y aprenden del mundo a través de los sentidos y los procesos mentales, pero también en un sentido más profundo, a partir de los sentimientos y pensamientos (Pfeiffer, 1992).

Fue en el Carmen de Viboral, en 1996, que Guillermo conoció la corriente biodinámica. No fue la parte espiritual la que lo conquistó; de hecho, “la pedantería” que había conocido en varios de sus seguidores le causaba incomodidad. Así lo cuenta él:

Conocí una vez a un gurú de la agroecología. Había estudiado agricultura biodinámica en Alemania y se creía sacerdote, vestía una túnica blanca y caminaba a una cuarta del piso. Ese güevón no caminaba, levitaba (G. Silva, comunicación personal, 26 de noviembre, 2020).

En las décadas de los ochenta y noventa, la mayoría de los estudiantes colombianos que después de viajar a Alemania volvían al país a promover la agricultura biodinámica, enseñaban técnicas inaplicables en Latinoamérica al tomar como referencia ecosistemas europeos poblados por enebros, hayas y abetos, inexistentes en el trópico. Por esta razón, Guillermo no encontraba mucho sentido en sus propuestas. Sin embargo, en el Carmen de Viboral, cuando un grupo de agrónomos biodinámicos del Brasil le explicó algunas propuestas de este movimiento, Guillermo pudo conectarlas, reinterpretarlas y aprovecharlas en su propia experiencia con las pilas pisadas. Fueron los purines los que más lograron persuadirlo: residuos de origen orgánico, que después de ser fermentados, tienen un impacto medioambiental positivo. Definidos por Guillermo los purines:

Los purines son vinagres. Se pueden hacer con plantas locales, con fríjol y ahuyama y no solo con enebro y hayas. La idea es hacerlo con lo que está disponible. Se toma un kilo de

hojas de unas 4 especies entre secas y verdes. Se machucan o pican de manera burda, no es como quien hace una ensalada. Se disuelve un puñado de tierra, boñiga o estiércol en 10 litros de agua. Si no hay boñiga, no importa, la tierra es suficiente porque también tiene bacterias. Se revuelve con las hojas, una única vez, luego se pone a avinagrar, se deja quieto. Lo importante es dejarlo quieto y a los 15 días eso es un vinagre que huele delicioso. Se puede hacer con cualquier estiércol. Lo importante es dejarlo quieto. Se pudo haber hecho con mierda humana, pero a los 15 días eso es un vinagre que huele delicioso (G. Silva, comunicación personal, 11 de diciembre, 2020).

Los purines se utilizan como fertilizantes naturales que le aportan, entre otros nutrientes, nitrógeno, fósforo y potasio al suelo, lo que lleva al desuso de fertilizantes, pesticidas y plaguicidas químicos. No se trata de un producto que altera de manera negativa el ecosistema, sino que lo enriquece. Aporta nutrientes que generan un control biológico de posibles plagas, al tiempo que favorece el crecimiento y maduración de las especies vegetales. Lo interesante de la técnica es la fermentación necesaria para su producción; dejarlo quieto sin la necesidad de comprar y depender de insumos del mercado. En lugar de estar moviendo los residuos orgánicos para propiciar su oxigenación y pudrición, en los purines se promueve la avinagración. Cuando Guillermo conoció sobre los purines, inmediatamente encontró una herramienta para explicar lo que él estaba experimentando con las pilas pisadas:

Cuando necesité demostrar la bondad de la pila pisada hice dos purines de esos, exactamente iguales. Les encargo una cuestión, a este no lo toquen para nada, y a este denle una vueltica todos los días con un palito. Y a los 15 días vemos la diferencia. Huelan allá y huelan aquí. Al que no le dimos vueltas huele rico y este otro que lo movimos huele horrible. Eso es lo que pasa en el compostaje por volteo. La fórmula del compostaje es la pudrición. Lo que pasa en la paca es que se avinagran los residuos, se fermentan. Los purines son una maravilla, son una propuesta hermosa (G. Silva, comunicación personal, 11 de diciembre, 2020).

En el Carmen de Viboral fueron varios los talleres en los que, junto con los campesinos, Guillermo y su equipo de trabajo experimentaron con los purines. Aprendieron de las técnicas que

proponían los agrónomos biodinámicos del Brasil y aplicaron algunos de sus métodos. Sin embargo, pronto comprendieron que más allá de lo que pudieran aprender de propuestas importadas, entre los campesinos que participaban del proyecto había cientos de saberes con una fuente más histórica y local que, en lugar de contradecir los principios ecológicos, lo enriquecían e incluso lograban trascender la espiritualidad tan artificiosa de los gurús de batas blancas.

Un día, mientras Guillermo recorría las huertas de los campesinos, descubrió una práctica tradicional de la región que se asemejaba, en sus principios, a los purines. Los campesinos del Carmen de Viboral basureaban la huerta para lograr la fertilidad del suelo. No lo hacían con hojas de enebro, ni con hayas: ni de manera intencional con hojas de frijol o ahuyama. Lo hacían simplemente con la hojarasca que lograban recoger del bosque. Sobre basurear la huerta, Guillermo explica:

Se apilan los residuos de la huerta y los desperdicios de cocina sobre la tierra, se cubren con hojarasca del monte y se dejan quietos durante seis meses. Esta es una práctica ecológica que se conoce como: avinagrar la basura. A los seis meses es un abono bien fértil y los campesinos se lo echan a la huerta. Eso es lo que ellos llaman: basurear la huerta. ¿Qué pasa cuando la basura orgánica se deja cubierta y quieta? Se fermenta y se avinagra con sanidad en vez de pudrirse y contaminar como en el volteo (G. Silva, comunicación personal, 11 de diciembre, 2020).

Fue basureando la huerta que Guillermo entendió la trascendencia espiritual de la gestión de residuos y su utilización para enriquecer la tierra. Los campesinos no lo nombraban como tal, pero tenían una conciencia práctica, naturalizada, de la acción que realizaban. Entendían que el producto que surgía de la tierra para brindar el beneficio del alimento debía retornar a la misma para nutrirla. La basura no era sinónimo de materia inservible, sino un excedente vivo que continuaba su ciclo. Los campesinos comprendían que las necesidades de producción y consumo eran una fase, un eslabón más de la cadena que se debe mantener, para perpetuar la sinergia y mantener el ciclo natural.

Mientras los purines exigían una comprensión racional y ecológica de los beneficios que aportan las diversas plantas fermentadas para fertilizar la tierra, basurear la huerta respondía a una forma de vivir campesina; una relación más íntima entre las necesidades sociales y el manejo del

medio ambiente, así como una manera más circular de comprender el proceso de producción, consumo y desecho. Basurrear la huerta exigía entenderse como parte de la naturaleza. Comprender la dependencia que se tiene de esta y lograr reconciliar la producción y consumo humano con un todo más grande interconectado.

Los campesinos no tenían un discurso elaborado, como los biodinámicos, acerca de lo que estos últimos denominaban el conocimiento holístico sobre el universo. Sin embargo, su práctica denotaba una forma de relacionamiento directa con el entorno. Mientras los biodinámicos buscaban reconciliar las necesidades, los conocimientos y el interés de los seres humanos con las condiciones de la naturaleza, los campesinos limitaban y definían sus prácticas diarias según las posibilidades que les presentaba el entorno. Esto es, darle primacía a la vida de la naturaleza a la que se pertenece, antes que a las propias necesidades o intereses.

A pesar de las posibles críticas, en el Carmen de Viboral Guillermo aprendió de ambas agriculturas: tradicional y ecológica biodinámica. Las vio mezclarse, asemejarse y divorciarse. Él mismo bebió de una y otra. Notó cómo ambas eran en sí mismas corrientes vivas que se transformaban y adaptaban. Ninguna de las dos representaba un paso atrás, sino grandes fuentes de saberes, técnicas y conocimientos que inspiraron y le permitieron comprender más el desarrollo de las pilas pisadas. Su técnica no era más que la unión de diferentes experiencias. Sabía que la tierra debía conceptualizarse/interiorizarse como algo vivo y dinámico, que requiere de observación y experimentación intensa; aplicar constantemente el método de ensayo y error para llegar a conocer sus posibilidades e intuir los cambios en ella.

1.4 1997: Opositores

En 1997, mientras trabajaba en un proyecto de agroecología con un grupo de ingenieros forestales, en Sonsón, Guillermo tuvo la oportunidad de presentarle sus avances a una bióloga experta en agricultura ecológica. Llevaba varios meses visitando diferentes experiencias de agricultura, observando cómo los técnicos promovían ante los campesinos la revoltura y oxigenación de desechos a partir del compostaje por volteo. No se atrevía a decir nada porque no quería desautorizar a los promotores. Sin embargo, cuando se encontró con la profesional encargada, se le acercó con la ilusión de encontrar un apoyo al contarle su propuesta. Justo estaban frente a una pila de basura orgánica, hedionda y llena de moscas, cuando la abordó.

La profesional se puso furiosa con la crítica que hizo Guillermo del compostaje por volteo y lo echó de la finca. Le pareció irrespetuoso y prepotente y no quiso conocer su propuesta. Parecía que la mujer estaba tan convencida de la técnica aprendida por la academia que no aceptaba ninguna crítica. Así lo pensó Guillermo: “No vuelvo a tratar esto con técnicos ni profesionales, mejor me busco un campesino”.

Pasaron algunos días antes de conocer a Hernán Castaño, un joven agricultor emprendedor, que, aunque no era profesional, se veía muy apasionado y entusiasmado por el tema. Guillermo aprovechó un momento de conversación informal con el hombre para invitarlo a desarrollar su idea:

Fuimos a la plaza de mercado y con ese magnetismo que han tenido los residuos conmigo encontré una caneca con un poco de frutas y cáscaras. Yo no busqué los residuos, ellos me buscaron a mí, yo no tengo la culpa. Veo esa basura sin un papelito y le digo a Hernán: ¡Qué belleza de basura! ¿Usted ha visto basura más linda que esta? ¡Mire! Esto está seleccionado. ¿Cuándo se lleva una cosa de estas para la finca para que hagamos un ensayo de otro método de gestión de residuos que yo conozco? (G. Silva, comunicación personal, 11 de diciembre, 2020).

Tres días después, Hernán estaba en la oficina de Guillermo contándole que había transportado, de la plaza a su finca, una volquetada de residuos orgánicos. Más de cinco toneladas de desechos llevaban dos días pudriéndose en la propiedad de Hernán, sin ningún tipo de procesamiento. Aunque los residuos estaban muy bien seleccionados, el hedor y las moscas ya estaban apropiándose del lugar. Trabajaron todo un día sin descanso, hasta procesar todos los desechos. No hicieron pilas de residuos, sino eras. Filas de aproximadamente diez metros de largo en las que dispusieron los residuos, los taparon con hojarasca y pisaron.

Al otro día, cuando Guillermo estaba en su oficina, llegó Hernán asombrado a preguntarle qué había ocurrido con todos los desechos. Habían pasado menos de veinticuatro horas y en el terreno del procesamiento no se sentía ningún mal olor. Mientras el día anterior la podredumbre de los residuos inundaba todo con su hedor, al despertarse y visitar el lugar, se había percatado de que ni siquiera se veían moscas encima de las eras prensadas. Hernán insistía en preguntar cuál era el truco.

—Yo no le hice nada a esa basura. ¿No estuve pues todo el día con usted pisando y pisando? No hicimos nada distinto. Yo le ofrecí un proceso que no oliera a nada y ahí está.

—Es increíble. ¿Le podemos mostrar esto a otra gente?

—¡Pues claro! ¡Mostrémosle!

Pasó poco tiempo antes de que echaran a Guillermo de este trabajo en Sonsón. A él no lo habían contratado para contradecir el compostaje por volteo, ni para capacitar a las personas en otro método. A Guillermo no le importaba que lo despidieran, no estaba dispuesto a promover, ni un día más, una técnica con la que no estaba de acuerdo:

¿Qué pasó? No sé, ni me importa. ¿Por qué la evidencia es tan poco evidente? ¿Por qué no nos sirve la evidencia? Esa es mi gran preocupación. Cuánta gente ha ido al bosque y ve que el bosque no pudre. Los orgánicos no necesitan que los oxigenen. Lo que hay que hacer es pisarlos para eliminar el oxígeno. El autor del compostaje, Albert Howard en 1940 escribió una frase hermosa sobre la descomposición en el bosque: en el bosque bacterias y hongos descomponen los residuos vegetales y animales, sin mal olor, ni moscas y hacen suelo orgánico. Si él reconoce lo que el bosque hace, ¿por qué se le ocurrió armar una podredumbre? (G. Silva, comunicación personal, 11 de diciembre, 2020).

1.5 2001: La prensa, la chicha y la paca digestora

Además del trabajo en Sonsón, Guillermo perdió varios empleos. Su dificultad para seguir órdenes, su personalidad irreverente y el cuestionamiento crítico ante cada labor que realizaba, le costó varios empleos. Fue entonces cuando decidió empezar a trabajar como independiente. Dictaba talleres o apoyaba actividades específicas relacionadas con su profesión.

En el 2001, gracias a las referencias que alguien había dado sobre él, fue contratado por una empresa para ayudar a solucionar la mala gestión de residuos que allí se estaba implementando. La fábrica, donde se producía aproximadamente una tonelada diaria de residuos de poda, después de intentar con la incineración, había decidido comprar el proyecto Bacterias eficientes, el cual prometía que, con la utilización de diferentes microorganismos importados, los desechos se

descompondrían. Si bien con esta técnica los residuos no tenían mal olor, la temperatura que alcanzaban las pilas de residuos eran tan elevadas que se temía una posible inflamación. Ante la preocupación de un incendio, un representante de la empresa se contactó con Guillermo para que los ayudara a encontrar alguna otra alternativa.

Cuando Guillermo visitó el lugar, el calor se sentía desde lejos, parecía un horno crematorio. Había al menos unas diez pilas de residuos, cada una con más de diez metros cúbicos. La cantidad era abrumadora. Guillermo nunca había procesado un volumen tan grande de desechos, no sabía cómo hacerlo. Tuvo que ser sincero con el jefe, confesarle su falta de experiencia y pedirle que le diera un tiempo para perfeccionar su método. Pasó varias semanas releendo libros y buscando artículos sobre el tema. No tenía internet, pero estaba seguro de que podía hallar una alternativa que facilitara y agilizara el proceso. Cuando hizo esta búsqueda se encontró con un texto que hablaba sobre la prensa de vinos. Guillermo lo recuerda así:

Encontré un artículo sobre la prensa de vinos y pensé: esto es lo que necesito. Necesito una prensa. La prensa de las uvas es una ponchera grande, la diferencia es que mi prensa, mi ponchera, no necesita fondo. ¡Ah! Y la hago de un metro cúbico porque es lo que aprendí del corralito de Carolina Evans y del agrónomo John Jeavons (G. Silva, comunicación personal, 11 de diciembre, 2020).

Fue así cómo se inventó el molde. Cortó cuatro cuadrados de madera, de forma tal que sirvieran como tableros desarmables que al unirse formarían un cubo. En sólo diez días, con la ayuda de los trabajadores de la empresa, Guillermo logró, con el uso del molde, prensar todos los desechos que se tenían acumulados. Pudo completar 40 cubos en una semana. Ya no se trataba de pilas, ni de corralitos, ni de eras. El uso de la prensa fue un descubrimiento. El molde ayudaba a que los residuos no se desbordaran en el momento de pisarlos y brindaba cierta forma cúbica al empaquetado de los residuos. En cuanto se retiraba la prensa, la estructura cúbica que se había formado era tan estable, que era posible pararse sobre ella. Los desechos quedaban literalmente empaquetados. Se formaba un fardo de desechos, una paca. De ahí el nombre que empezó a utilizar Guillermo al referirse a su método:

Desde la antigüedad se le dice paca al empaquetado de granos, arroz, trigo, paja, que se transporta. Pero el empaquetado no es el paquete, ni la envoltura. La paca es lo que hay adentro, el material agrupado. Por eso para mí es importante que la gente entienda que la paca no es el molde. La paca es la materia orgánica prensada que se descompone con un proceso específico de fermentación o digestión, que es prácticamente lo mismo, son sinónimos. Por eso se llama paca digestora (G. Silva, comunicación personal, 11 de diciembre, 2020).

Además de la innovación que significó el molde, la experiencia en esta empresa permitió corroborar la acción fermentativa. Un viernes, antes de terminar la jornada de trabajo, Guillermo hizo una paca digestora únicamente con material verde y fresco. No retiró el molde durante todo el fin de semana. El lunes, cuando desarmó los tableros de madera, sintió, al dejar al descubierto los residuos prensados, cómo se levantaba un olor a fermento. Así lo recuerda Guillermo: “Salió un olor delicioso, era un olor muy fuerte a alcohol. Tan embriagante que sentía que estaba en una chichería. Y yo me dije: Yo me quedo aquí, esta borrachera me la pego yo”.

En ese instante pudo experimentar la diferencia entre lo que ocurre en el compostaje por volteo y los cubos de residuos prensados. Comprobó cómo en las pacas digestoras se daba una descomposición desoxigenada, a diferencia del proceso pudridor del volteo. Los desechos prensados se estaban fermentando, no pudriendo. El olor a alcohol era una prueba de esto.

Años después algunos técnicos cuestionaron su deducción sobre el proceso alcohólico de fermentación que ocurre en las pacas digestoras. Para Guillermo el escepticismo de los profesionales era incomprensible:

Cantidad de académicos no creen que esto produzca alcohol. ¡Pues que no lo crean! Esto no es un dogma para creerlo, verifíquelo. ¿Tiene con qué? ¿Un alcoholímetro? No les basta con oler. ¿Usted no conoce el olor a alcohol? Pobrecito, tan sano el abstemio. Una cosa que huele y sabe a alcohol, ¿qué es? La mosca de la chicha visita a las pacas del tercer al sexto día de descomposición, ¿Qué más evidencia se necesita? Los técnicos y los académicos dicen que para hacer alcohol se necesita echarle melaza. ¿Melaza? El alcohol se puede hacer con astillas de madera, pero si hay residuos verdes, los residuos verdes son azúcar. Todo lo

que es material verde es azúcar, entonces eso fermenta de maravilla (G. Silva, comunicación personal, 11 de diciembre, 2020).

En el compostaje por volteo se recomienda no utilizar ni gestionar residuos verdes, ya que estos empiezan con una etapa de descomposición ácida, que bloquea la descomposición pútrida. En las pacas digestoras, en cambio, los residuos vegetales verdes, gracias a sus azúcares, promueven la fermentación para evitar la pudrición. De esta manera, se aprovechan las características de los residuos verdes para ayudar a descomponer el resto de los residuos. Lo que ocurre en las pacas no es una alternativa del compostaje, sino un proceso químico y físicamente opuesto.

Cuando Guillermo terminó su labor en esta fábrica pudo notar que los trabajadores estaban muy satisfechos con las pacas digestoras. Al único que no le gustó la labor fue al jefe ambiental de la empresa, quien pronto le cuestionó si era cierto que tenía que esperar seis meses para que los bloques se convirtieran en abono. A esto Guillermo respondió: “Yo no puedo hacer desaparecer sus residuos. Yo soy un tecnólogo, no un mago”. No volvió a saber nada sobre la gestión de residuos en esta empresa. A pesar de que la acción elaborada allí fue exitosa, Guillermo no se sintió satisfecho porque no logró la aceptación que deseaba.

1.6 2008: El laboratorio

Cuando Guillermo fue al Colegio Conquistadores a promover el uso de las pacas digestoras, obtuvo la aceptación en menos de dos minutos. Humberto Perdomo, directivo de la institución, entendió en qué consistía el método e instó a que se empezara su implementación. En dos meses, con la participación del personal de aseo y la inclusión de los estudiantes, prensaron todos los residuos apilados en el compostador del colegio.

Debido al éxito de la técnica, Guillermo le propuso a Humberto que escribieran un proyecto y lo presentaran a alguna entidad que los avalara. Intentaron con la autoridad ambiental, pero fue imposible lograr el interés de ellos en el tema. Luego decidieron hablar con profesores de la Facultad de Salud Pública de la Universidad de Antioquia. Para ese entonces, Guillermo se había percatado de que las pacas digestoras no tenían potencial de promoción como un método de generación de abono —debido a los seis meses que implica la descomposición de residuos con este

método— sino como un proceso descontaminante que permitía dignificar la labor del personal de aseo o de los técnicos encargados de esta labor:

Desde que empecé a trabajar como tecnólogo forestal encontré trabajadores paliando pilas de volteo. Un trabajo malsano y degradante. Yo pensaba: si yo no soy capaz de hacer ese trabajo, ¿Quién tiene derecho a ordenar semejante tortura a un trabajador? ¿Cómo permiten las autoridades un trabajo tan inhumano? ¿Cuál es la ética profesional de esto? (G. Silva, comunicación personal, 21 de febrero, 2021).

Presentando la paca digestora como un método para generar trabajo digno, y apoyándose en la experiencia del Colegio Conquistadores, lograron que una profesora de Salud Pública de la Universidad de Antioquia visitara las pacas elaboradas en la institución educativa y luego, se comprometiera a intentar convencer a algunos alumnos para hacer un estudio al respecto. Pasaron dos años antes de que dos estudiantes se animaran a hacerlo. Estudiar la basura no parecía un tema muy atractivo. En el 2010, JeymeLiset Ardila y Jonathan Cano aceptaron el reto. Fueron ellos quienes adelantaron un primer estudio sobre los aspectos fisicoquímicos, biológicos, ambientales y sanitarios de las pacas, tomando como referencia el proceso del colegio Conquistadores. Después de seis meses de recolección de datos, lograron describir algunas características sobresalientes de las pacas. Muy a pesar del interés de Guillermo, se dedicaron a detallar lo observado sin realizar comparaciones con otros métodos de compostaje.

Los hallazgos de estos estudiantes significaron un primer aval desde la academia que demostraba algunos beneficios de las pacas digestoras. Según los estudios de Jeymi Ardila y Jonathan Cano (2015), la temperatura interna de los residuos prensados en la paca alcanza, solo durante un día, más de los 55° C, los cuales no son percibidos desde el exterior, pues la temperatura externa se comporta de manera igual a la temperatura ambiente, sin afectar el entorno. La cantidad de lixiviados que se detectan no supera un promedio de 500 cm³. No se registró expulsión de gases de amoníaco y metano. En el lixiviado no se encontraron microorganismos patógenos. Se identificaron más de 13 órdenes de insectos descomponedores y la ausencia de moscas, cucarachas y roedores domésticos. A pesar de que los hallazgos son interesantes, hay algunas conclusiones de la investigación con las que Guillermo aún no está de acuerdo, por ejemplo, aquella referente a la

fermentación de los residuos. En la investigación no se habla sobre este proceso, pues para los estudiantes la fermentación al aire libre no es posible.

De acuerdo con Guillermo, fue gracias a la experiencia en el Colegio Conquistadores que se logró la expansión del método y la atención de investigadores universitarios. A partir del año 2010 la paca digestora empezó a ser concebida como un laboratorio a explorar.

1.7 2009: Tierra de capote certificada

De manera accidental, en el año 2016, Cristina Buriticá, una profesional agrónoma vinculada a la autoridad ambiental de Antioquia, escuchó en una reunión del grupo Hábitat, Territorio y Medio Ambiente (HTM) una explicación sobre las pacas digestoras. La facilidad que promulgaba en la gestión de residuos y la potencialidad de la técnica como método de regeneración del suelo, llamó principalmente su atención, por lo que pronto habló con Guillermo y le propuso que trabajaran juntos en un proyecto. Su idea era capacitar en esta técnica a las mujeres de la Asociación de Tierreras de Santa Elena, un grupo de mujeres que estaban extrayendo tierra de capote de los bosques del corregimiento para luego venderla y tener un sustento económico para vivir. Ellas, quienes se habían constituido como asociación para defenderse de manera legal de cualquier tipo de sanción por su mala práctica ambiental, ya habían recibido antes, por parte de Corantioquia, variadas charlas y capacitaciones en las que se les informaba sobre los diversos daños ecológicos que su práctica estaba ocasionando a los ecosistemas. Sin embargo, su labor no cesaba y la dificultad legal para sancionarlas se complejizaba debido a su organización como colectivo social.

Si las mujeres vivían del dinero que conseguían gracias a la venta de la tierra, lo que necesitaban era aprender a generar este recurso con una alternativa que no afectara el bosque. Ante esto, las pacas digestoras se presentaban como una excelente opción. De ahí el interés de Cristina Buriticá por trabajar con Guillermo. En poco tiempo se empezó a ejecutar el proyecto. Ambos visitaron a las mujeres de la asociación y les hablaron sobre las pacas digestoras. Las mujeres, escépticas, no se mostraron interesadas en apropiarse de la técnica. No dudaron en exponer las incoherencias que encontraban entre lo que les decía Guillermo y los argumentos que utilizaban las instituciones ambientales para sancionar su práctica. Así lo recuerda Guillermo:

Entonces fuimos a exponerle el proyecto a estas mujeres y nos dice una de ellas: Ese cuento será muy bonito pero no funciona. Los técnicos nos dicen que un centímetro de suelo se demora un millón de años en regenerarse, que lo que nosotros sacamos es un daño enorme a la tierra, que estamos echando a perder la naturaleza. ¿Ahora nos dicen ustedes que en seis meses vamos a hacer tierra con las pacas? ¿A quién le creemos? (G. Silva, comunicación personal, 21 de febrero, 2021).

Debido a la reticencia de las mujeres, el proyecto se vio obligado a buscar otro público. Guillermo y Cristina no tuvieron otra opción que abandonar el objetivo inicial y con el recurso financiero que habían obtenido, visitar los colegios para promover la técnica. El plan finalmente pudo ejecutarse a regañadientes, sin que se lograra el involucramiento de los estudiantes, ni la aprobación total de las instituciones educativas. Solo con un grupo de quinto de primaria se logró culminar el proceso, gracias al acompañamiento de la profesora Ana María Mejía, quien manejaba una huerta en alguna de las instituciones educativas del corregimiento. Con Ana María y sus estudiantes, Guillermo logró hacer varias pacas digestoras. Tantas que pudieron cercar toda la huerta con estos cubos prensados.

Al momento de finalizar este proyecto, decidieron hacer una celebración. Se reunieron en la huerta para compartir un almuerzo que fue servido sobre una fila de pacas digestoras, tendidas con manteles y utilizadas como mesas de bufet. Sobre las pacas se dispusieron una serie de alimentos fermentados con la intención de ejemplificar otros productos que se valen del proceso de avinagración: chicha, pan, chucrut y encurtidos. Durante toda la tarde, estudiantes y profesores disfrutaron de un almuerzo servido sobre pilas de lo que antes fue basura.

Con el objetivo de involucrar nuevamente a las mujeres de la Asociación de Tierreras con la técnica, Guillermo decidió invitar a cinco de ellas al encuentro. Se sirvió de la excusa de contratarlas como meseras del evento y aprovechó la oportunidad para mostrarles el abono de las pacas. Carmen Rodríguez, una de las principales lideresas del colectivo y una de las mujeres que se había mostrado más incrédula en un primer momento, no tardó en asombrarse al ver un bulto de tierra cosechada, después de los seis meses de fermentación y descomposición de los residuos, producto de las pacas digestoras:

- ¡Ah, pero es que esto es tierra de capote! - Dijo Carmen asombrada después de tocar y oler la tierra cosechada de la paca.
- Doña Carmen, no me venga a joder que la tierra de capote la hace el monte y esta la hicimos nosotros – Le contestó Guillermo sarcástico – Esta es tierra de nosotros.
- No, no. Yo conozco muy bien la tierra de capote y esto es tierra de capote.

Después de este encuentro, estas mujeres empezaron a hacer pacas en el siguiente semestre. Completaron más de 500 en menos de seis meses. Pronto tuvieron suficiente cosecha de tierra de capote reciclada para empezar a comercializar. Sin embargo, a pesar de que el proyecto de capacitación sobre pacas estaba financiado directamente por la autoridad ambiental, tuvieron que pasar tres años antes de que esta asociación obtuviera un permiso por parte de la institución que les permitiera empezar a vender la tierra. Sobre esto, Guillermo comenta:

Estamos más bloqueados que respaldados por las instituciones. Lo bueno de este proyecto fue que las pacas obtuvieron el mejor certificado de calidad, avalado por las mujeres de la Asociación de Tierreras. No necesitamos más certificados, ni de las universidades, ni de ninguna institución. Ellas dicen que la paca genera tierra de capote o sea de bosque ¿Quién mejor que ellas conocen la tierra de capote? (G. Silva, comunicación personal, 21 de febrero, 2021).

1.8 2010: La Paquería y el mejor piropo que ha recibido la paca

Héctor Uribe, vecino residente del barrio Belén, pertenecía desde años atrás a un grupo de adultos mayores que utilizaba el espacio del antiguo Preventorio del barrio, ofrecido como comodato, para darle vida a una huerta comunitaria. Él, junto con otros adultos mayores, había formado una fundación llamada Fundación Cultivos de Amor (FUNDACUDA), en la que manifestaban su interés por el uso del tiempo libre en asuntos ambientales. Ambas, fundación y huerta, fueron fundadas por la comunidad y aunque tenían ciertos auxilios del Área Metropolitana y la Secretaría del Medio Ambiente, subsistían principalmente del interés voluntario de sus participantes.

La huerta era, para los viejos, un espacio en el que podían ocupar su tiempo libre, sentirse útiles y productivos, compartir con otros, aprender cosas nuevas y convertirse en maestros de los visitantes que se iban acercando al lugar con el interés de conocer el proyecto. A pesar de los pocos auxilios que se recibían del Estado, los cuales a duras penas alcanzaban para pagar los servicios públicos, los adultos mayores lograban mantener su actividad en el lugar. Un día, en el año 2010, en una salida ambiental gestionada por FUNDACUDA, Héctor visitó la Asociación de Tierreras de Santa Elena. Cuando llegó fue una sorpresa encontrar que en el corregimiento había más de dos docenas de pacas elaboradas por las mujeres de la asociación. Cuando Héctor preguntó sobre el proceso, le contaron que un señor llamado Guillermo Silva había estado acompañando el desarrollo del proyecto. Para sorpresa de Héctor, el Guillermo del que le estaban hablando estas mujeres era su vecino en el barrio Belén. Llevaban más de treinta años viviendo en el mismo sector, pero nunca se habían dirigido la palabra.

Al otro día Héctor ya estaba tocando la puerta de Guillermo. Le propuso que visitara el proceso de FUNDACUDA y que les enseñara a hacer pacas. Se pusieron manos a la obra. Cuando Guillermo llegó a la huerta se percató de que allí ya estaban procesando los residuos con compostaje por volteo. La Secretaría de Medio Ambiente había dotado el lugar para la realización de este método y había enviado a algunos técnicos y profesionales para enseñar a realizar la técnica.

A pesar de que Guillermo se oponía al compostaje por volteo, no dio su opinión y se limitó a enseñar la elaboración de las pacas digestoras. Elaboró algunas como ejemplo pedagógico y luego dejó a otros a cargo del proceso. Un día, una de las pacas elaboradas por el grupo de jubilados, no quedó bien compactada y al quitar el molde se deformó un poco. El equipo, descontento por el resultado, después de unos días, decidió desbaratar el cubo y hacerlo de nuevo. Prepararon el terreno, pusieron el cajón y se dispusieron a pasar los residuos de un lado a otro. Cuando deshicieron la paca que ya estaba terminada, un olor fuerte inundó el ambiente. Era un olor embriagante que, aunque en algunas personas podría causar desagrado, se diferenciaba, por mucho, del olor de la podredumbre. De hecho, un asesor de Área Metropolitana, Juan Diego Elejalde, que justo estaba ese día visitando la huerta, al sentir este olor se acercó a decir lo que, para Guillermo, sería el piropo más honorable que ha recibido la paca: “¿Qué huele tan rico aquí? Huele a vinagre balsámico”

Pese al comentario de Elejalde, la mayoría de los integrantes de FUNDACUDA no quedaron tan convencidos con el método. Prefirieron seguir las indicaciones de la autoridad

ambiental y continuar gestionando los residuos en el compostaje por volteo. Solo uno de los jubilados, Rodolfo, se dedicó de lleno a las pacas. Como la mayoría de los residuos de cocina que se recolectaban se disponían en el compostaje, Rodolfo se enfocó, durante dos años, en elaborar pacas únicamente con material de poda.

María Edilma, una de las adultas mayores más involucrada con el compostaje por volteo, pensando que este método sería suficiente para gestionar todos los desechos de los vecinos, inició en el vecindario una campaña de recolección de residuos de cocina. Al principio, la cantidad de desechos que llegaban a la huerta era poca. Sin embargo, pasados dos años, el trabajo se desbordó y el compostaje por volteo no dio abasto. Rodolfo, quien ya estaba acostumbrado a hacer pacas solo con material verde, tuvo que ayudar con la gestión de toda la cantidad de basuras que se recibía a diario. Guillermo recuerda la situación:

La recolección de residuos con los vecinos se volvió un desorden. No sé de dónde algunos huerteros sacaron la idea de que los vecinos nos hacen un favor trayendo sus residuos. Les dije: aquí no necesitamos sus residuos, necesitamos que aprendan a manejarlos. Sin embargo, viendo el encarte que había con la abundancia de residuos, invite a Rodolfo a que colaboráramos y pronto compactamos todo lo que había represado (G. Silva, comunicación personal, 1 de marzo, 2021).

Fue en este momento que las pacas empezaron a ser más funcionales ante los ojos de los integrantes de FUNDACUDA, quienes, a pesar de la ineficiencia del compostaje por volteo, seguían prefiriéndolo. Solo al recibir la tercera demanda legal de parte de los vecinos, denunciando los malos olores del compostaje, empezaron a apoyar definitivamente las pacas.

En el 2013, cuando el inspector de la policía llegó a revisar lo que estaba ocurriendo, los jubilados pensaron que les aprobarían el compostaje por volteo por estar promovido por la Secretaría de Medio Ambiente y el Área Metropolitana. Sin embargo, el inspector, al comprobar las malas prácticas de salubridad, ordenó eliminar las pilas de volteo lo más pronto posible. Después de cerrado el compostaje, los integrantes de FUNDACUDA no tuvieron más opción que adoptar única y definitivamente las pacas digestoras. Sobre esto Guillermo opina:

Nos quedamos con el método sucio, con el compostaje por volteo, porque es el que promueve la autoridad ambiental. ¡Qué obediencia tan maravillosa! Aquí llamamos ‘educada’ a una persona amaestrada, bien obediente, que no piense, que solo obedezca. Eso para mí ha sido un conflicto. ¡Yo no sé obedecer! Yo creo que promover un reciclaje sucio y malsano es falta de ética. En FUNDACUDA se adoptó la paca digestora por una sanción, no bastó la sanidad demostrada. Es triste ver lo poco que se usa la racionalidad (G. Silva, comunicación personal, 1 de marzo, 2021).

Desde el 2010, y hasta el 2019, en FUNDACUDA lograron hacer más de 2000 pacas, lo que se tradujo en la gestión de más de mil toneladas de residuos orgánicos que dejaron de llegar al relleno sanitario. FUNDACUDA era el lugar de la ciudad donde se realizaba mayor cantidad de pacas al año. Hasta que la administración municipal del año 2019 decidió pedirle a la comunidad que desocupara el lugar para realizar algunas mejoras de infraestructura. Para cumplir con el supuesto interés de hacer de Medellín una ciudad sostenible, desde la alcaldía de Medellín se planeó hacer del antiguo Preventorio un parque con una perspectiva ecológica. Esto significó acabar con la huerta, pavimentar el espacio verde, construir algunos asientos de cemento y sembrar tres arbustos. Los jubilados no tuvieron otra opción que abandonar el proyecto en el que habían participado por más de diez años. A pesar de los beneficios que traía el espacio para la comunidad, la decisión del Estado significó el fin de lo que Guillermo llamaba la Paquería, el espacio de la ciudad donde más se realizaban pacas digestoras.

1.9 2011: Los hallazgos de la academia

En el año 2011, fueron los estudiantes de la Universidad de Antioquia, miembros del grupo Aliados con el Planeta, quienes se dejaron seducir por las pacas digestoras. Después de escuchar a Guillermo hablar un poco sobre el tema en un encuentro ambiental, le pidieron su contacto y agendaron un encuentro en la Universidad para realizar un taller de pacas y empezar a implementar la técnica en el espacio universitario. El día del taller, elaboraron en total tres pacas y discutieron algunos asuntos y curiosidades sobre la técnica.

Fue una sorpresa para los estudiantes, días después, descubrir que el personal administrativo de la universidad había desbaratado las pacas digestoras debido a la sospecha de que en ellas se

escondían armas de fuego o materiales explosivos. A pesar de la oposición administrativa, los estudiantes continuaron sembrando pacas digestoras en una de las zonas verdes de la Facultad de Ingeniería, al tiempo que coordinaban con las tiendas de la universidad la recolección de una parte de sus residuos orgánicos.

Las pacas digestoras, las cuales comenzaron a realizarse con cierta periodicidad en el campus, empezaron a ser un proyecto más robusto, en el año 2015 cuando Catalina Ossa, una de las integrantes de Aliados con el Planeta, empezó a liderarlo con mayor fuerza. La joven, quien durante este año estaba cursando el último semestre de Ingeniería Ambiental, eligió las pacas digestoras como tema para su trabajo de grado. Se propuso presentar este método como una alternativa complementaria que permitiera solucionar la problemática de gestión de residuos en el campus universitario. Para comprobar la viabilidad de la técnica, Catalina monitoreó los parámetros fisicoquímicos que intervienen en la descomposición de los residuos. Durante seis meses, midió las variaciones en el tiempo, la temperatura, la humedad, el pH y la altura de cuatro pacas digestoras, además de evaluar la calidad del abono orgánico producido después de los seis meses de descomposición.

Los resultados de la investigación fueron muy positivos. Los datos no solo confirmaron la viabilidad ambiental de las pacas y la calidad del abono orgánico que se obtiene de ellas, sino que brindaron otro tipo de información sobre el método. A diferencia de las conclusiones de Ardila y Cano en el año 2010, Catalina Ossa comprobaba que en las pacas digestoras se daba un proceso de fermentación donde se producen ácidos orgánicos y alcoholes que cumplen con una función desinfectante y saneadora de los residuos orgánicos. Afirmaba incluso que era esta fermentación la que permitía eliminar los posibles organismos patógenos y fitotóxicos (Ossa, 2016).

Como Catalina, otros estudiantes universitarios se interesaron por investigar la paca. En el 2015, un estudiante de Ingeniería Ambiental de la Universidad Nacional de Palmira, Juan Felipe Pinto, empezó a realizar su tesis de grado sobre el tema. Guillermo aprovechó la oportunidad para sugerirle al joven que realizara en su tesis una comparación entre la pila estática y la paca digestora. Los resultados comprobaron las diferencias entre ambos métodos. Mientras la pila estática expulsa de 10 a 20 litros de lixiviados por mes, la paca digestora, expulsa un 90% menos, esto es de 1 a 2 litros por mes, lo que la hace menos contaminante.

También en el 2015, el profesor Ramiro Ramírez, profesor de suelos agrícolas de la Universidad Nacional, se interesó en el método. El profesor dirigía el semillero de investigación,

Gestión Integral de Residuos Orgánicos GIRO y llevaba varios meses visitando diversas plantas de residuos en el Valle de Aburrá, todas ellas con gestión pudradora de residuos con compostaje por volteo. Cuando vio las pacas digestoras que se estaban haciendo en la Universidad Nacional, gracias al trabajo de Juan Felipe, Ramiro se sorprendió con la salubridad del método e inmediatamente le pidió a Guillermo mostrar a sus estudiantes el método. Ochos días después, Guillermo elaboró con los estudiantes de agronomía un taller sobre pacas digestoras. Los alumnos, acostumbrados a otros métodos de gestión de residuos, encontraron la paca como una técnica que facilitaba el proceso, minimizaba el esfuerzo físico y mejoraba las condiciones de sanidad del entorno de trabajo. Con la intención de explorar las características de las pacas digestoras y lograr un comparativo con el compostaje por volteo, Ramiro le propuso a Guillermo medir la cantidad de oxígeno que se encuentra en una paca compactada. Guillermo cuenta sobre los hallazgos de esta investigación:

Los resultados fueron increíbles. Una de las cosas que la gente me decía era que no era suficiente con prensar los residuos para sacar el oxígeno. Yo decía, sí, claro que es posible. Tal vez no se saque todo el oxígeno, pero sí se reduce el espacio que hay entre los desechos. Si no hay espacio para oxígeno entonces no hay oxígeno. ¿Por qué es tan difícil imaginarse las cosas? Porque perdimos la función imaginativa. La gente decía que era imposible que con prensar se eliminara el oxígeno. Me decían que a la intemperie no puede haber anaerobiosis. Pues se equivocan, de que la hay, la hay (G. Silva, comunicación personal, 1 de marzo, 2021).

Los resultados de la medición validaron lo que Guillermo ya había percibido con la experiencia. A diferencia del compostaje por volteo, en el que se deben ventilar los residuos para promover la alta oxigenación y alcanzar mínimamente un 15% de oxígeno entre las láminas capilares que se conforman entre los desechos, en las pacas digestoras, gracias al prensado y pisado, se reducen los niveles de oxígeno, los cuales varían entre el 0 al 10% durante los veinte días siguientes a la finalización de la última capa prensada. En el proceso de prensado, si bien no se elimina todo el oxígeno, se reduce el espacio entre los desechos, los cuales al estar a la intemperie y al recibir agua y humedad del entorno, forman láminas capilares compactas que bloquean la circulación del oxígeno.

Durante el primer mes de descomposición de residuos en la paca digestora se da un proceso anaeróbico en el que se desarrollan bacterias, levaduras y hongos que comienzan a digerir todos los hidratos de carbono que se encuentran en los desechos depositados en la paca. De la actividad fermentativa de estos microorganismos surge el alcohol. A medida que se va reduciendo la temperatura que alcanzan los residuos prensados, principalmente a partir del segundo mes, inicia la actividad de organismos taladradores, los cuales abren el espacio entre las láminas capilares permitiendo nuevamente el ingreso de oxígeno. Esto significa que, si bien las pacas digestoras no son en su totalidad un proceso anaeróbico, fermentativo, al menos sí lo son durante el primer mes.

Sobre la importancia del metro cúbico, junto con los estudiantes del profesor Ramiro Ramírez, Guillermo puso a prueba también la importancia de las dimensiones de la paca. Los estudiantes consideraban que la paca digestora era muy pequeña, quizá si la hacían de mayor altura podrían gestionar mayor cantidad de residuos. Elaboraron entonces una paca de 750 kg, la cual alcanzó un poco más del metro y medio de altura. Para su sorpresa los 250 kg de más retrasaron y entorpecieron la descomposición de los residuos. Mientras una paca de 500 kg y un metro de altura estabiliza su temperatura alrededor de los 40° centígrados, a más tardar el doceavo día después de su compactación, la paca con mayor peso y altura se demora más de un mes en alcanzar la temperatura propicia para permitir la llegada de bichos que ponen e incuban sus huevos en ella. Guillermo comenta sobre esto:

La academia tiene dos bloqueos, uno es que está segura de que la descomposición necesita oxígeno. Lo otro es la idea de que la única manera de ventilar residuos es moviéndolos. No, la otra manera de ventilar residuos es controlar el volumen. Esa es la importancia del metro cúbico. ¿Entonces si hay ventilación hay oxigenación? No, no. La ventilación se produce porque corre aire alrededor y le roba calor al cubo de metro cúbico. Eso es ventilar, robar temperatura. Ventilar y oxigenar es diferente (G. Silva, comunicación personal, 1 de marzo, 2021).

Gracias a las investigaciones, se pudo corroborar que la descomposición de residuos en las pacas digestoras se da en varias fases. La primera, la cual sucede durante las primeras semanas, es una actividad fermentativa y alcohólica. Luego, en una segunda fase, se alcanza una temperatura por encima de los 50°C, sin llegar a los 60°C, durante aproximadamente cuatro días y el nivel de

oxígeno no sobrepasa el 15%. Finalmente, a partir del doceavo día, se da una tercera fase, disminuye la temperatura, la cual se estabiliza alrededor de los 40°C durante dos meses. Esta disminución de la temperatura es la que permite que inicie la actividad incubadora de los bichos recicladores que empiezan a poblar la paca. Esto significa que a partir del doceavo día la paca deja de ser digestora y se convierte en paca incubadora de bichos.

Entrar a la Universidad de Antioquia en el año 2011, apoyar las investigaciones de Juan Felipe Pinto y trabajar junto con el profesor Ramiro Ramirez, en el año 2015, significó para Guillermo la posibilidad de validar desde el ámbito científico su trabajo. Sin embargo, a pesar de los avances en indicadores, Guillermo siguió sintiendo que fue poca la acogida de su técnica en el entorno académico y ante las autoridades ambientales. La investigación de Juan Felipe Pinto no fue terminada debido a algunos problemas de salud que tuvo el estudiante y las mediciones del profesor Ramiro Ramírez, aunque presentadas de manera más sistemática y organizada, nunca fueron publicadas. Únicamente el trabajo y la promoción de Catalina Ossa, aún presentes en la actualidad, e iniciados en el 2011, fueron persistentes en el entorno académico.

A pesar de los desaciertos y aciertos, gracias a la investigación y al interés de la academia por utilizar la paca como laboratorio, Guillermo pudo obtener datos, que si bien no le han permitido adquirir el posicionamiento científico que él desearía, se han convertido en herramientas para posicionar, defender y socializar las pacas digestoras en otros entornos.

1.10 2014: Las pacas comunitarias

Cuando Clara Pérez conoció a Guillermo en un evento ambiental, empezó a soñar con impulsar la elaboración de pacas digestoras en su barrio. Sorprendida por la facilidad del método y convencida del impacto ambiental de responsabilizarse de sus residuos, empezó a liderar un proceso paquero en su edificio. En una reunión de propietarios del Edificio Castelo, aprovechándose de sus funciones como administradora, habló sobre la paca digestora, convenció a los demás residentes acerca del método y los invitó a una capacitación con Guillermo que ella misma gestionaría.

El día del taller asistieron aproximadamente quince personas. Aunque la temática principal del encuentro era hablar sobre la separación de los residuos en la fuente y la elaboración de pacas digestoras, Clara tuvo que proponer la alternativa como una manera de embellecer el jardín. Al

hablar de cómo los cubos prensados podían ser utilizados como jardineras, logró una mayor aceptación de la comunidad, la cual se entusiasmó con la idea de la formación de un jardín de plantas aromáticas y flores. Guillermo no estaba totalmente de acuerdo con la predominancia de la función estética de las pacas, sin embargo, dejó de lado su prejuicio y aceptó las condiciones de la comunidad:

Cuando alguna vez me hablaron sobre el potencial paisajístico de las pacas me pareció una estupidez. Un compañero me dijo: yo a las pacas le veo potencial en paisajismo. Yo no supe qué contestar: ombe, sí, es posible. Pero pienso: tan importante que es el tema de salud y este güevón pensando en lo bonito. Pero el año pasado le pedí disculpas por mi pensamiento. En realidad, era la mejor idea. La manera más fácil de que la gente acepte la paca es por jardinería, no hay otra manera. Estoy que boto el nombre de paca digestora y lo cambio por jardinera digestora. Entonces no nos atrae la realidad. Es más importante la belleza que lo funcional (G. Silva, comunicación personal, 1 de marzo, 2021).

El paisajismo para Clara no significó un impedimento sino una oportunidad para visibilizar las pacas digestoras. Con el interés y el liderazgo activo de esta mujer, pronto las pacas se convirtieron en una actividad a llevar a cabo cada ocho días de manera colaborativa. Todos los jueves, los vecinos bajaban al jardín sus residuos orgánicos, mientras un equipo promotor dirigía la disposición de los desechos, su cobertura y el prensado. Algunos ayudaban a recoger la hojarasca. Otros depositaban los residuos en el centro. Los niños se animaban a saltar y bailar sobre las pacas para prensarlas. Muchos otros, solo dejaban su caneca o la mandaban con el personal del aseo, sin intervenir directamente. Las pacas motivaron la apropiación artística de un espacio árido que se nutrió con la fermentación de los desechos, camuflando los cubos entre flores y vegetación que dotaron de vida la zona.

Meses después de iniciar el proyecto en el edificio, junto con otros vecinos del barrio, Clara empezó a promover las pacas digestoras en un parque público muy cerca de su casa. El parque estaba abandonado y presentaba gran cantidad de inconvenientes principalmente por la mala disposición de las excretas de los perros que visitaban el lugar. Nuevamente, Clara convocó a un encuentro comunitario y presentó las pacas, esta vez como una alternativa para motivar la gestión de las heces de los perros: dispusieron un molde en uno de los lados del parque; pintaron algunos

letreros dando las indicaciones del método y finalmente, dispusieron para uso público unas palas elaboradas con materiales reciclables.

No fue fácil el proceso pedagógico en el parque. Cada ocho días, o incluso durante la semana, algún vecino, asignado con anterioridad como responsable, debía pasar a revisar los avances en las capas de la paca. Muchas veces fue necesario sacar los últimos desperdicios, revisar entre la basura de los otros y quitar los plásticos. Llenarse las manos de estiércol y esperar que la siguiente semana al examinar, estuviera mejor. Poco a poco, se fueron logrando avances. Cuando terminaron la elaboración de algunas pacas, sembraron sobre ellas pequeños esquejes de plantas de orégano que se reprodujeron de manera espontánea como rastrojo sobre la cima de los cubos. Fue tanta la invasión de la cobertura aromática de esta planta que pronto el espacio empezó a nombrarse el Parque del Orégano.

En el parque, el paisajismo también estuvo presente. Gracias a la amistad de Clara con una profesora de artes de la Universidad Nacional, planearon crear una espiral de pacas, trazaron con cal las curvas del camino y empezaron a plantar los residuos en el orden establecido. Por algún tiempo lograron seguir el patrón. Sin embargo, al pasar los meses, los planes se desvirtuaron y la falta de comunicación con los vecinos hizo que se volviera a sembrar las pacas de manera aleatoria.

En el Parque del Orégano y en el Edificio Castelo las pacas digestoras empezaron a trascender los beneficios técnicos del método y las competencias necesarias para su elaboración. Ya no se trataba del interés metodológico de encontrar una forma más salubre de gestionar los residuos, ni el objetivo comparativo de visibilizar los beneficios ambientales de las pacas digestoras versus otros métodos de compostaje. En el momento en que las pacas se apropiaron del espacio público de la ciudad, invitaron a la participación vecinal.

Las pacas digestoras sembradas en el espacio público fueron atrayendo la atención de más curiosos o vecinos que fueron uniéndose. Los cubos prensados llamaron el interés de otros que participaron de algún encuentro y luego se convirtieron en promotores de la técnica en sus propios espacios. Así ocurrió con Mariana Matija, una bloguera de la ciudad, ecologista, ambientalista y promotora de la basura cero en las redes sociales. Mariana, quien era además amiga de Clara desde antes, se unió durante dos meses al encuentro vecinal del Edificio Castelo y participó allí de la gestión de residuos en las pacas digestoras. Interesada por reproducir en el edificio en el que ella vivía el proceso, le pidió a Guillermo que orientara un taller en su unidad residencial, con la esperanza de que este despertara la curiosidad de otras personas y que pudiera ella misma liderar

otro proceso comunitario de gestión de residuos. Para lograr mayor visibilidad, la bloguera aprovechó su activismo en las redes sociales para contarle a sus lectores acerca del método de gestión de residuos que ahora estaba implementado. Asimismo, enlazó a su blog un video del programa Soy Natural², en el que Guillermo hablaba acerca de las pacas digestoras en FUNDACUDA. Fueron muchas y diversas las personas que leyeron el artículo de Mariana. Una de ellas fue Edelmira Altube, profesora de yoga y una de las referentes argentinas del movimiento internacional Basura Cero. Esta incluso habló de las pacas digestoras en un Ted Talk³ que logró gran visibilidad a nivel mundial. Así, el voz a voz y el chisme empezaron a ser los principales medios de difusión de las pacas digestoras.

La campaña de Guillermo de más de veinte años, con una acogida pobre en el entorno institucional, gubernamental y académico, empezó en el 2014 a movilizarse a través de los amigos, vecinos y relaciones que iban surgiendo en el entorno urbano, barrial, pero también a nivel internacional gracias a las redes sociales. Las personas que empezaron a interesarse por las pacas digestoras no eran en su mayoría agrónomos ni técnicos forestales. Tampoco eran campesinos cansados de gestionar los desechos a partir del compostaje por volteo, ni emprendedores que buscaban algún beneficio económico con la producción de abono. Como Clara, Mariana y Edelmira, los nuevos promotores de las pacas no eran más que consumidores preocupados por la cantidad de residuos que producían.

Lo que empezó a ocurrir desde el 2014 fue un cambio de perspectiva: la gestión de la basura no debería ser únicamente un tema de interés de unos pocos que se ocupan de esta labor. De hecho, limitar la promoción de las pacas digestoras únicamente a quienes manejan los desechos, es responsabilizar a una minoría de la correcta gestión de los residuos. La apropiación del método por parte de los vecinos de los barrios y las personas de la ciudad significó el reconocimiento de la estrecha relación entre producción, consumo y desecho. En otras palabras, comprender que el mal manejo de las basuras no es un problema de agrónomos, campesinos, empresarios o entidades estatales, sino un tema de interés y responsabilidad común.

La promoción de las pacas digestoras empezó a desarrollarse en otro escenario. Además del entorno académico, en el que en los últimos años se había insistido tanto, se empezó a comprender

² Este video se puede encontrar en: <https://www.youtube.com/watch?v=Qq84BBoElCc>

³ TedTalk disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=7LM26mEPDDc>

la importancia de involucrar a la comunidad en la gestión de residuos. Esto significó, como ocurrió con el paisajismo, asumir otras estrategias para su promoción, así como empezar a comprender lo que implica la apropiación de este método en el entorno urbano, los nuevos sentidos y competencias que se le suman a la práctica.

1.11 2015: Pacas y agricultura urbana

En el año 2015, gracias a la insistencia y gestión de Clara Pérez, las pacas digestoras tuvieron un espacio dentro del Festival Compartir. Guillermo fue quien lideró el taller durante el evento. Varias personas interesadas participaron en la propuesta, escucharon la explicación y apoyaron la elaboración de la paca digestora. Luego, para implementar la reflexión sobre la importancia del paisajismo en la promoción de la técnica, a Guillermo y a Clara se les ocurrió utilizar el cubo como jardinera, echar un poco de tierra en la cima y buscar alguna planta para sembrar. Algunos integrantes de la Red de Huerteros de Medellín (RHM), quienes también estaban participando en el festival, tenían a su disposición algunas plántulas. Guillermo no dudó en presentarse y pedirles que le facilitaran algunas. Tuvo tiempo también de contarles un poco sobre su técnica, intercambiar números de contacto y soñar quizá con alguna futura colaboración. Fue a partir de ese primer encuentro casual que se empezó a construir una relación entre pacas y huertas.

En ese momento, Guillermo poco conocía sobre RHM. Tejer una relación con este colectivo, era la posibilidad de promocionar su método ante otro público. Comprendía que las pacas digestoras podían prestarles un beneficio a los huerteros urbanos, quienes a partir de la gestión de sus residuos tenían la posibilidad de generar abono para sus plantas. Entendía que la facilidad de la técnica, el poco espacio que se necesita, el escaso tiempo a invertir mientras se logra la descomposición de los desechos y la reducción de trabajo en comparación con otros métodos, convertía a las pacas digestoras en una propuesta favorable para los huerteros de las ciudades. Lo que no veía Guillermo entonces era que, además de la relación evidente entre plantas y generación de abono, las pacas reproducen la misma multifuncionalidad y práctica política que los integrantes de la RHM promueven desde la agricultura urbana. Más allá de los conocimientos técnicos o competencias necesarias para hacer una huerta y con ella implementar cualquier método de gestión de residuos, la RHM entendía la agricultura urbana como una práctica de resistencia: un conjunto de estrategias creativas, acciones reflexivas, que incluyen técnicas, competencias y sentidos, que

les permiten a las personas modificar o desprenderse de prácticas convencionales y culturalmente establecidas, con el fin de generar nuevas subjetividades. Esto es, la huerta como una excusa para propiciar la movilización social y la reflexión-acción crítica frente a las prácticas cotidianas tan políticas, que desde el entorno privado se reproducen todos los días. En otras palabras, tomar conciencia sobre la relación interdependiente entre entorno y seres humanos, el cuestionamiento por los ideales de consumo, desarrollo y progreso, y el poder creativo y de transformación que reposa en cada una de las personas para cambiar las estructuras de poder y los modelos de organización dominantes.

Después del Festival Compartir, la RHM siguió promoviendo las pacas digestoras en la mayoría de sus actividades. En cada activación de huerta que se realizó desde el año 2015, las pacas tuvieron un papel relevante como principal propuesta de gestión de residuos. Así como se impulsó el desarrollo de huertas comunitarias que generan la apropiación del espacio público, el intercambio de saberes, la construcción de tejido social y las estructuras horizontales de organización, las pacas se promovieron como el método de gestión de residuos con mayor potencial comunitario y urbano. Mientras otras técnicas como el lombricultivo, el compostaje por volteo o la compostera casera se prestaban, por sus características metodológicas, a ser desarrolladas de manera individual, las pacas digestoras brindaban la posibilidad de gestionar una gran cantidad de residuos de manera colaborativa, en espacios compartidos.

La articulación entre pacas digestoras y agricultura urbana dotó a las primeras de un sentido político de resistencia. Mientras la siembra urbana permitía un cuestionamiento acerca de la brecha existente entre las labores de producción y consumo, con reflexiones críticas como: de dónde provienen los alimentos, quiénes los cultivan, cuánto tardan y qué dificultades tienen los agricultores; la paca digestora, en el espacio urbano, completó la reflexión y cuestionó la brecha entre consumo y desecho con otro tipo de preguntas: qué relación tenemos con los residuos, cuántos se generan en las ciudades, qué pasa con los desechos, dónde terminan y cuánta contaminación producen.

Gracias al encuentro con la RHM, varias integrantes de esta organización se convirtieron luego en promotoras de las pacas digestoras, entre ellas Cristina Sandoval, Paula Restrepo, Carla Bajonero, Estefanía Marulanda y Yenny Valencia. Ellas, de la misma manera que Clara Pérez, Mariana Matija y Edelmira Altube, se interesaron en la paca principalmente desde su postura como mujeres urbanas, conscientes de sus posibilidades de movilización desde las ciudades. Cada una

de ellas desde sus profesiones y labores particulares, las cuales en la mayoría de los casos no están relacionadas directamente con la temática de la agricultura, han impulsado procesos de gestión de residuos con pacas digestoras. Más allá de sus profesiones y de los recursos que estas les ofrecen para promocionar las pacas, su movilización se ha centrado en hacer de lo cotidiano un asunto político. Es por esto que cuestionan cómo a partir de las experiencias cotidianas, se construye el espacio público, se hace el barrio y se configura el hogar. Son mujeres que encuentran que sus mayores posibilidades de agencia y movilización empiezan por reconquistar la esfera de lo cotidiano, la cual también está invadida de un metarrelato que naturaliza el capitalismo como sistema único, universal y eterno. Esto significa que, son conscientes de su posición, pero también de su agencia. Son mujeres, ciudadanas, consumidoras que buscan hackear el sistema desde estas posturas que asumen y ocupan dentro de la estructura.

A diferencia de estas mujeres promotoras, no todas las personas que realizan pacas digestoras, incluso aunque sean parte la RHM, tienen una conciencia política o de movilización social. Sin embargo, que los ciudadanos decidan gestionar los residuos en el parque de su barrio o en el antejardín de sus casas, implica mínimamente un cambio de hábitos, rutinas, tiempos e interacciones, que a su vez conllevan al aprendizaje de nuevas competencias y a la transformación de sentidos y subjetividades.

1.12 2016: La paca viaja a México

Después de finalizar su investigación para graduarse como Ingeniera Ambiental, Catalina Ossa intentó publicar sus hallazgos sobre la paca digestora, sin tener mucho éxito, en diferentes revistas indexadas del país. Solo en el 2016, gracias al intercambio académico que realizó con la Universidad de Antioquia, el profesor Ramón Rivera de la Universidad de Chapingo, Catalina logró mayor visibilización de su trabajo y la publicación de un artículo, aprobado en México, para su difusión científica. Cuando Ramón Rivera llegó a Medellín y conoció el trabajo liderado por Catalina, junto con los demás integrantes del grupo de investigación Aliados con el Planeta, quedó sorprendido con el método y decidió apoyar a los estudiantes en la gestión de un viaje que les permitiera visitar su país para promover esta técnica. Ramón solicitó un apoyo económico a la Universidad de Chapingo y en menos de tres meses, seis estudiantes, entre ellos Catalina, estuvieron en el extranjero haciendo una campaña fuerte de pacas. Fueron los estudiantes y no

Guillermo, quienes tuvieron la oportunidad de viajar para promover la técnica. De hecho, él se enteró del viaje debido a los comentarios de terceros. Así lo cuenta Guillermo:

Yo no sabía del viaje, fue por los chismes que me enteré. Las personas me decían: ‘don Guillermo, le van a robar la paca. ¿Usted sí sabe el proyecto en el que está Catalina Ossa? Se va a ir a México a presentar su propuesta’ (G. Silva, comunicación personal, 10 de marzo, 2021).

Cuando se enteró del viaje, Guillermo no se enojó. Se sintió orgulloso del trabajo de Catalina. Sabía que ella, desde el 2011, estaba promoviendo esta técnica desde el espacio universitario. Además, nunca había pensado el desarrollo de las pacas como una invención propia, ni únicamente de su autoría. De hecho, muchas veces le hablaron de patentar las pacas, pero él no lo creía necesario. No era su reconocimiento personal lo que le importaba, sino la visibilización del método. Para Guillermo, cada persona que se apropiaba de las pacas no significaba competencia, ni riesgo, ni incertidumbre. Por el contrario, cada nuevo promotor era una alegría que le permitía sentir que su trabajo estaba dando frutos:

El conocimiento, la ciencia y el desarrollo no le debería pertenecer a nadie. Debería estar al servicio de la sociedad. Cuando me enteré de la noticia de Catalina me puse feliz. La llamé a felicitarla. Ella se ganó ese viaje con su trabajo. Para mí eso no representaba una traición, ni una amenaza, ni nada. Yo desde hacía rato había descartado la idea de la patentada de la paca. Una porque no hay con qué, vale 5 millones de pesos y es un trámite y una jodencia, para mí sin sentido. Porque ¿qué es la patente de un invento o de un desarrollo? Es tener la exclusividad de hacer algo. En la paca no sirve la exclusividad para nada. ¿Yo qué me gano con hacer pacas solo? Yo ya tenía comprendido que lo que se necesitaba era que mucha gente lo hiciera. Las pacas sirven cuando se las apropian las personas (G. Silva, comunicación personal, 10 de marzo, 2021).

Después de este viaje a México, con el retorno de Ramón y Catalina a Medellín, el profesor organizó en la Universidad de Antioquia Seccional Suroeste un seminario sobre gestión de residuos orgánicos, al que Guillermo también fue invitado. Allí Catalina y él expusieron, cada uno desde su

trayectoria, su experiencia con las pacas digestoras. En esta ocasión, el contacto directo con el profesor mexicano desencadenó, un año después, en la invitación a que Guillermo visitara el país mexicano y contara sobre su técnica. De esta manera, en el año 2017, gracias al apoyo de Ramón, Guillermo viajó a México y participó en un seminario internacional sobre gestión de residuos orgánicos. Hizo su ponencia sobre pacas y brindó algunos talleres prácticos. Visitó la Universidad de Chapingo, la Universidad de México y la Universidad de Acapulco.

Gracias a esta gestión, para Guillermo, uno de los principales promotores de las pacas digestoras fue Ramón Rivera, quien le permitió a la paca adquirir un estatuto científico del que antes no gozaba. El reconocimiento de Ramón fue fundamental para que luego otras universidades se interesaran en su método. A partir del año 2016, varias instituciones del país se han contactado con él para indagar sobre las pacas: Universidad de Medellín, Universidad Industrial de Santander, Universidad de la Paz, Universidad EAFIT, Universidad Pedagógica de Colombia, entre otras. Es por esto que Guillermo recuerda a Ramón Rivera con agradecimiento:

¿Cómo es posible que el trabajo de Catalina pueda pasar tanto tiempo inadvertido para todos los profesores? Seguro que más de 20 profesores la vieron trabajando y nadie le prestó atención. Y llega este profesor de México y en tres meses dice, me la llevo para México. El promotor más grande que ha habido de pacas en Colombia es Ramón Rivera, un mexicano, sí, si ese señor no hubiera llegado aquí, estaríamos todavía en ultratumba (G. Silva, comunicación personal, 10 de marzo, 2021).

Si bien Ramón Rivera fue importante en el escenario académico para satisfacer la necesidad, casi personal de Guillermo, de que su técnica fuera valorada por la comunidad científica, el auge que han tenido las pacas poco le debe a las instituciones académicas. Contrario a lo que opina Guillermo, la historia de las pacas muestra que ha sido la apropiación de la comunidad, en los parques y en los barrios, la que mayor movilización ha generado sobre el tema. Aunque la academia ha servido como una herramienta legitimadora, solo se ha logrado un verdadero impacto, al poner los hallazgos, contactos y recursos de ésta al servicio de las necesidades y experiencias propias de la comunidad. El constante reclamo de Guillermo por la validación de la academia y de las instituciones estatales, denota su falta de conciencia acerca de los grandes impactos políticos que ha tenido el método al ser apropiado por las comunidades.

De esta manera, la relación con la comunidad científica, si bien ha significado la validación de la técnica, no ha implicado la promoción de la práctica. Esto no significa que no se valoren los avances que se han tenido en este ámbito, ni que se denigre de las potencialidades de la relación con la ciencia. Indica que la movilización social alrededor de las pacas digestoras, la cual ha tomado fuerza en los últimos años, es principalmente un logro de las personas de las ciudades, que pueden utilizar la academia, pero que no dependen de esta. Incluso en el aspecto investigativo, han sido muchos más los hallazgos que se han logrado a partir de la experiencia, del aprender haciendo, del ensayo y error, que del método científico.

Con todos sus beneficios, dificultades y contradicciones, el viaje de las pacas digestoras a México, así como la creciente relación con el mundo académico, ha sido un logro valioso. Finalmente, la relación con la academia sigue siendo un frente de lucha al que Guillermo le ha apostado por más de veinte años y del que apenas en los últimos tiempos ha empezado a cosechar algunos frutos.

1.13 2017: Inmersión en bichos

Cuando Clara Pérez empezó a hacer pacas digestoras en el Edificio Castelo y en el Parque del Orégano, su principal motivación era despertar la conciencia ambiental sobre la importancia de la gestión de los desechos. Sabía que más del 60% de los residuos que se generan en un hogar, son susceptibles de ser reintegrados a la tierra. Conocía la problemática de contaminación en los diferentes rellenos sanitarios del país. Había escuchado sobre la gran problemática de contaminación por la mala gestión de la basura, la cantidad de lixiviados que escurren por la tierra hasta llegar a los mares, la liberación de gases altamente contaminantes y los precios de desplazamiento de los desechos. Su intención no era más que limitar su huella de carbono. Por eso reciclaba. Por eso también inició la gestión de residuos con pacas digestoras.

Sin embargo, lo que al principio pareció un interés meramente ambiental, en la práctica se fue ampliando. Además del impacto que su acción estaba produciendo en el medio ambiente, al encontrarse con otros, ensuciarse las manos, sortear dificultades y vivir el proceso, fue surgiendo lo que luego, en una reflexión entre paqueras se denominó como el pacto. Más allá de la cantidad de residuos orgánicos que dejaron de llegar al relleno sanitario gracias a su acción, lo que

principalmente ocurrió fue un cambio en las relaciones, con los otros y con el entorno. Así lo cuenta Clara:

En los últimos años las pacas han empezado a significar cosas que yo nunca pensé. Más allá de la compactación de residuos utilizando un molde, es más lo que está alrededor. Las pacas han sido la oportunidad para compartir con los vecinos, para realizar actividades con los niños, para explorar la diversidad recicladora que se da a través de todo este proceso y ha sido un espacio también para la diversión. Lo que ha hecho la paca es conectarnos con la vida en transformación (C. Pérez, comunicación personal, 27 de abril, 2020).

Con los otros, vecinos, amigos, alledaños, se dio un pacto social. Esto es, hacer primar el bien común, sobre los intereses y beneficios personales o privados, lo que implica negociaciones. Llegar a acuerdos con las demás personas, cumplir una serie de condiciones definidas de manera dialógica, renunciar a ciertos beneficios para pensar en el bien colectivo y aceptar una horizontalidad entre todos los participantes. Cristina Sandoval, integrante de la RHM, paquera y amiga de Clara, en una discusión sobre los impactos de los procesos comunitarios de pacas en la ciudad, lo describió así:

Entonces yo creo que en el momento en que uno decide tratar sus propios residuos, diferenciarlos y manejarlos de otra manera, lo está haciendo pensando en un bien colectivo. Sería mucho más fácil meter todo en la misma bolsa y sacarlo a la calle y no volver a pensar en lo que pasó ahí. No pensar en nada más. Pero en el momento en el que nosotros decidimos hacer ese trabajo de separación y no solo separamos, sino que además decidimos que eso lo vamos a gestionar en un lugar con otras personas, entonces empezamos a pensar en lo común. Tenemos que llegar a acuerdos con los otros, decidimos trabajar juntos, cuándo lo vamos a hacer y cuáles son las condiciones. Eso implica pensar en un bien común, en lo colectivo, tan poco común en este momento (C. Sandoval, comunicación personal, 1 de mayo, 2020).

El pacto social del que hablan Clara y Cristina, la primacía del bien común y de lo colectivo, es una renuncia a las lógicas del capital, la propiedad privada, el individualismo e incluso a la

autonomía personal en el espacio común. Esto, puesto en práctica, se aleja de la visión romantizada de lo comunitario e implica una serie de contradicciones, dificultades y fracasos que se viven constantemente en el proceso. El pacto social hace necesarios el diálogo, la colaboración, el cuidado y la festividad. Resalta la necesidad de escuchar al otro para crear de manera conjunta, incluyendo las particularidades y diversidades de todos los que aportan. Implica la realización de actividades que se ejecutan para el mantenimiento de la vida y no bajo la lógica de la producción, donde el reconocimiento de todos es indispensable. Invita a quienes participan a vivir con la esperanza del futuro que se va creando de manera colectiva. No es una carga, ni un trabajo, ni un sufrimiento, ni un deber. Por el contrario, es la posibilidad de integrar a la cotidianidad prácticas que construyen el mundo que se quiere vivir.

Además de los cambios en las relaciones con los otros, del pacto social, otra de las transformaciones que fue notando Clara durante el proceso fue la manera en que se vive el entorno. Hacer pacas implica el contacto directo con la tierra. Reconocer que el trabajo que se realiza con el molde y las capas prensadas es mínimo en comparación con la labor fermentativa y digestiva que realizan los macro y microorganismos. A medida que Clara y el grupo de paqueros le sumaban capas al cubo prensado, era imposible no encontrarse con algunos bichos que iban poblando la paca. Cada ocho días, cuando visitaban las pacas, movían un poco el molde o pisaban la última capa, salían de sus refugios algunos de los responsables del trabajo de descomposición. Animales a los que nunca les habían prestado atención alguna, con los que nunca se habían cruzado, de pronto empezaron a ser visibles y valiosos gracias al aporte que hacían al proceso. Mientras Clara participaba en la elaboración de pacas, fue notando que el cubo prensado que parecía inerte era en realidad un hábitat vivo en el que era posible encontrar decenas de seres en movimiento, cubiertos por la tierra oscura y húmeda. Animales largos, opacos, brillantes, con armaduras, con cientos de patas o con ninguna. La curiosidad que empezó a despertar el proceso de descomposición dentro de la paca y la interacción que se estaba generando entre estos seres a menudo desapercibidos, llevó a Clara y a otros a pensar en un taller de Inmersión en la paca digestora.

En el 2017, con la compañía de Guillermo y de otros amigos, algunos paqueros y otros no, se conformó un equipo de trabajo para invitar a la comunidad en general a descubrir la vida existente en la paca digestora. El equipo, conformado además por un entomólogo y algunas ilustradoras, se estableció como un grupo multidisciplinario que permitía la inmersión en la paca desde diferentes perspectivas. Durante los encuentros, en los que en la mayoría de los casos

participaron niños, se destapaba una paca lista para cosechar y se observaban los bichos que se podían encontrar aún en ella. Luego se tomaban lápices y colores y se dibujaba sobre papel, lo que se había observado. Con la ayuda del experto, se identificaban los macroorganismos y se hablaba un poco sobre sus funciones dentro del proceso. Finalmente, con el apoyo de la ilustradora, se plasmaba de manera más fidedigna aquello que se había encontrado. Sobre esta experiencia Cristina cuenta:

Lo que se pretendía era generar otra vez ese contacto que hay con el suelo, con la vida que hay en el suelo. Mostrarles que la tierra no es algo sucio, que no es dañino, que ahí hay un montón de vida y que esa vida está conectada directamente con nosotros. Con las pacas los residuos dejan de ser basura, dejan de ser algo sucio y se convierten en alimento para los microorganismos. Eso fue para los niños un gran descubrimiento y ahí los niños son también vehículos de saberes. Llegaban a sus casas a contarles a las mamás qué era lo que estaba pasando (C. Sandoval, comunicación personal, 1 de mayo, 2020).

Este tipo de talleres y el contacto constante con la tierra, ha generado en Clara y en muchos de los paqueros, reflexiones acerca del cuidado de la vida. De ahí que Clara hable además de un pacto con la naturaleza. Un acuerdo que consiste en ponerse al servicio de la vida. Entenderse como parte del entorno y empezar a promover prácticas de reciprocidad con este. En palabras de Clara, “conectarnos con toda esa inteligencia natural que ya existe”. En el pacto con la naturaleza, de la misma manera que con los otros, vecinos y amigos, se da una primacía por el bien común. La naturaleza es un actor más con quién interactuar de manera horizontal, evitando reproducir prácticas de dominación o jerarquía. Hacer pacas se entiende como una práctica de reciprocidad con la naturaleza, la cual se nutre de vuelta con los excedentes del alimento que ella misma brindó. Así, lo que se busca es aprender de la naturaleza para fluir con ella y sus propias alternativas de manejo ambiental.

En el año 2019, después de los primeros talleres de Inmersión en las Pacas digestoras, motivados por las reflexiones y aprendizajes que éstos suscitaron, Clara, junto con otros paqueros y amigos, la mayoría integrantes de la RHM, decidieron iniciar, desde este colectivo, una campaña orientada a promover la separación de los residuos de las ciudades y la transformación de estos en abono para nutrir el suelo y las plantas. El objetivo de la campaña, a la que llamaron Aprovecho el

Desecho, era enseñar diversas técnicas de procesamiento de residuos orgánicos que podrían ser implementadas en los hogares urbanos: la compostera casera apanadora, el compostaje en caneca, el lombricultivo y por supuesto, la paca.

Guillermo, quien por muchos años fue reticente a participar en proyectos donde se impulsaran técnicas de oxigenación de residuos para su descomposición, hizo parte del equipo y se encargó principalmente de las actividades relacionadas con su método. Lo hizo porque encontró en Aprovecho el Desecho un espacio de visibilización de la paca en las comunidades, pero también, porque cada vez estaba más convencido de que la problemática de las basuras en las ciudades trascendía la discusión acerca del método más propicio y cuestionaba un asunto más estructural acerca de la relación entre los seres humanos y la naturaleza, y las relaciones de producción, consumo y posconsumo.

Dentro de la campaña Aprovecho el Desecho, se realizaron nuevamente talleres de Inmersión en la paca digestora. Después de reconocer los bichos principales que participan en la digestión de la paca y tener las ilustraciones de éstos, se realizaron varias jornadas de estampación de camisetas. En ellas se plasmaba un diseño con los principales organismos descomponedores que se habían reconocido en las pacas: el mojoy, el ácaro, la cochinilla o marranita, el colémbolo, la lombriz de tierra, la mosca soldado y la tijereta. Además, se produjeron una serie de fanzines en los que se explicaba y promovía cada uno de los métodos de gestión de residuos, los pasos para su elaboración, algunos tips para tener en cuenta y los principios básicos de su funcionamiento.

Si bien las técnicas de gestión de residuos han sido la principal temática de la campaña Aprovecho el Desecho, éstas no han sido más que un pretexto para invitar a las personas a toparse con la vida. Con ellos buscan, como lo cuenta Clara: “Dar a conocer aquellos vecinos invisibles e imprescindibles, que de la misma manera que lo hacen en el bosque, llegan a la comunidad para aportar con su labor recicladora”. Cuando se gestionan los residuos orgánicos, se observa cómo aquello que se creía basura se convierte en tierra viva, se aprecia la labor de los micro y macroorganismos, y comienza un trabajo colaborativo entre humanos y bichos. De esta manera, la inmersión en la paca digestora supera el conocimiento acerca del funcionamiento interno de la paca y se vive como una experiencia de reconocimiento de la vida.

1.14 2019: El Festival Paquero

En septiembre de 2019, cuando apenas estaba iniciando mi investigación de maestría sobre los procesos paqueros en la ciudad, desde la Red de Huerteros de Medellín me invitaron a participar en el Festival Paquero. El evento consistía en la promoción del método a nivel ciudad, con el objetivo de compartir las experiencias en las que ya se estaba implementando la técnica y motivar el surgimiento de nuevas iniciativas. Como si se tratara de un secreto, a modo de sorpresa, el equipo organizador buscaba, además, rendirle un homenaje a Guillermo por sus más de treinta años de promoción de las pacas. Todo el evento fue autogestionado.

Una parte del Festival Paquero se realizó en la Universidad de Antioquia, la otra en un parque público del barrio Carlos E. Restrepo. Se propusieron diferentes actividades. En la primera jornada: un Pechakucha en el que se compartieron experiencias de implementación de pacas en espacios públicos o privados; el lanzamiento del producto audiovisual “Los dones de Guillermo” en el que se presentó a modo de retrato al creador de las pacas digestoras; y la escucha atenta de un podcast que yo dirigí, a propósito de mi investigación, acerca de la conexión entre las mujeres y los procesos paqueros, como labor de cuidado. En la segunda jornada se realizó un taller creativo de moldes; la elaboración comunitaria de algunas pacas digestoras; una charla magistral; y finalmente, un almuerzo colectivo, con un “compartir de alimentos”.

Cada una de estas actividades, productos y experiencias que se compartieron, me permitieron empezar a observar las pacas digestoras más allá del paso a paso de la técnica, la cual casi siempre —a pesar del mal genio que esto le pueda causar a Guillermo— es reinterpretada, modificada, alterada y transformada. En el Festival Paquero, las experiencias de pacas digestoras se empezaron a vislumbrar para mí como una práctica. Esto es, como una forma rutinizada de conducta, en la que a partir de la acción surgen formas de conocimiento, significados, saberes prácticos, emociones y motivaciones. Al escuchar las diversas experiencias paqueras, pude distinguir cómo resaltaba la creatividad de cada uno de los grupos para responder a las necesidades y deseos particulares. Cada experiencia conllevaba a diversas subjetividades. Algunos paqueros resaltaban la calidad del abono, otros la posibilidad de investigación que hay dentro de ella, la conexión con el bosque, la utilización del tiempo libre, la cohesión comunitaria y otros múltiples motivos. Todos podían enumerar diversos aprendizajes y saberes que les había suscitado la

elaboración de las pacas. Podían también mostrar nuevas formas de hacerlas: más pequeñas, solo con papel higiénico, con una tapa para evitar que los gallinazos escarben o con moldes de plástico.

En alguna conversación que tuve tiempo después con Clara Pérez y Cristina Sandoval, dos de las mujeres con mayor experiencia en pacas comunitarias de la ciudad, pensábamos sobre aquello en común que compartían los paqueros. Después de conversar un rato, llegamos a una conclusión aparentemente obvia: la clave de una comunidad paquera es que se hace la paca. Hay que hacer paca para ser paquero. Esta reflexión tan simple me pareció particularmente importante porque sitúa el hacer en el centro de la discusión. Para hacer una paca se necesita un conjunto de saberes prácticos o competencias: saber separar los residuos, conocer las dimensiones del molde, aprender a pisar y prensar, escoger el mejor lugar, conocer métodos de comunicación con los vecinos, etc. A su vez, implica una serie de materialidades: se necesitan algunas herramientas, acceso a la tierra y hojarasca disponible. Así como lidiar con ciertos sentidos y significados: repudio a los malos olores, dificultades para posicionar la fermentación frente a la pudrición, asco a las cucarachas y gusanos, miedo al qué dirán los vecinos, etc. El hacer, el cual depende de estos aspectos, se transforma constantemente. A medida que se realiza la práctica, es posible descubrir nuevos sentidos que transforman el sujeto, pero que a su vez pueden modificar las estructuras o modos de hacer/pensar aparentemente más anquilosados a nivel social. Esto significa que, la práctica depende de las materialidades, sentidos y competencias que se tengan, pero que, a su vez, estos aspectos se transforman a partir de la práctica.

En los apartados anteriores, a modo de línea de tiempo, me he valido principalmente de la voz de Guillermo para contar la historia de las pacas digestoras. Sin embargo, es posible notar, cómo a medida que transcurren los años, se han integrado a la historia nuevas voces y personas que han enriquecido el proceso. Desde 1977 hasta el 2008, la historia de las pacas es paralela a la experimentación/investigación de Guillermo. En este periodo se cuentan las críticas que tiene Guillermo frente a la promoción de gestión de residuos a partir del compostaje por volteo. Su primer contacto con el bosque, sus lecturas acerca de los procesos fermentativos y su indagación por las prácticas tradicionales, norteamericanas, europeas y latinoamericanas de gestión de residuos, antes de la revolución verde. Hasta este punto, el discurso se basa principalmente en el desarrollo de una técnica, la cual parte del cuestionamiento de ciertas lógicas modernas como la importancia de reducir los tiempos de los procesos naturales, la explotación de la tierra y la relación de dominio de la naturaleza. A partir del 2008, con la aceptación del método en el Colegio

Conquistadores y el creciente interés desde la academia, las pacas digestoras empiezan a vislumbrarse como un laboratorio de experimentación. Bajo el discurso de la salud pública y del trabajo digno de los recicladores, se empiezan a estudiar, desde el método científico, las características de las pacas. Esto es, sus aspectos fisicoquímicos, la calidad del abono que produce, la liberación de gases, etc. Desde este año y hasta la actualidad, la investigación se ha convertido en una parte fundamental para legitimar el desarrollo técnico de Guillermo. Sin embargo, sólo a partir del año 2013-14, se han empezado a desarrollar procesos paqueros que dan cuenta de una, o varias, prácticas sociales. Esto es, unas formas colectivas de hacer que se sostienen en el espacio social y relacional, al mismo tiempo que lo producen (Gherardi, 2015). En otras palabras, es la apropiación social que han tenido las pacas digestoras la que permite que su elaboración se comprenda como práctica social. Esto debido a que se trata de comunidades de practicantes, que en la ejecución de la actividad van elaborando un sentido común lo cual, de acuerdo con Gherardi (2009), podría denominarse como prácticas epistémicas. Es decir, formas colectivas de conocer, interpretar, evaluar y saborear la realidad humana y no-humana.

Fue durante el Festival Paquero que comprendí que hablar sobre las pacas digestoras trascendía el asunto metodológico y la vivencia personal de Guillermo. Escuchar las experiencias de los paqueros me pareció insuficiente. Si quería conocer lo que ocurría en los grupos debía participar en los encuentros comunitarios. Fue entonces cuando empecé a hacer etnografía y a basar mi investigación en la observación participante. Empecé a hacer pacas y a analizar los datos que la experiencia me brindaba. Escuché además el consejo de Guillermo:

Los estudiantes que han investigado las pacas están tan centrados en medir que se les ha olvidado observar, oler, tocar. Ellos no tienen la culpa. La academia les enseñó así. Les piden que lo que encuentren lo acomoden a lo que otros han dicho. Yo creo que lo que hay que hacer es escuchar la paca. Yo creo que la paca sí habla, estoy convencido que la paca habla, eso sí, al que la quiera entender. Pero al que no la quiera entender no le dice ni mú (G. Silva, comunicación personal, 7 de abril, 2021).

A finales del año 2019 empecé a escuchar las pacas digestoras. Las escuché hablar a través de Guillermo, como intenté mostrar en este capítulo, pero también a partir de múltiples voces que se fueron apropiando del método. Me ensucié las manos y los pies procesando mis propios residuos

y participé en menor o mayor medida en diversos procesos de pacas en la ciudad. Me acerqué al movimiento paquero y le hice algunas preguntas: ¿qué tan políticas pueden llegar a ser las pacas digestoras?, ¿se da en las comunidades un acto de resistencia al promover este tipo de acciones?, ¿cuáles son las prácticas sociales de resistencia que se dan en los grupos paqueros urbanos? Guillermo tenía razón. Las pacas digestoras me contestaron. Espero en los próximos capítulos seguir acercándome a las respuestas que me brindaron.

Capítulo 2: Práctica paquera: comunicación, creatividad y reflexividad

A finales del año 2020, Paula Restrepo le propuso a todos los copropietarios de la unidad residencial Cerros del Escorial, en Medellín, empezar a gestionar en pacas digestoras los residuos orgánicos de las familias vecinas. La idea de Paula era invitar a los residentes a recibir un taller sobre pacas digestoras, dictado por Guillermo, e iniciar un proceso paquero comunitario en la unidad. A pesar de la insistencia de Paula y su aporte económico para la actividad, su intención sólo logró recibir un mínimo interés de parte de la administradora. Esta aceptó convocar a los vecinos para hablar sobre el tema, motivada por el Decreto No. 321 del 2017, el cual exige que en los conjuntos residenciales se realice una correcta separación y gestión de los residuos para minimizar los cobros relacionados con la recolección de basuras y evitar posibles multas.

A las dos de la tarde, el 3 de octubre, se concretó la reunión. Yo fui invitada por Paula, para asistir como observadora. Era mi oportunidad, como investigadora, para presenciar, desde el inicio, la conformación de un grupo paquero. Llegué puntual. Me senté en la sala de Paula a esperar la llegada de Guillermo y las indicaciones exactas acerca del lugar donde se realizaría el taller. La puerta estaba abierta cuando entró la administradora, sin saludar, discutiendo consigo misma e informándonos sobre lo que estaba ocurriendo:

—¿Qué les parece? Que la paca digestora no se puede hacer en el espacio verde al frente de la casa de ellos, que tiene que ser arriba, cerca de mi casa. ¿Por qué tiene que ser allá si arriba ya hay un punto de reciclaje? Dicen que la paca atrae muchos roedores. Pues los vecinos de arriba tampoco queremos que la paca nos quede al frente. Me da mucha pena, pero arriba no va a ser.

Los vecinos no conocían las pacas digestoras pero ya eran detractores del método debido a sus prejuicios acerca de los residuos orgánicos. Si bien podían entender la importancia de la implementación debido a la normativa ambiental, se oponían a que las pacas digestoras se instalaran cerca de sus casas. Cuando Guillermo llegó y se asignó un lugar para la reunión, los ánimos de los copropietarios ya estaban encendidos. Los siete vecinos que asistieron al encuentro, menos de la mitad de los invitados, se dispusieron a escuchar las palabras del maestro. Con miradas

escépticas, con comentarios en voz baja para reafirmar su incredulidad acerca de los datos que se ofrecían y luego con decenas de preguntas retadoras, evidenciaron sus dudas sobre el método:

– Muy bonitos los datos y todo, qué bueno que los lixiviados que bota son pocos y que no se expulsan gases. Pero eso para nosotros no es relevante. ¿Hay algún estudio que hable sobre la percepción de los vecinos frente a la paca? ¿Qué dicen los vecinos que viven cerca de una paca?

El testimonio de Paula y mi propia experiencia con los Paqueros de la Hueso logró satisfacer un poco sus dudas al respecto. Después de otra ronda de preguntas y tras la invitación de Guillermo de realizar una prueba piloto que les permitiera experimentar por sí mismos el proceso, los vecinos aceptaron seguir con la parte práctica del taller y realizar la primera paca digestora.

Entonces la dificultad volvió a ser la misma del inicio. Pese a escuchar la explicación sobre el método, los hallazgos que la validan y algunos comentarios sobre las más de doscientas experiencias en todo el mundo que la promueven, ninguno de los vecinos estaba dispuesto a aceptar que, en el espacio verde, cerca de sus casas, se instalara la paca digestora. Aunque los dos espacios verdes comunes que se consideraban apropiados para la implementación del cubo descomponedor de residuos estaban ubicados a más de cinco o seis metros de distancia de la casa más cercana, los propietarios se negaban a ceder su espacio y discutían por los supuestos daños que el método ocasionaría. Aquellos que vivían en la parte de abajo exigían que se hiciera la paca en la zona superior. Por el contrario, los que residían arriba se oponían y pedían que se utilizara el espacio inferior.

En la búsqueda de llegar a un acuerdo, Guillermo propuso observar los dos espacios y definir cuál sería el más adecuado. Debido a la facilidad en el transporte de los residuos verdes, recolectados en la zona de reciclaje de la parte superior de la unidad residencial, Guillermo sugirió que allí se realizara la primera paca digestora. Inmediatamente la administradora, quien vive más cerca de este lugar, objetó. Al no encontrar entre los asistentes una mayoría que la apoyara en su descontento, se excusó diciendo que iría por unos materiales a su casa y se ausentó del taller. Por unos minutos todo transcurrió en calma. Se empezaron a medir y a cortar las tablas de madera para realizar el molde. Los vecinos escuchaban con atención las indicaciones de Guillermo cuando llegó

de manera repentina el esposo de la administradora. Un señor alto, musculoso, calvo y barbado, quien empezó a gritar, enojado:

– ¿Qué es lo que está pasando aquí? ¿Por qué no se puede hacer la paca allá abajo? ¿Por qué tiene que ser cerca de mi casa?

La actitud del hombre era desafiante, en búsqueda de un contrincante que no tardó en enfrentarlo (Figura 2). Uno de los vecinos, principal opositor de que las pacas se realizar en la zona inferior de la unidad, empezó a retarlo:

– ¡Oigan a este! No estuvo en toda la reunión y llega a pelear.

Los gritos y manotazos al aire empezaron a orquestar la discusión. Los demás asistentes vociferaron pidiendo que se abandonara la pelea. Pronto apareció un tercer contrincante. El hijo de la administradora, aún más musculoso y alto que su progenitor, llegó a apoyar a su padre. Varios de los vecinos se interpusieron entre los adversarios para evitar que la pelea terminara a los golpes. Después de lanzar algunas amenazas, el hijo y el esposo de la administradora volvieron a su casa y desaparecieron del lugar. Minutos después llegó ella, como si no supiera lo que había pasado, e invitó a continuar con el taller. Dijo que si la paca se iba a realizar cerca de su casa, entonces debía hacerse únicamente con residuos vegetales y sin desechos de cocina. No hubo manera de lograr otro acuerdo.

Figura 2.

Discusión entre vecinos por la elaboración de pacas



Los demás vecinos, en silencio, sin saber qué decir después de la discusión, se quedaron observando cómo Guillermo terminaba de realizar el molde. Diez minutos más tarde la lluvia fue suficiente motivo para disculparse por volver a sus casas y no apoyar la realización de la paca. Solo un vecino que había sido imparcial durante todo el encuentro, el trabajador del aseo de la unidad, Guillermo, Paula y yo terminamos de elaborar el cubo únicamente con residuos vegetales prensados. No podíamos creer toda la discordia que se había ocasionado por querer iniciar un proceso comunitario de gestión de desechos.

Un par de veces más Paula intentó activar las pacas en Cerros del Escorial pero le fue imposible. A pesar de que la administradora obtuvo un permiso para intervenir una zona verde alejada de todas las casas y apartamentos residenciales —a mucho más de 40 metros de distancia— en los siguientes encuentros solo se acercaron dos vecinos. En estas ocasiones los encuentros no fueron más afortunados. Los interesados no pudieron conocer el método debido a las restricciones que los vigilantes llegaron a imponer. El desconocimiento acerca de la técnica y los prejuicios relacionados con la gestión de materia orgánica fueron dos barreras que impidieron la activación en el lugar. Ni siquiera la necesidad legal, debido a la exigencia del mentado decreto, fue suficiente motivo para garantizar la implementación del método.

Entonces, fue claro para mí, como investigadora, que la motivación y gestión de una única persona, en ese caso de Paula, no bastaba para iniciar el proceso en Cerros del Escorial. Un único taller sobre gestión de residuos orgánicos no es suficiente para romper con las prácticas urbanas modernas de producción y retiro, acopio y traslado de los desechos. En otras palabras, me hice consciente de la dificultad social para acabar con la costumbre urbana, aprendida y naturalizada, de enviar los desechos fuera de las viviendas, de las comunas y de la urbe, transportarlos de contenedor en contenedor y externalizarlos como una mercancía por la que se paga para ocultarla de la vista.

La experiencia en Cerros del Escorial me permitió notar que las personas estamos tan habituadas al proceso de realidad virtual, en el que de alguna manera los desechos desaparecen, que no indagamos los motivos por los cuáles dentro de las ciudades no hay espacio físico, ni tiempo, destinado para la gestión de los desechos. Los centros urbanos pensados y diseñados, principalmente a partir de la revolución industrial para el funcionamiento de la economía capitalista, están dispuestos de manera fragmentada en centros de comercio, industrias, residencias y servicios separados pero interconectados, donde las basuras no tienen cabida, es necesario

desaparecerla. De ahí la preocupación por que los vertederos y basureros se ubiquen alejados de la urbe.

Ahora bien, además de esta desconexión con la gestión de los residuos, llamó mucho mi atención, durante mi trabajo de campo, la concepción negativa que tienen las personas de la ciudad acerca de la materia orgánica. Es decir, cómo los residuos de cocina, los restos cárnicos, las cáscaras, los excedentes de la poda, los chamizos, la hojarasca y las excretas, han dejado de ser concebidos como oro fértil –tal como lo nombra Gualdim Pais en un manuscrito templario fechado en 1182– para ser entendidos como basura responsable del principal problema sanitario de la humanidad.

Opuestos a las ideas de pensadores como Aristóteles en la antigüedad y luego en los siglos XVII y XVIII como Descartes y Newton, los cuales consideraban que “todo ser viene de la vida, no solo a partir del emparejamiento de animales, sino también de la descomposición de la tierra y del estiércol” (s.f.), los ciudadanos, acostumbrados a pisar el asfalto e ignorar que hay tierra debajo de nuestros pies, pasan por alto el ciclo cerrado de nutrientes de la naturaleza. Esto es, el movimiento e intercambio de materia orgánica e inorgánica que se da en la tierra para regresar a la producción de materia viva. En otras palabras, cómo las partículas de materia que hay en los residuos orgánicos son recicladas por la biodiversidad que habita en los suelos, propiciando la vida.

Para ejemplificar esto, recuerdo que un día, mientras los Paqueros de la Hueso rastrillábamos y recolectábamos hojarasca cerca de una canalización de la ciudad (Figura 3), una señora, agradecida por lo que ella consideraba una labor de limpieza del lugar, se nos acercó y nos dijo: “Tan lindos los árboles, pero que lástima todo el daño que producen con la basura que botan”. La mujer refiriéndose a la cobertura de hojarasca que reposaba en la tierra y que nosotros estábamos recogiendo, demostraba su desconocimiento sobre la materia orgánica como generadora de alimento, de suelo y de vida. Su comentario ejemplificaba además la pérdida de un saber ancestral. Esto es, por un lado, la capacidad de las hojas de convertirse en abono y por el otro, la importancia de la gestión de residuos orgánicos, el compostaje, como práctica milenaria que se empezó a utilizar desde los primeros asentamientos humanos.

Figura 3.

Recolección de hojas para la elaboración de pacas



Sobre este último punto, me parece importante resaltar que, esta desconexión con el suelo, y por lo tanto el inconveniente de la gestión de los desechos, es principalmente un problema urbano moderno. Pues si bien es posible rastrear en la literatura dificultades con los detritus desde la Edad Media, donde se empezaron a disponer los residuos por fuera de las ciudades, es con la Revolución Industrial, que aumentan de manera desproporcionada la población en las ciudades y la cantidad de residuos; se transforman los modos de producción y de consumo; y se empiezan a mezclar los residuos orgánicos con los desechos inorgánicos no biodegradables y desechos químicos en grandes vertederos sin control sanitario. Esto sin contar la aparición de nuevos conocimientos sobre las bases de la producción y el uso de los fertilizantes químicos –potenciados durante la Revolución Verde– los cuales relegaron las potencialidades agrícolas de la materia orgánica a un segundo plano.

No es de extrañar entonces que los residentes de Cerros del Escorial, al igual que la mayoría de los habitantes de las ciudades, vean la materia orgánica que generan en sus casas como basura maloliente que debe gestionarse a kilómetros de distancia. Pues a diferencia de Aristóteles, como consecuencia de la modernidad, la mayoría de los ciudadanos, no consideran que las excretas, las cáscaras de los alimentos y las hojas de los árboles, sean la génesis de su propia vida.

Convencida de que son estas motivaciones, reflexiones y formas creativas y comunicativas las que permiten el surgimiento y mantenimiento de los procesos paqueros, en este capítulo pretendo desarrollar estos asuntos. Aprovecho además la situación vivida en Cerros del Escorial

para visibilizar las dificultades, los posibles conflictos, peleas y adversidades que implica el proceso, el cual debe considerarse como una práctica de resistencia a las lógicas de las ciudades: consumistas, individualistas, egocéntricas y extractivistas.

Busco a continuación desglosar los aprendizajes, reflexiones y transformaciones que surgen cuando las personas están dispuestas a participar del proceso paquero. Esto es, cuando las personas desean, aprecian y participan de la gestión de residuos en este cubo digestor, cuando se transgreden las lógicas urbanas de consumo y desecho, y cuando se empieza a comprender que la materia orgánica es el principio de garantía de la supervivencia de la vida.

2.1 Motivaciones paqueras

Los Paqueros de la Hueso nunca habían tenido una dificultad tan grande con la realización del cubo digestor como la que tuvimos ese sábado. En cuatro años de experiencia gestionando los residuos –y en las decenas de encuentros en los que yo pude participar–, nunca había ocurrido que una paca digestora se desbaratara después de prensada. Al parecer la falta de lluvias durante las últimas semanas había entorpecido el proceso. Nuestro descuido y desconocimiento de la necesidad de mojar un poco las hojas dispuestas en la paca para favorecer su prensado, hizo que una semana después, cuando intentamos levantar el molde, toda la paca se desmoronara. Con los residuos orgánicos nuevamente expuestos, el mal olor que inundó el espacio fue abrumador. Ni los tapabocas que llevábamos puestos –como medida de cuidado por la COVID 19– fueron suficientes para evitar las arcadas y las náuseas ocasionadas por el hedor.

No podíamos dejar la paca ahí desbaratada. Los residuos descubiertos pronto atraerían roedores, carroñeros y moscas, y los vecinos empezarían a quejarse. No tuvimos otra opción que mover el molde y empezar a hacer nuevamente la paca. Disimular el asco, acostumbrarnos al olor y trabajar. Buscar y recolectar hojas como si fueran un tesoro, pues de ellas dependía la posibilidad de gestionar los aproximadamente 300 kilos de residuos que allí teníamos. Luego, empezar a palear. Pasar los desechos de un lado a otro. Esta vez cuidando que la paca quedara bien prensada.

Normalmente nuestros encuentros tardaban cuarenta minutos, pero ese día nos demoramos tres horas y media. Al terminar estábamos sudados y con la ropa sucia. El mal olor pegado a los cuerpos y los músculos temblorosos del cansancio. Entonces empezamos a hablar sobre lo fácil

que es mandar los residuos al relleno sanitario, depositarlos en una bolsa para que se los lleve el carro de la basura o tirarlos a la quebrada para que se alejen de la vista:

- Uno tiene que ser muy comprometido para ponerse a hacer esto ¿Por qué nos complicamos la vida haciendo pacas?
- Esto se siente como remar en contra de la corriente. Uno no sabe si tanto esfuerzo vale la pena, con lo fácil que sería no ponerse a pensar en qué pasa con lo que uno bota.
- ¿Usted se imagina hacer esto uno solo? Si hacemos esto es porque somos varios. Porque nos reímos, molestamos con esto, sino...

Entre chistes nos burlamos de la situación, aun sabiendo que estábamos enunciando algunas verdades. Lo cierto es que, a pesar de la dificultad, ocho días después, estábamos de nuevo a la hora en punto, listos para paquear. Por pocos que puedan ser los argumentos para seguir gestionando los residuos, había algo que nos motivaba a seguir realizando la práctica. Entonces pensé que era importante en mi proyecto de investigación ahondar en este asunto. Esto es profundizar en las motivaciones que tienen los grupos de paqueros para hacer parte de esta labor. Pues cómo lo había notado durante mi experiencia, ni los errores en la elaboración de la técnica, ni las medidas de aislamiento por la COVID 19, ni las condiciones climáticas del día o las cientos de posibilidades adversas que se pudieran presentar, habían perturbado la ejecución de la práctica (Figura 4).

Figura 4.

Paqueando a pesar de la lluvia



La mayoría de las personas que participan o promueven las pacas digestoras no obtienen ningún beneficio económico, legal o material. No es común que quienes hacen parte ganen dinero ni reconocimiento individual por esta acción. Como el principal objetivo es sanear los desechos orgánicos, por lo general, el abono o tierra fértil cultivada, pocas veces es utilizado como un producto para comercializar o aprovechar, más allá de su reincorporación natural al suelo. Si bien es cierto que, sobre todo en las huertas urbanas se emplean las pacas digestoras con la intención de mejorar o beneficiar la tierra de cultivo, por lo general, las pacas son principalmente una solución a la problemática de contaminación de la mala gestión de los residuos. Esto significa que la tierra resultante, es considerada en las ciudades como un beneficio secundario. De ahí que, pocas veces se utilice el método como generador de abono y que en cambio se busque con este aportar a la descomposición correcta de los residuos.

Al trascender las posibles motivaciones económicas o de reconocimiento, se observa que la mayoría de los paqueros deciden de manera libre asumir cierta responsabilidad personal y social en la gestión de sus desechos orgánicos para la mejora y el avance comunitario y ambiental. Para esto ofrecen sus capacidades, su tiempo, su dedicación y sus recursos, desde una postura altruista, con la intención de beneficiar a otros –en este caso el medio ambiente– sin la intención de obtener recompensas materiales o sociales para sí mismos (Staub, 1979).

Esta condición altruista es parcial porque se entiende que el beneficio ambiental es además un beneficio personal y comunitario. Los paqueros suelen tener una perspectiva ecológica sobre la vida, ya que comprenden que ésta depende de las relaciones recíprocas entre los organismos y su entorno. Así, el conocimiento y la sensibilidad respecto al tema son primordiales para motivar la acción. Las personas, conscientes de la problemática de las basuras, al encontrar que en las ciudades, las administraciones, los gobiernos, el mercado y la población general, no tienen intenciones de corregir las acciones y los impactos negativos de las prácticas de consumo y de desecho, se movilizan para generar alternativas más sostenibles, que posteriormente logren la extensión de la conciencia y la sensibilización ambiental en la sociedad. Así, el individuo desarrolla una conducta proambiental, es decir, se hace consciente de las consecuencias nocivas que tienen para las otras personas, el entorno o él mismo ciertas condiciones ambientales y se atribuye cierta responsabilidad de modificar tales condiciones (Suárez, 1998). Esto porque entiende que sus prácticas influyen en una situación específica, y porque considera que su acción no solo puede

mejorar la calidad física del entorno, sino además ser una profunda estrategia de cambio personal y social hacia una sociedad más ambiental, justa y responsable (Castro, 1998).

De este modo, en los paqueros urbanos, la principal motivación para gestionar los residuos orgánicos en pacas digestoras está relacionada con la identificación de una problemática ambiental que no está siendo solventada por ninguna entidad, la intención de aportar como deber moral y la comprensión de los beneficios que su acción acarreará. Esto se evidencia, por ejemplo, en el testimonio de Angelica Rubio, integrante del grupo Paqueros de la Hueso:

A mí me hace sentir bien gestionar mis residuos porque sé que no están llegando al relleno sanitario. Yo llevaba varios años pensando en qué pasaba con los residuos de cocina cuando uno los botaba a la basura. Solo si hago pacas puedo estar segura de que mis residuos no están contaminando. Como cuando sientes que estás haciendo algo bien, como cuando ayudas a alguien, te das el espaldarazo y piensas: ¡esto es lo correcto! Hace mucho tiempo no boto residuos orgánicos. Desde que conocí la paca yo ya me quedé paqueando, para mí los residuos orgánicos deben estar ahí (A. Rubio, comunicación personal, 26 de noviembre, 2020).

Es importante señalar que tanto la motivación como la formación son dos elementos determinantes en la participación. Como indica Sánchez Alonso (1991) para participar hay que saber y hay que querer. En el caso de Angélica, por ejemplo, sería interesante profundizar en su historia como paquera. Ella llevaba pocos meses viviendo en la ciudad de Medellín cuando notó que en la canalización cercana a su casa estaba dispuesto un molde en el que ella intuyó se utilizaban los residuos orgánicos para realizar abono. Con la intención de lo que ella creía debía hacer para aportar, empezó a dejar sus residuos orgánicos en la parte superior de la paca digestora sin el debido procedimiento de tapado y prensado. Repitió esta acción varios días hasta que Rubén, uno de los paqueros responsables, la descubrió in fraganti y empezó a regañarla por su acción. Angélica desconocía que al dejar los residuos orgánicos en el molde sin el debido procedimiento estaba entorpeciendo la práctica de los involucrados. Entendió además, tras los regaños de Rubén, que dejar sus residuos orgánicos en el molde no era un favor que le estaba haciendo a la comunidad y que por el contrario, para hacerse responsable de sus desechos debía participar en la reunión cada ocho días en el horario indicado. Así lo hizo. Fue en los encuentros paqueros que aprendió luego

sobre la técnica y el método de la paca digestora. Querer y saber fueron fundamentales para implementar esta práctica proambiental.

Ahora bien, además de la identificación de la necesidad ambiental y el posible aporte personal al transformar un hábito, la paca digestora genera desde sus características técnicas otros beneficios que la motivan. Este método de gestión de residuos se adapta a las necesidades de la ciudad y responde a las realidades pragmáticas que esta exige: la posibilidad de gestionar 500 kg en un solo metro cúbico; el poco cuidado o supervisión que se le debe hacer, pues después de elaborada la paca no es necesario hacer ningún otro procedimiento; los pocos recursos que se necesitan, casi todos pueden reciclarse o reemplazarse por objetos que se tengan a la mano; y la posibilidad de gestionar con un solo método diversos tipos de residuos: cárnicos, huesos, materias fecales incluida la humana, todo tipo de cítricos sin importar su cantidad, papel, entre otros. Hasta animales muertos han sido digeridos por la paca. Además, si el método se realiza de la manera correcta, la gestión de los residuos es más salubre que con otras técnicas y no se deberían generar malos olores.

Debido a las necesidades de las personas en el entorno urbano, la técnica brinda ciertos servicios prácticos que otros métodos como lombricultivos y composteras no ofrecen. Sobre estos, Paula Restrepo, comentó:

La paca no es mimada, la paca come lo que sea, tiene estómago de gamín. Nada de sólo lechuguita y cascarita de mango. No, le echas huevos podridos, carne pasada, huesos, caparazones de langostino. Eso le permite a uno gestionar todas las cosas que uno tiene en la cocina. Prácticamente todo. Uno eventualmente podría utilizar otras técnicas, pero ninguna otra te va a permitir hacer lo que te permite hacer la paca. La paca le permite a uno tranquilizarse con sus culpas, porque se puede echar todo lo que uno tiene para echar (P. Restrepo, comunicación personal, 15 de junio, 2020).

Además de estas facilidades, el método se valora en el entorno urbano sobre otras formas de gestión de residuos debido a sus posibilidades colectivas. La elaboración de pacas digestoras urbanas invita al trabajo conjunto, pues a pesar de la aparente simpleza del método, el trabajo en equipo agiliza el desarrollo, al tiempo que favorece la construcción de vínculos, relaciones y amistades, que dotan de otros significados la práctica. De ahí que, durante los días de aislamiento

físico debido a la pandemia por la COVID 19 –tiempo en el que se desarrolló parte del trabajo de campo de esta investigación– los paqueros extrañaran principalmente de los procesos de pacas, la posibilidad de encontrarse con el otro para contar algún chisme, reírse por un chiste, compartir algún alimento o dialogar sobre algún tema. Esto significa que los paqueros privilegian la elaboración de pacas sobre otros métodos debido, además, a las posibilidades de relacionamiento que estas les brindan. Sobre esto, Mónica Machado, del grupo Paquerxs Bogotá, en un conversatorio, señaló:

Hacer una paca es un acto sencillo, de un par de horas, con un aprovechamiento de residuos exiguo, frente a los miles de toneladas que llegan a Doña Juana. Sin embargo, cada paca se goza y se celebra como si Rigoberto Urán o Miguel López ya hubieran ganado el Tour de Francia. Es porque la paca nos da la oportunidad de incidir en cambios sociales y ambientales, desde acciones personales y colectivas. Porque terminar la paca es la certeza de que cientos de paqueros, en diferentes partes del país, están haciendo lo mismo, y todos sumamos, para disminuir la afectación de las comunidades cercanas a los rellenos. Porque nos permite una conexión profunda con la naturaleza y con nuestros territorios barriales. Porque nos permite el encuentro con vecinos, el reencuentro con amigos; y en comunidad, renovamos la esperanza que se extingue frente al escenario de violencia, inequidad e ignominia al que estamos condenados. Una alternativa frente a los problemas ambientales globales. Nada nos enamora tanto como el olor del chipeado, la danza del pisado y la belleza de la paca final. Es un momento de felicidad, simple, pero inmenso para el corazón. Hoy más que nunca es necesario sumar todas las formas de resistencia (M. Machado, comunicación personal, 17 de junio, 2020).

De esta manera, las motivaciones personales para participar en la gestión de residuos en pacas digestoras varían desde perspectivas más o menos ambientales, hacia necesidades colectivas, sociales y de relacionamiento. Cada paquero posee sus propias razones para ser parte: deseo de transformar el entorno, salir de casa, conocer gente de la comunidad, adquirir nuevas capacidades, hacer nuevos amigos, obtener un mayor conocimiento de los problemas locales, huir del aburrimiento, sentirse parte de un grupo, expresar una creencia filosófica, o ejercer sus capacidades en un contexto diferente.

En los encuentros paqueros las motivaciones trascienden la temática ambiental y se abarcan las necesidades sociales. En el encuentro con los otros, los discursos y significados compartidos que se van construyendo fortalecen la acción. En el hacer las personas van reconociendo la relación que hay entre los conflictos sociales y ambientales y entonces empiezan a notar el impacto de sus decisiones en el mundo. Se empieza a apreciar cómo las dificultades no pueden ser resueltas únicamente por científicos naturales o ingenieros, por entidades o instituciones privadas o públicas, o por desarrollos tecnológicos o técnicos, sin que prime el compromiso personal y colectivo de la humanidad hacia una sociedad más solidaria y sostenible.

De esta manera, es en la colectividad donde la práctica deja de ser únicamente una decisión con motivaciones individuales, para ser un proceso de puesta en común con el otro y de construcción de significados compartidos. De ahí que sea necesario superar la enunciación de las motivaciones personales y profundizar en los sentidos colectivos que surgen gracias a la comunicación, la creatividad y la reflexividad que en la práctica se despliegan.

2.2 Prácticas comunicativas en los procesos de pacas digestoras

Los procesos de pacas digestoras deben entenderse como práctica comunicativa ya que se constituyen como espacios de producción de sentidos y de resemantización de lo social, al tiempo que se crean lazos que apuntan al cambio social. Esto es, según Valencia & Magallanes una práctica en la que se reafirma y construye comunidad; se generan nuevos saberes; se posibilita la permanencia de la memoria y la transmisión de legados; y se expresan y facilitan nuevas formas de vivir en comunidad y relacionarse con la naturaleza (2015).

Las motivaciones que propician los encuentros paqueros transitan desde la experiencia personal al marco de lo social. Las personas internalizan las problemáticas culturales, tales como la mala gestión de residuos orgánicos, para luego generar, mediante la interacción social, otras prácticas más equitativas y ambientales. Esto quiere decir que los cambios en un comportamiento ambiental individual específico pueden generalizarse a otras acciones, contribuyendo a la formación de nuevos modos comunes de vida (de Castro, 1998). Así, por ejemplo, es recurrente que las personas que empiezan a gestionar sus residuos transformen también otras prácticas relacionadas: cuestionen de dónde provienen los alimentos que consumen, valoren más el

contenido sobre el empaque de los productos, critiquen las lógicas de producción masiva, aprecien la diversidad de vida que habita en el suelo, etc (Figura 5).

Figura 5.

Meme prácticas relacionadas con la gestión de residuos



Nota: Fuente: Javier Burgos. (19 de septiembre del 2020). [Publicación Red de Huerteros Medellín]. Facebook. <https://www.facebook.com/groups/reddehuerterosmedellin/permalink/1866210613518296>

En los grupos de paqueros se va construyendo un sistema de actitudes, creencias y valores compartidos, los cuales van transformando los comportamientos y hábitos de las personas de manera individual. Este proceso, conocido por los psicólogos como internalización, se basa en la asunción como algo propio de una creencia o unos valores que se desarrollan en un grupo y en el deseo de actuar en consonancia con esa creencia o valor. Los encuentros constantes entre paqueros y con ellos la socialización de los intereses, preocupaciones, conocimientos, ideas y/o sueños individuales, se van concretando en sentidos y discursos compartidos, que van construyendo al movimiento paquero, entendido éste como el activismo cotidiano, sin organización estructurada, de personas que promueven la gestión de los residuos orgánicos en pacas digestoras. Sobre esto, Clara Pérez, promotora del método en Medellín, comentó:

Es muy importante la comunicación entre quienes están participando en los procesos comunitarios, colectivos, para desarrollar capacidad de organización, de toma de decisiones, de cómo avanzar en el proyecto, de cómo vincular a nuevas personas, de cómo definir cuál es la visión compartida del qué es lo que se busca con él, hasta dónde llega, cuáles son los límites. Me parece que es muy importante la comunicación y poder también compartir las experiencias, lo que se está desarrollando, cuáles han sido los aprendizajes, los ritos, las buenas prácticas, poderlas compartir con la comunidad en general y también con redes de comunicación de proyectos similares que puedan también nutrirse mutuamente (C. Pérez, comunicación personal, 27 de abril, 2020).

En este punto, es necesario enfatizar en la importancia que ha tenido la virtualidad para la construcción del movimiento. Durante las restricciones de movilidad por la pandemia, si bien la práctica paquera se vio afectada por las dificultades de encuentro presencial, la virtualidad permitió reforzar la construcción de discursos a través de decenas de eventos online. Así, por ejemplo, el 8 de junio del 2020 se iniciaron las actividades de la Universidad Popular Ambiental, gracias a la articulación de diferentes iniciativas comunitarias, y al recurso gestionado con la Red CATUL (Red de casas de cultura, teatros, unidades de vida articuladas, y laboratorios de producción sonora y audiovisual) de Medellín, para promover diferentes saberes y prácticas, entre ellas las pacas digestoras, relacionadas con temas como la siembra, el consumo, las pedagogías y la movilidad sostenible en la ciudad. De igual manera, desde el grupo de Facebook Paquerxs Bogotá, junto con el Carnaval del Maíz Colombia, durante los meses de julio y agosto del 2020, se realizaron diversos encuentros para compartir experiencias. En ellos, las exposiciones giraban en torno a las potencialidades políticas, pedagógicas y territoriales de la movilización paquera.

La virtualidad como herramienta comunicativa y pedagógica durante la pandemia permitió reforzar la capacidad del movimiento de comentar lo que hace, explicitar las razones de sus acciones y visibilizar la práctica. La realización de estos eventos y productos comunicativos son la materialización y puesta en escena de la competencia reflexiva de las personas mediadas por el lenguaje en la producción de sentido, es decir, la posibilidad de las personas de poner en palabras su conciencia al ser interrogados sobre algo. Lo interesante es que, estas preguntas surgen desde el propio movimiento paquero, el cual es autorreflexivo y genera constantemente conocimiento que le permite crecer en su activismo. De ahí también la constante generación de contenidos

comunicativos: fanzines, videos, piezas gráficas, carteles, etc., son algunas de las estrategias empleadas.

Ya sea desde la virtualidad o en la presencialidad, en los encuentros se generan procesos de socialización, que dotan la práctica de sentidos compartidos que pueden llegar a tener un impacto mayor y más rápido, en un nivel estructural. En el encuentro se generan redes, vínculos y articulaciones que van permitiendo pasar de la práctica privada a la movilización social. Así, de la imposibilidad de tirar los residuos al relleno sanitario, como conciencia práctica de cada uno de los individuos, se va generando, además, poco a poco, una conciencia colectiva, que va constituyendo al movimiento paquero. De esta manera, la práctica se materializa en la praxis así como en los discursos que enuncian una propuesta de futuro y que tienen la posibilidad de incorporar nuevos conjuntos de prácticas.

Ahora bien, los procesos comunicativos que se dan alrededor del movimiento paquero, no se dan únicamente entre quienes participan activamente de la gestión de residuos en pacas digestoras, sino también con la comunidad en general, las personas del barrio, los transeúntes, los vecinos, las entidades ambientales, las instituciones públicas o privadas, entre otros agentes. En cada uno de los grupos paqueros se dan constantemente relaciones de intercambio y negociación, donde cada una de las personas participa e interactúa desde una dimensión política y una perspectiva cultural, de acuerdo con las exigencias de las circunstancias, de ahí que se dé un proceso de mediación. Según Martín Barbero, la mediación es un espacio de interacciones donde surgen múltiples interpretaciones, se crean y recrean diversos sentidos y se establecen consensos sobre la base de la negociación en estrecha relación con lo cotidiano (1987). Sobre esto, el testimonio de Nathaly Jiménez, promotora del movimiento Paquerxs Bogotá, puede ser ilustrador:

Los procesos paqueros nos han exigido generar un ejercicio de socialización que ha sido bien importante para que el proceso se amplíe, para que las tensiones se alivien, para que se armonice todo el territorio y las relaciones en él. La socialización ha sido importante en estos lugares donde han existido tensiones sociales. Pero mientras se socializa, se generan las alianzas y se convoca y se enamora desde la experiencia, todos vamos cediendo de una manera super fluida. Porque ese es otro poder que tiene la paca en sí misma, en su propia esencia. Nos hemos tomado, pero también nos ha tocado dar un paso atrás, socializar

primero y ser pacientes con algunos vecinos (N. Jiménez, comunicación personal, 15 de junio, 2020).

No es de extrañar entonces que en los procesos paqueros se presenten constantemente conflictos y adversidades que dan cuenta de la dificultad de los procesos comunitarios y la necesidad de dejar de idealizar estos espacios como lugares de acuerdos y armonía, pues en los encuentros se ponen en juego las matrices culturales, los prejuicios acerca de la materia orgánica, los intereses individuales de los participantes e incluso las condiciones legales. Ahora bien, en estos procesos de mediación, la relación del movimiento paquero con la institucionalidad ha sido de gran importancia para la visibilización y crecimiento de la práctica. Si bien es cierto que estos procesos institucionales se rigen por ciertas lógicas jerárquicas, burocráticas y de poder, opuestas a las formas desestructuradas del activismo paquero, la relación del movimiento con las instituciones no ha sido totalmente opuesta. De hecho, muchas experiencias paqueras han sido activadas junto con instituciones públicas o privadas, las cuales ofrecen sus espacios o recursos para el trabajo colectivo y/o comunitario en torno a la gestión de residuos. Dentro de las instituciones en las que se han promovido las pacas digestoras se han generado importantes aprendizajes y reflexiones que le permiten al movimiento paquero ganar legitimidad, al tiempo que se impulsa la replicabilidad entre las personas que participan.

Tal es el caso, por ejemplo, del proyecto GIRO de la Universidad de Antioquia, liderado por Catalina Ossa, el cual, gracias a diversas investigaciones académicas, ha ayudado a generar y profundizar en conocimientos científicos que le permiten a la paca digestora obtener cierta viabilidad técnica y, por lo tanto, mayor legitimidad. Así como los proyectos investigativos desde la Facultad de Comunicaciones, impulsados por Paula Restrepo, en los que se ha hecho una apuesta por la investigación desde los movimientos sociales y una articulación entre la Universidad de Antioquia y la Red de Huerteros de Medellín, para indagar acerca de la agricultura urbana en la ciudad y producir y divulgar diferentes piezas comunicativas que acerquen los resultados a la comunidad en general. De igual manera, los proyectos de la Universidad del Rosario, en un inicio promovidos por Nathaly Jiménez, los cuales se han vinculado a los procesos comunitarios y han apostado por la generación de una red de paqueros en esta ciudad. O bien, la articulación existente entre comunidades e instituciones lograda en Villavicencio, en las que participan la Secretaría de

Medio Ambiente, la Policía Ambiental, la Escuela de Carabineros Eduardo Cueva García, la Gobernación del Meta y empresas como Orgánicos de Oriente y Cormacarena.

Del mismo modo, las bibliotecas públicas, las casas de cultura y las instituciones educativas han sido grandes aliadas. Las pacas digestoras han logrado hacer parte de procesos institucionales gracias al liderazgo y gestión de promotores paqueros que se han encargado de que la institución genere espacios para la elaboración de la práctica, manteniendo relaciones de horizontalidad. Las diferentes alianzas que se han dado son decisiones estratégicas por parte de los paqueros para visibilizar y obtener recursos que les permitan promover la práctica y lograr un mayor despliegue del movimiento. Esto significa que se han buscado alianzas con organizaciones que, aunque establecen ciertos lineamientos, permiten que se desarrollen procesos desde principios comunitarios y colaborativos. Esto se ha logrado gracias a la gestión de personas que han garantizado que se tejan vínculos con la institución sin que el movimiento paquero sea cooptado por las lógicas jerárquicas propias de la misma. Así, la relación entre lo institucional y lo comunitario en la movilización en torno a las pacas digestoras ha sido estratégica. En ella la comunicación ha sido primordial para visibilizar y legitimar la práctica, de forma tal que se logre que la gestión de residuos pase de la esfera privada a la esfera pública.

Es común que los procesos paqueros institucionales tiendan a desaparecer cuando se acaban los recursos que los promocionan. Esto no es considerado como un fracaso, ya que se valoran principalmente los aprendizajes generados, la apropiación comunitaria, el intercambio de saberes, las articulaciones logradas y las reflexividades suscitadas. De ahí que la posible replicabilidad sea uno de los principales factores comunicativos a buscar en las experiencias institucionales. Pues, a pesar de que se acabe un grupo paquero, es probable que quienes participaron se conviertan en promotores del movimiento e inicien en otros espacios nuevos grupos de gestión de residuos con pacas digestoras.

La experiencia como paquera de Manuela Espinal, es un ejemplo de esto. Ella participaba del grupo paquero que lideraba Cristina Sandoval en la Casa de la Cultura Los Colores. Tras el cierre de la institución, debido a las medidas de aislamiento del COVID 19 y con sus residuos orgánicos acumulados en casa, decidió buscar algún grupo paquero comunitario para unirse. Pasaron algunos días antes de que pudiera participar en el encuentro de los paqueros del barrio Belén Rosales. Luego asistió a un taller de Comfama que dictó Guillermo Silva en la plazoleta de San Ignacio. Después, debido a la lejanía consiguió el contacto de Clara Pérez y logró gestionar

sus residuos en el Parque del Orégano en Belén. Finalmente, decidida a iniciar su propio proceso de pacas, convocó en un parque público cerca de su casa a los vecinos, y les explicó ella misma a los asistentes el método, convirtiéndose en promotora de la técnica en este nuevo espacio. Esto implicó además empezar a lidiar con las valoraciones positivas y negativas de los vecinos. Las múltiples relaciones que se dieron en el grupo liderado por Manuela Espinal evidencian la importancia que tiene la comunicación, entendida principalmente desde la interacción, la construcción de sentidos y, sobre todo, las articulaciones complejas entre estructuras y agentes sociales. Así lo explicó ella:

Usted todo lo tiene que comunicar. La comunicación es lo más importante en un proceso de pacas. Cuando usted habla de una paca y habla de la basura la gente es como: ¡pues, bueno, la basura se la lleva el carro, no me importa, si yo no la veo, está todo bien! Es con la comunicación con lo que nosotros logramos advertir estas necesidades, logramos demostrar la eficiencia y la importancia de la paca, los beneficios que tiene. Al fin de cuentas la comunicación es lo que crea ese tejido social. Además de eso, si usted quiere mantener ese proceso vivo usted tiene que seguir comunicando, tiene que inculcar un cambio de hábitos, también de pensamiento y eso solo se logra con la comunicación. Entonces usted está constantemente buscando la forma de entregar información y de generar interés y dinámicas que atraigan a la gente. Una paca no está hecha, sino que usted la tiene que crear, la tiene que construir, tiene que saber cómo hacerla, tiene que invertirle su tiempo, su intención, tiene que cambiar hábitos y todo eso es transformador (M. Espinal, comunicación personal, 11 de enero, 2022).

Un meme compartido en el grupo Paquerxs Bogotá puede ser también muy ilustrador al respecto (Figura 6). Esto para enfatizar además la necesidad constante de los integrantes paqueros por visibilizar la práctica, explicar el funcionamiento del método y lograr el involucramiento de más personas.

Figura 6.

Meme sobre la socialización de las pacas digestoras



Nota: Fuente: Marce Morantes (21 de enero del 2022). [Publicación del grupo Paquerxs Bogotá]. Facebook.

<https://www.facebook.com/marcela.morantes/posts/10160231074441617>

Ahora bien, además del proceso de construir significado y dar sentido a la acción social, los procesos de pacas digestoras deben ser considerados como práctica comunicativa, al establecerse como praxis de resistencia y de cambio. Con ellos, a partir de las acciones colectivas y cotidianas, las personas pretenden transformar una porción de la realidad social: cuestionar las lógicas de desecho y de consumo, oponerse a la individualidad de las ciudades para propiciar la solidaridad y la cooperación, relacionarse de manera horizontal con el entorno y entenderse como parte de la naturaleza. El hecho de que la elaboración de pacas se realice de manera colectiva y/o comunitaria en los espacios públicos de la ciudad, y que además se valga de la virtualidad, hace que la práctica pase del entorno privado al espacio público. De esta manera, la elaboración de pacas transita desde los cambios domésticos discretos en el estilo de vida de las personas, hasta actuaciones públicas y promulgaciones de formas alternativas de vivir. De forma articulada se da la transformación de la vida diaria y la incorporación de nuevos conjuntos de prácticas compartidas dentro de los sistemas, normas y rutinas. De esta manera, para poder trascender la simple ejecución de una práctica ambiental y pasar a la movilización social, la comunicación se convierte en el eslabón fundamental. Así lo argumentó Cristina Sandoval:

El éxito de la paca es en buena parte comunicativo. Primero por lo bastante obvio de la necesidad de establecer una comunicación clara y directa entre los participantes para definir horarios, características, uso del espacio, etc. Pero sobre todo creo que hay también como un escalafón de más sobre la comunicación en ese tipo de procesos y que me parece que no siempre se da, y es pensar más allá de ese proceso específico de manejo de residuos, las implicaciones que tiene la paca y ese salto social, ecológico, político, que puede tener la paca. Esa es una conversación que no siempre se da en los procesos paqueros pero que es la que queremos impulsar como movimiento social. Damos por hecho que es algo positivo, que está muy bien hacerlo y entonces a veces como que no hay una conversación sobre lo que hay más allá, que si pensamos en la paca no es solo un proceso puntual de manejo de residuos sino con implicaciones más amplias. Justo ahí entra la importancia de la comunicación (C. Sandoval, comunicación personal, 22 de febrero, 2022).

En este sentido, los procesos comunitarios de pacas digestoras son prácticas comunicativas porque en ellos se evidencia cómo las personas utilizan su creatividad e imaginación con el objetivo de hallar posibles soluciones a las dificultades que se les presentan, pero sobre todo con el apoyo de otros que como ellos han identificado la necesidad de un cambio, y están convencidos de que la mejor manera, y quizá también la más fructífera de lograrlo es a través de la unión, la participación y la cooperación mutua. Son comunicativos, porque allí la comunidad, recurriendo a la organización y a la cooperación colectiva, haciendo uso de sus prácticas cotidianas, tejiendo articulaciones y construyendo significados compartidos, logra encontrar alternativas y generar, desde sus posibilidades, distintas formas de actuar colectivamente.

2.3 Prácticas creativas en los procesos de pacas digestoras

La sensibilidad ante los problemas, el reconocimiento de las carencias y la flexibilidad del pensamiento y la acción para responder de manera original y divergente ante las condiciones dadas (Lopez & Recio, 1994), son características que denotan que en la práctica paquera se da un gran nivel de creatividad. Ésta, lejos de ser considerada una habilidad divina es una facultad inherente a toda praxis, la cual tiene la capacidad de llegar a producir novedad social. Así, si seguimos la

teoría de las prácticas sociales, entendemos entonces que la creatividad es la capacidad de los agentes de producir cursos de acción inéditos, de inventar formas sociales de hacer y de ser, que se diferencian de las estructuras existentes (Bourdieu, 2007).

En los grupos de paqueros esta capacidad creativa es posible notarla, en las diversas formas de implementación y apropiación de la técnica de acuerdo con las necesidades particulares de cada grupo. En algunas experiencias de pacas digestoras se gestionan solo heces de mascota, en otras solo residuos verdes. Algunas pacas son de 50 cm y están dispuestas en el espacio de forma tal que se dibuje un mandala. Otras tantas no responden a ningún orden y alcanzan una mayor altura de la recomendada. Cada grupo de paqueros tiene además sus propias formas organizativas, más o menos desestructuradas, formales o informales. Los recursos y herramientas que se tienen a disposición y las maneras de aplicar el método dan cuenta de apropiaciones diferentes de la técnica y por lo tanto de diversos sentidos en torno al proceso. De esta manera, algunos consideran a la paca como el aula ambiental más pequeña del mundo; otros ritualizan el encuentro, hacen cánticos y hablan de la gestión de residuos como si se tratara de una ceremonia de pago a la tierra; y en otros espacios se articula la paca con la siembra y se piensa principalmente en asuntos de sostenibilidad. Sobre esto, Clara Pérez, comentó:

Como el mismo Guillermo Silva, desarrollador de la paca digestora lo ha mencionado muchas veces, la paca digestora no es un proceso terminado. Siempre está abierta la posibilidad a la experimentación, y a probar qué funciona y qué no. Entonces siento que los proyectos que implementan la paca digestora Silva son muy creativos porque además no se puede copiar y pegar simplemente, depende del contexto en el que uno esté desarrollando el proyecto, las personas, el lugar, el ambiente, los recursos que estén disponibles, también cómo la paca se va dirigiendo o va inspirando diferentes aproximaciones, algunos simplemente es para procesar los desechos, pero otros pueden decir: bueno, esto puede ser un aula ambiental, o esto puede ser una herramienta para conocer qué es lo que pasa en el proceso de descomposición de los residuos o esto puede ser también una posibilidad de encuentro entre vecinos, de darle vida al espacio público. Entonces las posibilidades son muchísimas de implementación, así como nuestra capacidad de crear y de encontrar aplicaciones con la paca digestora (C. Pérez, comunicación personal, 11 de enero, 2022).

Los principios del método de Guillermo Silva casi nunca son seguidos al pie de la letra como él sugiere y en cambio son transformados. Pocas veces las personas hacen pacas digestoras con la rigurosidad que exige el paso a paso que su creador promulga. De hecho, en los múltiples lugares donde acompañé a Guillermo a conocer o visitar experiencias de pacas digestoras, escuché recomendaciones del maestro quien les hacía notar lo que para él eran errores en la realización: no se echa la suficiente cantidad de material seco o verde; no se prensa lo suficiente los residuos orgánicos; no se quita el molde a tiempo; o se depositaban demasiados residuos de cocina. En algunos casos se mezclaban diferentes técnicas de gestión de residuos como poner un tubo plástico en la mitad para que no se calienten los desechos y se expulsen los supuestos gases que se generan; tapar con un plástico el cubo terminado; o hacer primero un apanado de los residuos para luego depositarlos en la paca.

Cada proceso paquero es un laboratorio de experimentación, con hallazgos diversos, que en ocasiones pueden llegar a contradecir los discursos más instaurados acerca del método. Así, por ejemplo, Guillermo suele narrar en sus talleres su experiencia al elaborar una paca digestora con 250 kilogramos de peces muertos, identificados por el olfato de un gallinazo, el cual, aunque voló alrededor de la paca por varios días, nunca intentó desarmar el cubo prensado. Opuesta a esta experiencia, los Paqueros de la Hueso, se vieron obligados a crear una tapa en forma de rejilla para sus pacas, después de encontrar en repetidas ocasiones que sus cubos habían sido desbaratados por estos buitres.

Así, la creatividad y la diversidad están estrechamente relacionadas con las necesidades que se van presentando, de forma tal que es incluso posible encontrar pacas que no parecen pacas: formas cilíndricas de residuos prensados, llantas de carros que no se utilizan como molde sino como recipiente de los residuos compactados, instalaciones de guadua divididas en compartimentos cúbicos, etc. No es de extrañar que durante los días de confinamiento por la pandemia de la COVID 19 surgieran entre los paqueros otras formas creativas para seguir con la práctica. El comentario de Felipe Valencia, ante mi pregunta en Facebook sobre las estrategias de gestión de residuos de los paqueros en pandemia, es una prueba de esto:

Tengo un pequeño patio en mi apartamento. Allí está mi paca digestora Silva. Está a la intemperie, la alimento con restos de cocina, cáscaras, papeles del baño. Me ha funcionado muy bien, nada de malos olores, ni insectos que invadan mi casa, ni otros vectores. No está

sobre piso de tierra, está sobre baldosas. Entonces puse como primera capa 20 cm de tierra apisonada y luego he ido alimentando la Paca de manera normal. Recojo material en una caneca con tapa, voy agregando tierra, y al mes la llevo a la Paca que tengo sobre la baldosa realizando los pasos básicos. Antes, cuando podía salir, recogía podas y desyerbas en mi barrio, Carlos E Restrepo. Ahora cubro con cascarilla de arroz y tierra, que logré conseguir en un vivero de la ciudad, que tiene servicio a domicilio. La cascarilla de arroz me ha funcionado muy bien (F. Valencia, comunicación personal, 16 de abril, 2020).

A este paquero se le ocurrió experimentar la elaboración de una paca digestora dentro de su apartamento, sobre baldosa. A falta de suelo fértil, en la base del molde, depositó tierra, para asegurarse de contar con suficientes micro y macroorganismos que procesaran sus desechos. Debido a la dificultad para conseguir hojas, reemplazó el material de poda por tierra y cascarilla de arroz. Además, antes de depositar los residuos orgánicos en el molde de la paca, dejó que los desechos se descompusieran en una caneca, durante un mes, mezclados con tierra. La innovación de Felipe, aunque mantiene los principios de pisado y prensado que promueve la paca digestora, transgrede el paso a paso del método. Esto es interesante porque permite notar que la práctica paquera trasciende la aplicación correcta o incorrecta de la técnica y da cuenta de transformaciones reflexivas y creativas que son más importantes que el método mismo.

Ahora bien, además de las diferencias en cada uno de los grupos—en sus formas materiales de elaborar el método y en sus formas organizativas de establecer la práctica— la creatividad se expresa también, en tanto demuestra la capacidad de innovar respecto a lo dado, no solo dentro de los grupos de paqueros, sino a un nivel macro, en relación con la sociedad en general. Es decir, en cuanto a su capacidad de transformar la estructura social. Si el sentido común dice que los residuos se deben depositar en bolsas plásticas que serán recogidas por el carro de la basura dos veces por semana, el movimiento paquero se opone y hace un ejercicio de responsabilidad para encargarse de sus propios desechos. Si la norma promulga que el gobierno tiene la responsabilidad ineludible acerca del saneamiento y tratamiento de las basuras, la comunidad cuestiona las prácticas institucionales de gestión de residuos y se apropia de otros métodos. Si la cultura impone unos modos de consumo y desecho, las personas se conectan y crean una conciencia práctica y discursiva alterna a lo establecido. Si las formas de activismo tradicional manejan formas organizativas jerárquicas y verticales, las apuestas barriales rompen con este tipo de relacionamiento y se

establecen desde la amistad y la vecindad. Si el gobierno dictamina que durante la pandemia se debe mantener una cuarentena estricta de aislamiento físico, los paqueros se ingenian maneras de continuar con la práctica, así como lo contó Paola Puerto del grupo Paquerx Bogotá:

¿Qué hago con mis desechos? No soy capaz de mandarlos al relleno de Doña Juana. Teníamos que inventarnos algo. Entonces creamos las mini pacas. Hagámoslo responsablemente. Encontrémonos por turnos y generemos un protocolo para poderlo hacer. Porque ya la gente no es capaz de botar sus residuos al relleno. La sensibilidad es tan potente y poderosa que empiezan a generarse las acciones por sí mismas para poder seguir siendo responsables (P. Puerto, comunicación personal, 11 de enero, 2022).

La sensibilidad de la que habla Paola Puerto da cuenta además de un proceso reflexivo dentro de la práctica paquera. Si seguimos las teorías de las prácticas sociales notaremos que la capacidad creativa de todo agente de producir novedad social está acompañada de un proceso de reflexividad, el cual constituye el eslabón fundamental entre las estructuras sociales y las agencias individuales. Esta reflexividad, dota de carácter dinámico al mundo social y da la capacidad práctica a los actores para modificar sus interacciones (Giddens, 2006). Con esto quiero decir que, la resistencia y/o deseo de transformación o cambio que se evidencia en los procesos de pacas digestoras es tanto creativo como reflexivo.

2.4 Prácticas reflexivas en los procesos de pacas digestoras

La mayoría de los paqueros urbanos de Medellín y Bogotá, durante la cuarentena por la COVID 19, manifestaron que se sentían incapaces de dejar de separar y gestionar sus residuos orgánicos, a pesar de las restricciones de movilidad y las posibles sanciones por violar el aislamiento físico al hacer uso del espacio público. De ahí que los paqueros tuvieran que inventarse estrategias creativas para no abandonar la práctica. Algunos pusieron a congelar los residuos orgánicos en sus neveras, otros los dispusieron en recipientes ubicados en el espacio más recóndito del patio o en un rincón de la cocina. Paula Restrepo, una de las integrantes del grupo Paqueros de la Hueso, contó su experiencia:

Con la primera tanda de residuos que recogí en la cuarentena, yo no sabía qué hacer. Estaba medio decidida a tirarlos a la basura, pero me sentía incapaz. Seguía separando los residuos y guardándolos. Yo esperaba el momento en que pudiera ir a gestionarlo todo. No sabía con qué compararlo, pero esto se vuelve para uno un asunto ético. Una vez uno se ha metido en la dinámica de gestión de residuos, con la técnica que sea, esto se vuelve un imperativo, es tan difícil dejar de hacerlo, da una culpa, una angustia, tener que botar eso (P. Restrepo, comunicación personal, 15 de junio, 2020).

La dificultad para abandonar la práctica de separación de residuos, el asunto ético y el imperativo que menciona Paula Restrepo, permite entender la gestión de residuos en pacas digestoras como una práctica cultivada (Wilk, 2009). Es decir, una práctica que denota cierta reflexividad que confronta y modifica el sentido común respecto a los residuos orgánicos, hasta el punto de cambiar la forma de valorarlos y establecer nuevas prácticas rutinizadas. Aunque antes de gestionar los residuos en pacas digestoras, la mayoría de los paqueros enviaba sus desechos al relleno sanitario, sin que esto les generara algún tipo de preocupación, la reflexividad construida en torno a los desechos orgánicos les impedía durante la cuarentena deshacerse de los desechos sin realizar su gestión. Esto debido a que la praxis, encarnada, rutinizada y reflexiva, había generado en ellos un nuevo estilo de vida, regular y ordinario, cada vez más cristalizado a manera de habitus. Es decir, a modo de disposición o esquema de obrar, pensar y sentir (Bourdieu, 2007). Esta reflexividad, tan importante en la teoría de las prácticas, no es una acción acabada, sino un proceso en el que cada persona pone constantemente en cuestionamiento su conocimiento del mundo social para que su acción sea efectiva (Giddens, 2006). Con esto quiero decir que, el habitus siempre puede ser transformado por las prácticas, gracias a la agencia y a la capacidad reflexiva y constante que las personas ponen en juego al ejecutar una práctica.

Al igual de Paula Restrepo, Angélica Rubio, también integrante del grupo Paqueros de la Hueso, al preguntarle por las reflexiones que le ha suscitado la participación en el proceso de pacas digestoras del barrio, comentó:

Las pacas me han hecho preocuparme por el consumo, por ejemplo. Qué tanto uno consume y desecha. En otros momentos he pensado en que me gustaría sembrar. Porque entre esas reflexiones está también el poder que tiene la tierra. Pienso en el valor de la tierra al darnos

el alimento. En el balcón ya sembré pimentón y tengo pensado hacer otras siembras porque he sentido el llamado a eso, a darle un valor a la tierra (A. Rubio, comunicación personal, 26 de noviembre, 2020).

Ambos testimonios dan cuenta de cómo la praxis genera una conciencia que puede llegar a transformar los modos establecidos del hacer. La reflexividad se convierte en el eslabón entre la agencia y la estructura, dotando de gran sentido transformador las acciones cotidianas (Giddens, 2006). De esta manera, la reflexividad de las prácticas, incluso las más privadas, las que ocurren en casa, como la separación de residuos orgánicos, introducen nuevos conocimientos en el entorno social y tienen la posibilidad de generar transformaciones en el obrar al cuestionar el sentido común, al desanclar rutinas y al establecer otras nuevas. Además, cuando la modificación en las rutinas es colectiva y constante, puede llegar a transformar las instituciones y dinamizar cambios sociales más estructurales. Sobre esto, las palabras de Manuela Espinal pueden ser ilustrativas:

La paca es como la materialización de esos procesos reflexivos y críticos. Cuando las personas se dan cuenta de que pueden hacerse cargo de una situación que siempre hemos visto como externa y que otros deben solucionar y nos damos cuenta que no, que es que esa situación es responsabilidad nuestra; entonces para llegar a eso tenemos que ser críticos con nosotros mismos. Es como coger la sartén por el mango. Es una comprensión personal: ¡ah juemadre, vea, esto sirve, esto ayuda, esto es necesario! Entonces sí, yo creo que para que alguien empiece a separar sus residuos orgánicos y guardarlos en un tarro o en un recipiente es porque ha sido crítico consigo mismo y ha dicho: sí, es que esto es responsabilidad mía, esto que está en este tarro es mi responsabilidad y yo la voy a asumir y yo voy a hacer que esto se transforme y vuelva a la tierra, porque es lo justo. Después de esto, quieres que la transformación sea colectiva. ¿Qué pasa si todos nos unimos? Y sientes que tienes una responsabilidad con los otros, un poder, una agencia (M. Espinal, comunicación personal, 11 de enero, 2022).

Darle relevancia a la reflexividad que se da en los procesos paqueros, significa afirmar que la sociedad tiene la facultad de pensarse a sí misma, criticar sus bases tradicionales y proponer alternativas. Esto es, aceptar que los agentes son capaces de reflexionar sobre los procesos sociales

que viven y moldean. En otras palabras, que los agentes están recibiendo continuamente nueva información sobre el entorno social, asimilándola en sus rutinas y poco a poco transformando las instituciones. Este diálogo constante entre estructura y agencia es denominado por Giddens (2006) como el proceso de estructuración. Para este autor los cambios en la reflexividad de los agentes, al volverse habituales, pueden ir modificando paulatinamente decisiones y luego las reglas que gobiernan las instituciones. Esto en un contexto de constante constreñimiento estructural que siempre está en operación en la vida social y que hace que los cambios sean lentos, necesariamente colectivos, limitados y con consecuencias incontrolables para el individuo.

Ahora bien, en los grupos de paqueros la reflexividad facilita además la integración entre el conocimiento previo y el actual, de forma tal que las personas puedan dar una explicación práctica y discursiva coherente con las transformaciones en sus modos de vida. De la gestión de residuos se pasa a la implementación de otras prácticas cotidianas que a su vez están ligadas a reflexiones más profundas que trascienden los beneficios más evidentes de la práctica. El testimonio de Laura Rubio, paquera de la Huerta Zúñiga, se refiere a este tema:

Creo que las pacas es necesario fortalecerlas no solamente por la reducción del material que se deja de llevar al relleno sanitario, sino porque debería ir conectado con otras prácticas. Nos empezamos a dar cuenta de lo importante que es empezar a guardar semillas, intentar producir los propios alimentos, tener plantas en los lugares, hacer abono, comer otro tipo de cosas... La idea es apostar por la paca de manera que esté asociado a algo como la seguridad alimentaria, como la biodiversidad (L. Rubio, comunicación personal, 28 de abril, 2020).

De la identificación de una problemática particular –como lo es la mala gestión de los desechos orgánicos en las ciudades– se pasa a la transformación de ciertas acciones cotidianas en pro de aportar a la mitigación del problema. Luego, a medida que se ejecuta la práctica, se van redescubriendo otras problemáticas relacionadas que van motivando la creación o implementación de otras alternativas. La articulación con otras personas, el trabajo colectivo y los procesos comunicativos que en ellos ocurren, van orientando transformaciones personales y comunitarias que tienen la posibilidad de ir construyendo otros modos de vida. Estas reflexiones, igual que la práctica misma, son diversas y tienen matices más o menos críticos. Mientras algunos entienden la

elaboración de pacas desde una perspectiva ambiental que permite únicamente reducir la cantidad de residuos que llegan al relleno sanitario; otros la consideran como una de las múltiples prácticas cotidianas que les permite desde su contexto inmediato cuestionar y transformar el sistema moderno con sus prácticas de consumo y desecho, sus prácticas extractivistas, sus lógicas de mercado, etc. Lo interesante es que, en el centro de las reflexiones, sean estas más o menos críticas, el entorno –la naturaleza– va tomando un protagonismo propio de la práctica paquera, la cual obliga a volver la atención a la tierra y a toda la vida que habita en ella. Ese cambio de perspectiva, esa conciencia práctica, aunque parece mínima, tiene implicaciones materiales con grandes impactos.

En relación con estas reflexiones y el contexto de pandemia por la COVID 19 en el que se desarrolló esta investigación, es posible visibilizar varios argumentos al respecto. Guillermo Silva, por ejemplo, desarrollador y principal promotor de las pacas digestoras, en una de las entrevistas realizadas fue enfático en resaltar que los seres humanos y no humanos hacemos parte del mismo sistema vivo, codependiente:

El maestro COVID nos ha mostrado, como nunca antes, qué tan estrechamente relacionados están la salud humana, animal y ecológica. El bosque sabe más de salud que la gente. Lo más insano son las ciudades. Lo que tenemos que aprender es a transformar la ciudad. Necesitamos más espacio entre la gente, aunque esté aliviada, necesitamos otras prácticas de consumo. La paca es un complemento agroecológico importante, es el momento perfecto para potenciarla. Hay otro asunto y es que la cuarentena nos está mostrando que no podemos ni programar a una semana. ¿Para qué vamos a programar el año entrante? Lo que la paca me ha mostrado es que se gana más con empujar un poquito la cosa, día a día, que con hacer un gran proyecto y querer abarcar el mundo (G. Silva, comunicación personal, 16 de junio, 2020).

En este tipo de reflexiones, se abandona la idea antropocéntrica del mundo y se empiezan a propiciar otros tipos de relacionamiento con el entorno. Se da entonces una visión más sistémica de la vida. Así lo comentó Angélica Rubio de los Paqueros de la Hueso:

También he pensado en qué tan importantes somos. El ser humano siente que su presencia sobre la tierra es esencial y mira que no. Mira cómo se reorganizan los animales, cómo toda

la naturaleza toma un rumbo mucho mejor al que tenía nuestra presencia ahí. Realmente no somos tan esenciales, somos más como una plaga tratando de acaparar todo, de dañar, de que primen nuestros propios intereses. Lo que se logra con las pacas es vernos como iguales, como dependientes de esa tierra (A. Rubio, comunicación personal, 26 de noviembre, 2020).

Sobre esto, una reflexión de mi trabajo de campo puede ser oportuna. Cuando empecé esta investigación, me impresionaba cómo la materia orgánica se transformaba en tierra en seis meses. Al principio, al hablar de la descomposición de residuos la describía como magia. Me parecía maravilloso que solo con prensar los desechos en un cubo fuera suficiente para que desapareciera la basura. Meses después de trabajar en varios grupos paqueros, de llevar mis residuos y gestionarlos de manera comunitaria, empecé a comprender que lo que ocurría allí tenía muy poco que ver con algo sobrenatural, como la magia, y que en cambio era posible gracias a una gran conciencia de los ciclos naturales, del entorno, de la vida. No se trataba de algo tan simple como lo que pensaba, sino de la complejidad de la vida misma. Comprendí, gracias a la práctica, que los residuos orgánicos se gestionaban en una labor colaborativa entre los vecinos y los bichos descomponedores.

Ahora bien, estos procesos reflexivos no deben ser considerados únicamente como la adquisición de ciertos niveles de autoconciencia, sino como conocimientos tácitos y prácticos que regulan el comportamiento de los agentes (Callero, 2003). Es decir, una explicación discursiva de la acción, que permite que esta sea reconocida como válida por los otros, de forma tal que genere ciertas conductas. Como los testimonios anteriores, las palabras de Paula Restrepo evidencian también la transformación que se empieza a generar alrededor de la relación entre los seres humanos y la naturaleza:

Las basuras son un problema generado por nuestra forma de habitar el mundo. Por eso con las pacas buscamos entendernos a nosotros mismos, entender las relaciones que tenemos con la naturaleza, que ha hecho que lleguemos hasta aquí. Hacer pacas me hace sentir que estoy aportando mi granito de arena. Esto es de las cosas mínimas que yo puedo aportar. Me hace reflexionar sobre el resto de las cosas que estamos haciendo y cómo nos estamos comportando en relación con nuestro entorno. Yo diría más entorno que naturaleza

precisamente por eso que hemos reflexionado tanto, nosotros dividimos la naturaleza de nosotros mismos y no existe tal división: nosotros somos la naturaleza, tenemos estas fronteras totalmente permeables (P. Restrepo, comunicación personal, 15 de junio, 2020).

Estas reflexiones si bien no pueden transformar directamente las estructuras sociales con sus lógicas, medios y fines, resisten en la práctica como manera de reivindicar el poder de decisión y la agencia. Los paqueros al entenderse como parte de un sistema, por mínima que sea su acción, entienden que todo está conectado y que la más mínima decisión genera un impacto. La reflexividad entonces, entendida como proceso constante, práctico y discursivo, como nexo entre la posibilidad del orden y de los cambios sociales, dota la práctica paquera de gran potencial transformador. De ahí que, la gestión de residuos no se entienda únicamente como una acción ambiental, sino como una práctica social, la cual desde lo ordinario de la cotidianidad se presenta como alternativa que se reproduce y modifica a partir de lógicas sociales.

De este modo, como lo he argumentado a lo largo de este capítulo, la práctica paquera es un proceso de comunicación, creatividad y reflexividad que evidencia cómo las formas organizativas y sus modos de concebir la vida, son tan activas y productivas como la fuerza, la lucha, la voluntad y la acción de quienes se resisten a ellas. De ahí que se trate de un juego de fuerzas creadoras para construir otros modos de vida. Es decir, una práctica de resistencia, entendida no como negación sino como un proceso de creación que busca transformar la situación y participar en el proceso (Foucault, 1999). En ella se potencializan reflexiones que cuestionan, subvierten y crean acciones alternativas ante las lógicas estructurales del sistema y se promueven la comunicación y la reflexividad con las que se potencian acciones creativas, metodologías inéditas, y el fortalecimiento de estrategias de acción política personales y comunitarias.

Todos los argumentos que presenté en este capítulo permiten ver la gestión de residuos en pacas digestoras como una práctica que se construye entre la estructura y la agencia; el habitus y la praxis; el deber ser y la creatividad; y lo institucional y lo comunitario. Esto significa entender, siguiendo a los teóricos de las prácticas, la praxis como un campo de prácticas encarnadas, materialmente entrelazadas, organizadas centralmente en torno a entendimientos prácticos compartidos (Schatzki, 2001, p.3). De ahí que sea una invitación a centrar la atención en las posibilidades transformadoras de la vida cotidiana, en las que interactúan desde los conocimientos

prácticos, actividades corporales, significados, ideas y comprensiones hasta los materiales, infraestructuras y configuraciones sociotécnicas (Shove & Walker, 2010, p. 476).

Ahora bien, para comprender los procesos de pacas digestoras como práctica política de resistencia es necesario, además de tener en cuenta el constante juego reflexivo, creativo y comunicativo, reevaluar y profundizar en el concepto de lo político y las nuevas formas de activismo y/o movimiento social.

Capítulo 3: Lo político: postura estatista, dialógica e infrapolítica

Conocí a los Paqueros de Belén Rosales gracias a una invitación que hizo Guillermo por redes sociales. En ella anunciaba la intención del Fondo Mundial para la Naturaleza, WWF, de elaborar un video promocional sobre las pacas digestoras, el cual sería grabado en el parque donde regularmente los vecinos del barrio Belén Rosales gestionaban sus residuos. El encuentro, el cual transcurrió como un evento extraordinario, estuvo centrado en la ubicación de las cámaras, las entrevistas y la grabación de las imágenes de apoyo. Las personas de la comunidad sirvieron como actores para completar la secuencia de imágenes y narrar la experiencia paquera, mientras los invitados, como yo, apoyamos como extras, ubicados alrededor de las decenas de pacas digestoras que ya se habían elaborado meses antes en el parque. Supongo que era importante para los objetivos mediáticos evidenciar que son muchas las personas involucradas en la práctica. Dato que no es totalmente falso, pues cuando una semana después volví a asistir al encuentro, ahora sin las cámaras atentas, evidencí que por lo menos 20 familias, estaban gestionando sus residuos de manera comunitaria en este parque. Solo que, sin el dinamismo del registro audiovisual, la práctica parecía transcurrir de una manera más corriente y tranquila. Al menos en un principio.

Al comienzo de la segunda visita que realicé a este grupo, el ideal comunitario transcurrió sin inconvenientes. Los vecinos empezaron a llegar uno a uno, en bicicleta o a pie, con sus canecas llenas de desechos de cocina y algunas bolsas con residuos de poda. Fueron a la casa de Guillermo para traer las herramientas. Algunos ayudaron a ubicar nuevamente el molde encima de la paca que se había empezado a elaborar la semana anterior, otros tomaron rastrillos y barrieron las hojas secas de los árboles. Se saludaron, hicieron comentarios sobre lo vivido en la semana y se rieron de algún chiste. Esto mientras hacían los nidos de hojarasca con relleno de residuos de cocina dentro del molde, los tapaban con restos vegetales de los árboles y los prensaban. Estaban concentrados en el proceso cuando se acercaron dos guardas de policía –Luego me enteré de que no era la primera vez que ocurría– (Figura 7). Al principio los ignoraron un poco, luego fue Guillermo quien los atendió y escuchó la querrela, mientras los demás seguían paqueando.

–Señor, un vecino llamó a poner una queja. Dice que en el parque hay unos recicladores que están haciendo desorden con la basura, que están haciendo del parque un basurero. No es la primera vez que llaman. ¿Qué es lo que está pasando aquí?

Guillermo les mostró a los policías el proceso de gestión de residuos y sacó de su mochila una carpeta con un montón de papeles impresos con correos electrónicos, fotografías, recortes de periódicos:

–Miren ustedes. Descomponiendo los residuos en comunidad para hacer abono. Estos son unos correos que me mandó la WWF. Hace ocho días hicieron un vídeo aquí mismo. La WWF está legitimando lo que se está haciendo desde Estados Unidos hasta la Patagonia. Hay más de 50 huertas de la ciudad donde se realizan pacas, en el parque Juan Pablo II se han hecho más de 200, miren este artículo sobre el municipio de Argelia que cambió su relleno sanitario... (G. Silva, comunicación personal, 6 de diciembre, 2020).

Los policías, comprensivos ante la explicación de Guillermo, llamaron al vecino inconforme e intentaron explicarle la importancia de la actividad. Lo sentaron en uno de los jardineles del parque y mantuvieron con el joven una conversación de al menos una hora. Lo invitaron a unirse al proceso, sin éxito. El joven siguió gruñendo ante la situación, descontento ante la labor de los vecinos. Afirmaba que le parecía insoportable el hecho de que se recolectaran residuos verdes al lado de los árboles y que los cubos prensados no le permitían a su perro pasear libremente por el parque.

Figura 7.

Visita de la policía a los paqueros de Belén Rosales



La conciliación no llegó a ningún acuerdo. El vecino volvió a su casa malhumorado y los paqueros lograron terminar de gestionar sus residuos. Los policías, antes de retirarse, se acercaron nuevamente a Guillermo:

–Lo mejor es que gestionen un permiso con el Área Metropolitana o con la Secretaría de Medio Ambiente para evitar inconvenientes y futuras infracciones. Es mejor llevar un registro del proceso, mostrar los beneficios y contar lo que se está haciendo. Mire que la versión que ellos tienen en la comisaría y en las entidades sobre lo que está pasando solo está teniendo en cuenta las denuncias que está poniendo constantemente el vecino y uno no sabe qué pueda pasar. Quien sabe a quién manden la próxima vez.

Guillermo les agradeció a los policías por el acompañamiento y apenas se fueron dijo refunfuñando que no iba pedir ningún permiso, en ninguna circunstancia, porque él consideraba que no estaba haciendo nada malo. Tiempo después se contradijo, estaba cansado de los constantes inconvenientes con el joven opositor, las peleas entre vecinos que se fueron intensificando por otros temas principalmente ambientales y la necesidad continua de tener que estar dando explicaciones. Un domingo, meses después, antes de empezar a hacer pacas con el grupo de Belén Rosales, Guillermo salió a mi encuentro feliz mostrándome un comunicado de la Secretaría de Medio Ambiente en la que se dirigían a él felicitándolo por su labor e invitándolo a que siguiera realizando pacas en parques públicos. Llevaba dos copias de la carta guardada en su mochila. Una para él y otra para regalarle al vecino en cuanto saliera a poner problema o cuando llamara a la policía.

Esa mañana todos estábamos ansiosos y a la expectativa de la reacción del joven detractor. Esperábamos que llegara la policía o que se asomara el hombre por el balcón para alardear por el permiso obtenido. Esto nunca ocurrió. En cambio, parecía que el apartamento del detractor estaba desocupado. Vacío. Estaban pintando las paredes.

Desde entonces, el permiso no se ha tenido que usar en el barrio Belén Rosales. Esa mañana hicimos varios chistes al respecto:

–¡Lo que nos faltaba! Ahora será que el vecino se pasó de casa.

Pronto el chiste fue olvidado y reemplazado por otras novedades de la práctica. En una de las pacas empezaron a salir por uno de los laterales una pareja de hongos, con sombreros de vetas blancas y cafés. Esto llamó tanto la atención de la mayoría que fue suficiente para dejar de lado el recelo con el vecino y empezar a hablar de otros asuntos.

- ¡Imagínense empezar a sembrar hongos comestibles en las pacas! – dijo alguno.
- Pero si eso es justo lo que está haciendo Catalina Ossa– contestó otro.

Es una lástima que la intervención de la policía, la discusión con el vecino, la alegría por el permiso gestionado y las apreciaciones acerca de los hongos no hayan quedado registradas en un video con los micrófonos flotantes y los drones por los cielos que utilizó la WWF. Pues el suceso, aunque podría ser simplemente anecdótico, evidencia en términos prácticos diversas concepciones de lo político que deben considerarse al hablar de movimientos sociales y/o de acciones colectivas o comunitarias.

Tomando como ejemplo esta experiencia y citando otras vivencias etnográficas, pretendo en este capítulo, enriquecer las posturas políticas de la práctica paquera y ofrecer una concepción compleja y dinámica de la variedad de relaciones que se pueden dar con las instituciones y con la sociedad en esta acción colectiva. Para esto, primero, hablaré de la postura más convencional de lo político, desarrollando la importancia que ha tenido la interacción de los paqueros con las autoridades públicas, así como la búsqueda por que se reconozca el movimiento paquero como actor legítimo del sistema. Es decir, desde una concepción convencional de la política como la de la lucha por el poder y los recursos. Después profundizaré, en una visión más dialógica del concepto, donde priman las formas organizativas y los modos de acción colectiva de lo que Raúl Zibechi denomina como las sociedades en movimiento. Finalmente, desde una percepción más metapolítica, pretendo resaltar principalmente el valor infrapolítico y espiritual de la práctica paquera.

3.1 Postura estatista de lo político

Cuando hablo del fenómeno paquero como un movimiento social, pretendo principalmente resaltar la articulación y acción colectiva que se ha ido tejiendo entre los diversos grupos barriales,

comunitarios o privados de gestión de residuos en pacas digestoras. Me baso en la definición del concepto brindada por Laraña (1999), quien afirma que los movimientos sociales son una forma de acción colectiva que apela a la solidaridad para promover cambios sociales, sin hacer énfasis en las múltiples formas organizativas que la acción colectiva puede llegar a tomar, los objetivos más o menos definidos que en ella se establezcan, o las relaciones de alteridad, contrapoder o pugna que puedan llegar a desarrollar con otros actores como el Estado y sus instituciones.

Esta claridad, en la que el concepto de movimiento social queda esbozado en términos tan generales, es muy útil en el caso del movimiento paquero, ya que es posible encontrar diferentes visiones acerca de la acción colectiva entre sus promotores. Si bien, la mayoría de los paqueros afirman que la práctica de gestión de residuos en pacas digestoras tiene impactos políticos, la concepción de lo político cambia entre las personas y los grupos y, por lo tanto, las formas organizativas de cada uno de ellos y sus expectativas. Lo interesante de esta diversidad de concepciones es que estas conviven y le aportan simultáneamente a la práctica. Lejos de ser antagónicas, son vitales para su desarrollo, al tiempo que se constituyen como ejemplo perfecto para cuestionar la supuesta homogeneidad, no sólo del movimiento social, sino también del Estado y sus instituciones.

Para empezar a desglosar estas ideas generales, profundizaré en la postura estatista de lo político. Esta es la visión más convencional y tradicional que se esperaría de un movimiento social, denominada por algunos autores como Andrew Arato y Jean Cohen (2001) como una visión estratégica, donde la política se entiende como la lucha por el poder y los recursos. Esta postura estatista está presente en el movimiento paquero debido al papel central que muchos de los promotores paqueros le dan al Estado, a la necesidad de legitimación constante que tiene la práctica, y a la comprensión de los participantes de la importancia de relacionarse de manera estratégica con las instituciones para facilitar la acción colectiva y aprovecharse de los recursos y medios del Estado. Cuando el movimiento paquero se vale de esta postura estatista de lo político, las acciones colectivas de los actores sociales se orientan a objetivos fijos, claramente definidos a través de un control centralizado por parte de la organización y son evaluadas en logros tangibles.

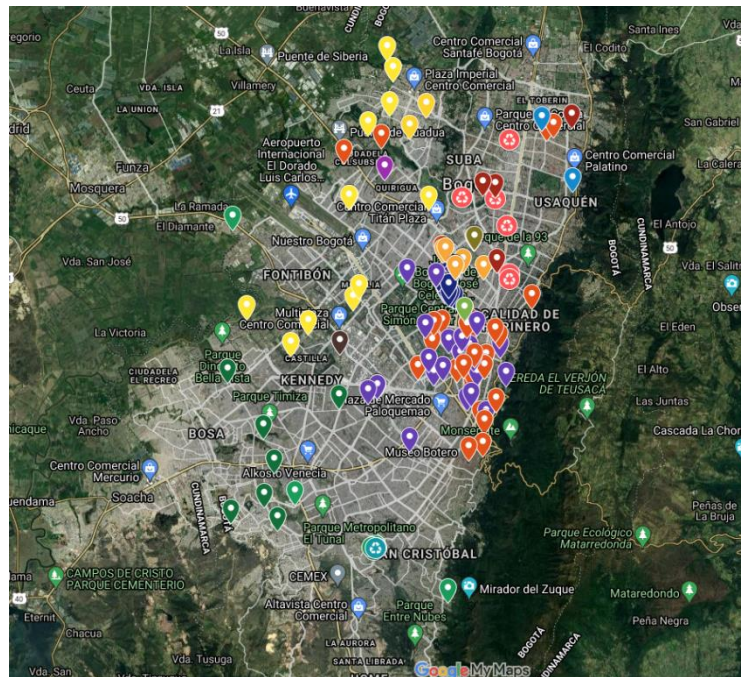
Entre los discursos paqueros es posible encontrar promotores de la práctica que consideran que la dimensión política de los movimientos sociales surge únicamente en el momento del establecimiento de la interacción entre el actor movilizado y las autoridades públicas. De ahí que inciten a que la búsqueda del movimiento deba estar orientada a su reconocimiento como un actor

legítimo del sistema político que logre influir en los procesos y mecanismos del sistema que afectan sus intereses. Para ilustrar esto tomaré como ejemplo el caso de la red Paquerxs Bogotá.

En la capital del país, la articulación de diferentes experiencias, dispuestos en las cuatro zonas de la ciudad, norte, sur, oriente y occidente, ha permitido que los procesos de pacas digestoras adquieran mayor visibilidad ante las instituciones gubernamentales y las empresas públicas y privadas. Gracias a la articulación de más de setenta grupos distribuidos por toda la ciudad, con los que se han realizado más de 200 pacas digestoras entre los años 2019 y 2021, se ha logrado llamar la atención de las instituciones del gobierno. Los procesos barriales y comunitarios que por sí solos podrían ser considerados una práctica ad hoc, al articularse como red, han logrado que la problemática de la gestión de residuos se convierta en un tema de interés público y que se empiece a generar cierta presión desde la sociedad civil. Al existir una organización comunitaria cada vez más fuerte alrededor de las pacas, se empieza a gestar un discurso que cuestiona cómo lograr incidir en las políticas públicas. De este modo, en Bogotá, el movimiento paquero ha logrado que la sociedad civil se posicione como interlocutor del Estado y de sus instituciones en todos sus niveles.

La red Paquerxs Bogotá, si bien está pensada en términos de horizontalidad y comunidad, ha realizado grandes esfuerzos de centralización y control de la práctica. Desde un grupo base, del cual varían sus integrantes constantemente, se han definido ciertos protocolos o guías de replicabilidad, de forma tal que se pueda lograr una cierta sistematización, mejor seguimiento de los logros y mayor visibilidad ante los entes gubernamentales. Así, se invita a que cada nuevo grupo de personas que desee iniciar un proceso de pacas comunitarias en su barrio se comunique al correo electrónico de la red para recibir un acompañamiento, principalmente técnico, sobre la implementación del método. O bien, se sugiere que los grupos paqueros ya existentes se sumen y se conviertan ellos mismos en formadores y promotores que acompañen el surgimiento de nuevas iniciativas. Para lograr esta articulación, la red Paquerxs Bogotá se vale de un grupo de voluntarios, los cuales participan en alguno de los ejes de la red: comunicación, incidencia política, estudio e investigación y pedagogía. En la virtualidad, se apoyan principalmente en un mapa elaborado en Google Maps (Figura 8), en el que constantemente se actualizan las experiencias paqueras en la ciudad. Para registrar una iniciativa paquera es necesario llenar un formulario de Google, contar un poco sobre la experiencia, y esperar que alguna persona del grupo base de la red se ponga en contacto y confirme el registro.

Figura 8.
Georreferenciación red Paquerxs Bogotá



Nota: Mapa elaborado por la red Paquerxs Bogotá.

Esta estructura organizativa que ha tomado de manera particular el movimiento paquero en Bogotá –el cual difiere de las formas organizativas de las otras ciudades– responde a una postura estatista de lo político ya que la organización comunitaria es percibida como fenómeno de acción colectiva de la sociedad civil, la cual debe interpelar y cuestionar el orden establecido, y poner en entredicho la capacidad del Estado y sus instituciones para resolver adecuada y pacíficamente sus demandas (Cadena, 1991). Es una postura estatista porque al hablar del movimiento paquero, los logros políticos de la práctica se relacionan principalmente con el ejercicio del poder. Es decir que se centran en una definición de lo político basada en los modos de adquisición, utilización, concentración y distribución del poder, sobre todo en relación con la institución que posibilita su ejercicio: el Estado. Esto se evidencia en las palabras de Nicolás Rodríguez, uno de los promotores de la red Paquerxs Bogotá, quien en un encuentro virtual habló sobre la necesidad de articulación que hay desde la gobernanza comunitaria hasta la gobernanza global:

Somos una fuerza muy poderosa, colectiva, responsable, comprometida con la política. Nos hemos convertido en un interlocutor, un actor que genera corresponsabilidad con la

institucionalidad, con otro tipo de gobernanzas convencionales y ayuda a responder a una problemática. Por eso también hemos generado un espacio abierto con la UAESP (Unidad Administrativa Especial de Servicios Públicos) y con servidores públicos (N. Rodríguez, comunicación personal, 17 de enero, 2021).

En este sentido, para algunas personas las pacas digestoras son entendidas como práctica política, en la medida en que el movimiento social hace de la comunidad sujetos cívicos con visibilidad ante las instituciones del Estado. De ahí que se resalte la posibilidad de los encuentros de pacas para formar una ciudadanía ambiental. Esto es, una ciudadanía que se reconoce como agente de cambio y participa en la sociedad a través de acciones que permiten la resolución de problemas ambientales (Dobson, 2005). Sobre esta concepción, basada en la responsabilidad de la sociedad civil y en la posibilidad que ofrece la práctica paquera de formar “buenos ciudadanos”, Mónica Machado argumentó en el mismo encuentro virtual:

Una cosa son mis acciones privadas y ese reconocimiento de gestionar los residuos de una manera distinta y otra cómo lo llevo a un escenario público. Las pacas se hacen en un escenario público, se hacen de manera colectiva, intentando sumar a más personas. Las pacas tienen una incidencia en la colectividad, construyen sujetos transformadores de los contextos sociales, desde un consenso de la búsqueda del bienestar colectivo que está consagrada en la constitución política y que es la base del Estado Social de Derecho. Este método de gestión de residuos está enfocado en el bienestar colectivo, la conservación medioambiental y la garantía de derechos de la población de este país. Esa incidencia de este sujeto político lo prepara para llevar esas iniciativas en una relación con la institucionalidad (M. Machado, comunicación personal, 17 de junio, 2020).

Visto desde esta perspectiva estatista, los procesos de pacas digestoras tienen impactos políticos al hacer énfasis en la responsabilidad compartida de la ciudadanía respecto a un asunto medioambiental, el aporte para mitigar los impactos ecológicos de la vida diaria, la construcción de sujetos cívicos que acceden a sus derechos frente al territorio y la distribución de recursos públicos para ejecutar proyectos comunitarios. Así, el movimiento paquero, en la medida en que logra ser más estructurado, incluso bajo los principios comunitarios, horizontales y reticulares,

tiende a reproducir las lógicas sindicales de los movimientos sociales tradicionales. Es decir, la acción social centrada en las demandas de derechos a los Estados, al establecimiento de alianzas con otros sectores sociales y partidos políticos y al desarrollo de planes de lucha para modificar la relación de fuerzas a escala nacional (Zibechi, 2006).

Desde esta postura de lo político, el movimiento paquero pareciera buscar la “liberación democrática” que postula Gramsci. Esto es, la instauración de otra filosofía que, aunque es destructiva respecto a la hegemonía actual, mantiene el ideal de una filosofía futura del género humano unificado (Di Marco Sánchez, 2020). En otras palabras, un movimiento que genere otra nueva concepción del mundo coherente y unitaria, un cambio dentro de la hegemonía. Es decir, una inversión de ideales, más ecológicos o ambientalmente sostenibles, más no un desplazamiento radical que rechaza directamente las categorías del coaccionar y ser coaccionado, del dominar y ser dominado, que se perpetúan en el Estado, sus medios y fines.

Si bien esta postura estatista y convencional de lo político puede ilustrarse de manera evidente en el caso de la red Paquerxs Bogotá, es posible también rastrearla en el resto de los procesos de pacas digestoras de las diversas ciudades. Esto por dos motivos. Primero, porque lo político suele reducirse a los ajetreos del quehacer gubernamental, así como a las lógicas burocráticas, jerárquicas y centralizadas que se manejan en los Estados modernos. Y segundo, porque se entiende que la articulación de procesos, las formas más estructuradas de organización comunitaria y los discursos más convencionales, tales como el de la ciudadanía ambiental y la responsabilidad ciudadana, suelen ser más estratégicos en el momento de relacionarse con el Estado y sus instituciones. De esta manera, es posible encontrar promotores y grupos paqueros que entienden el impacto político de la práctica desde la separación dicotómica y anquilosada entre instituciones y sociedad y por lo tanto desde las categorías clásicas tales como la de ciudadanía. Es común, por ejemplo, escuchar a los paqueros reclamar por la falta de interés del Estado, y por lo tanto, quejarse del supuesto fracaso de la promoción paquera. O bien, recurrir a los modos y lógicas del Estado, para lograr la legitimidad de la acción colectiva y tener mayor facilidad en la ejecución de la práctica, ya sea para la gestión de recursos o la visibilización de lo que se está haciendo.

Es común que entre los paqueros de otras ciudades se celebren los logros que se han obtenido en Bogotá respecto a la legitimidad institucional y se pretenda replicar su modelo organizativo. Esto debido a que en la actualidad ninguna otra ciudad cuenta con una red tan estructurada, sistematizada y centralizada. De hecho, en las otras ciudades del país no se cuenta

con ningún tipo de estructura semejante a la de un movimiento social tradicional. Lo que significa que, no existe una red paquera con divisiones de tareas o funciones. Sobre esto, una experiencia de campo puede ser ilustrativa.

Recuerdo, por ejemplo, que en alguna ocasión tuve la oportunidad de sentarme con Clara Perez y Cristina Sandoval a pensar en un proyecto sobre pacas digestoras para presentar a una convocatoria de estímulos de la Alcaldía de Medellín. Cuando pensamos en las necesidades de los paqueros de la ciudad debatimos sobre la importancia de reforzar la articulación y la consolidación de una red de paqueros en Medellín. Para esto, considerábamos que debíamos tomar como ejemplo la red Paquerxs Bogotá. Queríamos lograr un mejor mapeo de las iniciativas, hacer un registro sistemático de la cantidad de residuos que se gestionan en cada proceso, y profundizar en conocimientos sobre la técnica que permitan una mayor apropiación de la práctica. Esto, en un primer sentido, para fortalecer cada uno de los grupos, pero sobre todo para tener herramientas y datos que nos permitieran en un futuro establecer diálogos con las instituciones del Estado. Después de una larga conversación, abandonamos la idea inicial, ya que consideramos que debíamos ser muy críticas con las formas organizativas que queríamos reproducir, pues, aunque estas se desarrollen bajo ideales contrahegemónicos, pueden tender a reproducir las lógicas de la centralidad, la jerarquía y el dominio que se han heredado de los movimientos sociales modernos. Coincidimos en que, si bien estas formas organizativas más estructuradas y sus discursos pueden llegar a ser muy estratégicos al penetrar las instituciones, medios y fines del Estado, pueden ser muy peligrosas si no se desarrollan de manera crítica.

La carta de la autorización de la Secretaría de Medio Ambiente gestionada por Guillermo para solucionar el inconveniente en Belén Rosales –de la cual hablo en la introducción de este capítulo–, es también un ejemplo de la importancia de esta concepción estatista de lo político. La acción colectiva de este grupo de paqueros no tiene el objetivo de que el Estado los considere un interlocutor con el que se puedan negociar. Los promotores comprenden que en la movilización colectiva más tradicional hay una oportunidad de legitimidad ante el Estado, para facilitar su continuidad. De esta manera, la posición más estatista de la política dentro del movimiento paquero responde a una postura principalmente estratégica que constituye una fase transitoria que permite dialogar con el Estado y sus instituciones, al tiempo que se logra una conciencia más crítica desde los procesos de base. De ahí que sea posible afirmar que el movimiento paquero es una práctica política, en un sentido convencional del concepto, ya que logra el establecimiento de la interacción

entre los actores movilizados y las autoridades públicas, con el fin de que el activismo social sea reconocido como un actor legítimo del sistema político. De esta manera, el movimiento paquero puede llegar a influir en los procesos y mecanismos del sistema que afectan sus intereses, cuando logra la organización comunitaria y se vale del discurso estatista para el beneficio de la práctica.

3.2 Postura dialógica de lo político

Además de la postura estatista, en el movimiento paquero se evidencian, en un nivel más local y particular de cada grupo, una dimensión más dialógica de lo político que pone en segundo plano la acción colectiva ante el Estado y, por el contrario, se centra en la autonomía de las comunidades. Ya que la mayoría de los procesos de elaboración de pacas digestoras son realizados en espacios públicos, o entre ciudadanos que se autoorganizan en la búsqueda del bien común, los encuentros son considerados como espacios políticos de concertación, donde lo político se entiende como el ámbito de la palabra, el consenso, el acuerdo y las relaciones de cooperación que prosperan en una atmósfera de cordialidad entre iguales (Arendt, 1997). Así lo narró Clara Pérez, promotora paquera de la ciudad de Medellín:

Las pacas son espacios de encuentro ciudadano comunitario en donde realmente se plasma o se vive el ambiente comunitario, el vecindario, pues hemos creado nuevas amistades, hemos compartido experiencias y actividades más allá de hacer las pacas. Ha sido muy bonito, hemos creado muchas amistades. Esto es muy revolucionario en las ciudades, sobre todo cuando vivimos en propiedades horizontales, donde cada vez más cada quien está en lo suyo. Entonces acercarnos entre vecinos y vecinas me parece que ha sido un gran regalo, y que esto va obviamente de la mano con el lugar que habitamos. La casa no es solo el lugar donde vamos a dormir sino aquella que está ubicada en un lugar donde realmente nos conectamos con ese espacio y también con quienes lo habitamos (C. Pérez, comunicación personal, 11 de enero, 2022).

Como si se tratara del ágora, la paca digestora es descrita como el lugar del diálogo, donde las personas se reúnen a intercambiar sus perspectivas, opiniones y apreciaciones. Un espacio en el que la gestión de residuos se desarrolla concertadamente, de manera autónoma y voluntaria, sin

depender necesariamente de otros recursos diferentes a los que pertenecen a la comunidad misma. De ahí que los paqueros hablen de su acción colectiva como un espacio político en el que conviven la pluralidad y heterogeneidad de puntos de vista que a través del diálogo y la mutua persuasión se convierten en puntos de encuentro, de tal manera que, mediante la palabra los disensos se transforman en consensos. Así lo argumentó Mónica Machado, participante del grupo Paquerxs Bogotá:

Los procesos de pacas implican un proceso de organización de una manera informal inicialmente, porque el desarrollo de estas acciones genera la necesidad de delegar responsabilidades, de establecer tiempos, espacios y gestionar recursos. Son encuentros de preparación con varias generaciones, son espacios bellísimos de intercambios de conocimiento. Es un espacio de encuentro como comunidad. En algunos procesos de pacas participan al mismo tiempo la institucionalidad, los residentes domiciliarios, la policía, esto es un ejemplo de cómo se recompone la comunidad y se da una apropiación al espacio público de una manera más cuidadosa (M. Machado, comunicación personal, 17 de junio, 2020).

Desde esta perspectiva dialógica, los modos de relación de lo político no se confunden ni tienden a ser eliminados por los procedimientos administrativos. La acción y el discurso no son sustituidos por procedimientos verticales y estratégicos que excluyen la deliberación pública. Así, el movimiento paquero se aleja de la visión de los movimientos sociales tradicionales modernos – de la postura más estatista de lo político– y responde a lo que los teóricos sociales denominan el paradigma de la identidad colectiva o de los nuevos movimientos sociales (Arato & Cohen, 2001; Estrada Saavedra, 2020).

Bajo este paradigma los movimientos sociales no le encuentran significado a sus luchas en el sistema político institucional, sino en los comportamientos colectivos que buscan la representación de intereses políticos. Esto quiere decir que, los movimientos sociales no orientan sus acciones al reconocimiento o interlocución con el Estado, sino hacia la defensa de la identidad con el fin lograr la autonomía del sujeto. De ahí que los objetivos estén centrados en el desarrollo personal o colectivo y en el cambio de las formas de interacción. Esto se evidencia en el movimiento paquero, donde la demanda ambiental que se realiza es de carácter cultural; hay una

relación ambigua entre lo individual y lo grupal; se implican aspectos personales y de la vida cotidiana; y las tácticas empleadas para las movilizaciones se caracterizan por la desobediencia del poder civil.

De ahí, que incluso se llegue a hablar de sociedades en movimiento, más que de movimientos sociales (Zibechi, 2015). Esto es, la idea de que se desarrollan acciones sociales colectivas que no persiguen el acceso al Estado para modificar las relaciones y que, por lo tanto, no justifican ni imitan las formas estadocéntricas de organización, asentadas en el centralismo, la división entre dirigentes y dirigidos y la disposición piramidal de la estructura de los movimientos. Sobre esto, las palabras de Nathaly Jiménez, una de las principales promotoras del movimiento Paquerxs Bogotá, pueden ser explicativas:

Creo que aquí hemos re-existido dignamente, tratando de generar formas de entendimiento mutuo con las instituciones, de generar canales de comunicación asertivos, de tener una claridad en lo que nos convoca y hasta donde somos capaces de adaptarnos o de asumir responsabilidades. Creo que ahí hay bastantes inspiraciones para entender la política desde otro lugar. Una política para la vida, no para la lucha, ni para el desgaste, ni para la muerte, ni para la sumisión. Es una política que es poderosa porque estamos dignificando también a los trabajadores que recuperan, que reciclan, que tienen que someterse a condiciones muy precarias. Estamos dignificando la existencia cuando nos reconciliamos con la basura. Cuando contribuimos concretamente a impactar de manera positiva con nuestros actos y sobre todo cuando cambiamos nuestros hábitos de consumo y postconsumo. El ejercicio político no convencional comienza en nuestro primer territorio que es nuestro cuerpo y ese es el que nos ha enseñado bastante a entender la política desde ese lugar, que transforma, que transita, que es fluida, que además abre caminos y abre nuevos lenguajes (N. Jiménez, comunicación personal, 27 de agosto, 2020).

Si seguimos la propuesta de Zibechi acerca de las sociedades en movimiento, notamos que la práctica barrial que ocurre en las experiencias comunitarias de pacas digestoras se asemeja más a esta concepción de lo político que a la visión estadocéntrica tan recurrente en los discursos paqueros. Así, características como la territorialización, autonomía y mayoría femenina de las que habla este autor (2006) están presentes en la práctica paquera. Territorialización porque la

comunidad se arraiga a los espacios recuperados y conquistados a partir de acciones instrumentales del espacio público que poco tienen que ver con las formas tradicionales de apropiación, como las huelgas o las protestas. Los procesos con pacas digestoras son formas auto afirmativas a través de las cuales los actores se hacen visibles y reafirman su interés ambiental. En una charla virtual, por ejemplo, Paola Puerto, narraba la historia de apropiación y transformación de un espacio que antes era inhabitado por las personas del barrio debido a las fuertes problemáticas sociales y ambientales:

Nosotros nos enamoramos de las ideas de las huertas y las pacas, hemos roto el concreto, hemos quitado el asfalto para encontrarnos con la tierra, para sembrar plantas ornamentales, para hacer pacas y para recuperar espacio público con problemas de basura, delincuencia y drogadicción. Nos hemos dado cuenta de que el suelo de los parques es bastante malo, es relleno, se encuentra grava, escombros. El suelo de Bogotá es un suelo de humedal que se ha ido relleno a través de las décadas. Solamente poner una paca significa que podemos regenerar este suelo para que tenga mucha más diversidad. Entonces es algo importante en relación con la recuperación del espacio público y la intervención comunitaria (P. Puerto, comunicación personal, 27 de marzo, 2021).

Autonomía, porque la comunidad no depende de los Estados o de los partidos políticos. La voluntad que sostiene el movimiento es la que funda su creciente capacidad para continuar a lo largo del tiempo. Esto debido, en gran parte, a que las características materiales necesarias para la realización de la práctica facilitan la continuidad de la misma. Mientras otros métodos de compostaje requieren mayor inversión de capital, materiales, espacios y mano de obra, los procesos paqueros propician la autogestión: madera reciclada, pinturas donadas por los vecinos y clavos del armario familiar. Además, cada grupo paquero tiene la facultad y el poder de autogobernarse según sus necesidades y formas organizativas. Las pacas digestoras permiten a la comunidad actuar con independencia y tomar decisiones sobre cómo elaborar la práctica de acuerdo con sus preferencias, sin tener que depender de recursos externos. Incluso en Bogotá, a pesar de la intención de centralizar la práctica en la Red Paquerxs Bogotá, cada una de las experiencias paqueras de la ciudad mantiene sus propias dinámicas. Así lo argumentó Nathaly Jiménez:

En Bogotá cada barrio tiene sus dinámicas, sus canciones, sus maneras de hacer. Eso es así de simple. Las pacas digestoras responden mucho a las dinámicas barriales, a cómo nos organizamos, a cómo hay ese ritmo y ese tiempo entre vecinos. Nos ha tocado ser bastante pacientes alrededor de la pedagogía, esto ha sido un ejercicio bien exigente de paciencia y de hacer todo el tiempo con la comunidad una socialización de para qué estamos haciendo las pacas (N. Jiménez, comunicación personal, 27 de agosto, 2020).

Algunos promotores paqueros, a diferencia de lo que se evidencia en los discursos estatistas, superan el concepto de ciudadanía y manifiestan una intención por revalorizar la diversidad cultural y las identidades. De ahí que sea posible encontrar entre los paqueros personas con posturas ideológicas opuestas, estratos socioeconómicos dispares, profesiones diversas y edades desiguales. Estas diferencias, si bien marcan lógicas opuestas de ciudadanía, aunque podrían llegar a ser generadoras de conflicto, son superadas y conviven en el movimiento paquero gracias a que se comparte un interés ambiental y social que se centra en la reproducción de la vida cotidiana, familiar y comunitaria, a partir de la generación de redes de autoorganización territorial.

Finalmente, en los procesos paqueros es posible encontrar mayor participación de mujeres, quienes han logrado que las labores de cuidado y de reproducción de la vida, destinadas tradicionalmente al espacio privado, se conviertan en prácticas políticas en el espacio público. En la mayoría de los grupos paqueros hay mayor participación de mujeres, quienes además son las mayores promotoras del movimiento. Esto es interesante porque permite reevaluar la relación entre lo público y lo político; así como la tradicional oposición teórica entre vida y política.

Sobre esto es importante señalar que, desde la postura dialógica de lo político –asumida desde Aristóteles y compartida por Arendt– el terreno de la política comienza justamente cuando nos liberamos de la preocupación por la vida. Cuando Arendt (1997) habla sobre la política hace una distinción entre la esfera pública y la esfera privada. Para la autora, lo privado, lo cual está relacionado con el ámbito de las necesidades vitales, con la preocupación por la conservación y el mantenimiento de la vida, corresponde a “el simple hecho de vivir”, mientras lo público por su parte, es el espacio de aparición y el entramado de relaciones humanas en el que se insertan las acciones políticas, es decir, la “vida políticamente cualificada”. Siguiendo esta premisa dialógica de lo político, la existencia privada se relaciona con una serie de procesos necesarios que les acontecen a los seres humanos como organismos vivos y que se refieren al esfuerzo que supone

suplir las necesidades vitales. En contraste, el mundo, el espacio público, representa el escenario construido por los humanos para otorgarle permanencia y estabilidad a su existencia.

La insistencia teórica, filosófica y académica por separar vida y política, como lo hace, entre muchos otros autores, Arendt, tiende a señalar que los asuntos privados permanecen desterrados del ámbito público. Por el contrario, lo que describe Zibechi al hablar sobre las sociedades en movimiento, es una politización de la vida cotidiana y de la esfera privada. El cuidado de la vida y las prácticas reproductivas, se hacen públicas para señalar que sin ellas es imposible el mantenimiento de lo productivo. Así, en los nuevos movimientos sociales se despliega una lucha por la subsistencia y la vida. De ahí que, en los últimos decenios, los discursos y las prácticas de participación cívica y ciudadanía se estén ampliando, a través de conceptos como los del estilo de vida y el consumo cotidiano (Lewis & Potter, 2011). Pues, en las actividades ordinarias y relativamente invisibles de los hogares, aquellas que se encuentran en el ámbito privado, los consumidores y las comunidades, casi siempre transitorias y sin organización formal, se están desarrollando prácticas de movilización, las cuales obligan a los teóricos a ampliar el concepto de lo político.

Ahora bien, es importante resaltar que ambas concepciones de lo político que hemos desarrollado durante este capítulo, tanto la convencional estatista, como la dialógica o del paradigma de los nuevos movimientos sociales, suelen compartir un entendimiento similar de la sociedad moderna, conformada por dos subsistemas principales, especializados, con racionalidades propias: sociedad y Estado (Estrada Saavedra, 2015). Esto significa que, se suele pensar que entre el Estado y la sociedad hay una frontera ontológica, ya que cada uno de estos actores se desarrolla en espacios autocontenidos. Este entendimiento suele ser problemático porque reduce los conflictos y las relaciones que se tejen entre los movimientos sociales y los actores del sistema político, al asumir que existe homogeneidad en cada una de estas partes (Mitchell, 1991). Así, el Estado es representado como una entidad unitaria, centralizada y autónoma, cualitativamente diferente a la sociedad, superior a esta y con la autoridad suprema para hacer valer leyes, políticas y órdenes en todas las esferas de la vida social y en todos sus territorios. Al tiempo que, el movimiento social se aprecia como actor cohesionado y con unidad de intereses, voluntades y motivaciones que se comparten entre los integrantes, en oposición al Estado. De tal forma que lo político queda reducido a una lucha conflictiva entre el sujeto y el sistema en una dualidad ficticia, Pues no todos los gobernantes, presidentes, alcaldes, policías, medios de comunicación, etc.,

responden a una misma racionalidad compartida. Del mismo modo que no todos los sujetos pertenecientes a un movimiento social tienen los mismos sentidos y discursos. De ahí la importancia de evitar caer en esta separación ontológica entre Estado y sociedad, para hacer hincapié en las complejas contingentes y cambiantes relaciones que se entablan entre el Estado y el movimiento, al tiempo que se resalta cómo los movimientos pueden estar en el Estado y el Estado en la sociedad (Estrada Saavedra, 2020).

Esto se evidencia en el caso del movimiento paquero, donde tanto Estado como sociedad, deben ser entendidos como una fuerza social más (Migdal, 2011) que, aunque con diferencias reales entre ambos, respecto a sus discursos, recursos y prácticas de poder, mantienen una interacción constante. No es de extrañar que muchos de los paqueros sean servidores y trabajadores públicos que representan en el movimiento sus propios ideales, los deseos institucionales y los intereses comunitarios. De igual manera ocurre que el movimiento, al participar en conflictos múltiples con actores y organizaciones de diversos sistemas funcionales, tenga que adoptar diversas formas paralelas de acción y comunicación para lograr la consecución de objetivos heterogéneos, los cuales a su vez están en continua revisión.

Ahora bien, esta perspectiva que evita tanto la homogeneización del Estado como del movimiento social suele ser muy útil además para resaltar los diversos conflictos que se pueden generar dentro del movimiento. Pues, al existir múltiples percepciones, discursos y sentidos entre los grupos de paqueros, e incluso los mismos promotores, es necesario recalcar las decenas de discusiones que se pueden llegar a presentar entre quienes participan de la práctica. Basta con imaginar un encuentro de cinco personas, sin objetivos definidos, ni liderazgos marcados, para recrear las posibles riñas, tanto por temas directamente relacionados con la práctica paquera, como por otros asuntos aledaños. Imaginemos, por ejemplo, a una persona que dentro del grupo esté incitando a la creación de un emprendimiento para vender abono orgánico, mientras otra basa la conversación en la importancia de devolverle a la ‘madre tierra’ el alimento que nos brindó. Pensemos en la posible confrontación entre quienes consideren que se debe presentar un proyecto escrito a la alcaldía para conseguir un aval y patrocinio, y quienes quieren gestionar sus residuos sin tener que involucrarse en asuntos institucionales o gubernamentales. O bien, en la intención de algunos más genuina e inocente de pasar por las casas de cada uno de los vecinos recolectando los residuos orgánicos, y los que se oponen a este tipo de asistencialismo acrítico.

Así, cuando se piensa en la práctica paquera desde un sentido dialógico, se entienden los encuentros principalmente como espacios de confrontación donde se evidencia la disparidad de opiniones y posturas, donde hay choques de intereses, motivaciones y percepciones. Las personas discuten por el horario más conveniente en el que se deba trabajar; el mayor gasto de energía que tiene uno mientras los demás descansan; el dinero necesario para comprar la herramienta; la falta de compromiso de algunos, etc. Sobre esto, una experiencia de campo puede ser muy ilustrativa.

En el grupo de los Paqueros de la Hueso era frecuente que se planeara, después de la gestión de residuos, alguna actividad para compartir y celebrar: hacer buñuelos, tomarse unas cervezas, escuchar música, cocinar algo. En alguna oportunidad decidimos hacer una natillada. Cada uno de los cinco participantes debía aportar con un ingrediente para la receta. El día del encuentro, para sorpresa de todos, una de las integrantes del grupo llegó tarde y trajo visita: tres compañeros más –y un perro– que querían conocer del método y de paso quedarse a comer con nosotros. La inconformidad de la mayoría era obvia. No entendíamos por qué esta mujer llegaba tan tarde, sin avisar, con más residuos de lo habitual, y más personas, justo un día de celebración. No queríamos compartir ese encuentro con tres desconocidos. Hacerlo nos hacía sentir limitados en el espacio íntimo que habíamos construido en los últimos meses alrededor de la cocina, donde podíamos reírnos, chismosear y compartir sobre nuestras vidas. No había en nuestro encuentro cabida para nuevos miembros, menos aún sin previo aviso. Fue tanto el descontento que no hicimos la natillada ese día. Después hablamos con la compañera involucrada sobre el inconveniente y los motivos que nos disgustaron. No hubo una pelea como tal, pero en los siguientes encuentros ella no volvió. Nos enteramos después que empezó a gestionar sus residuos en otro lugar.

Esta experiencia muestra cómo la perspectiva dialógica se colorea de otros matices donde lo político no se puede reducir a las dimensiones estatista y dialógica, pues estaríamos hablando de lo político únicamente desde una postura politicocéntrica, que no da cuenta de lo que ocurre en los movimientos antes, durante y después de la confrontación con el sistema político; es decir, lo que ocurre en la cotidianidad del quehacer.

Para apreciar las otras múltiples posibilidades políticas de la práctica, no solo se debe empezar a ver la vida en la política, ni la política en la vida, sino aceptar que la vida no es reductible a la política. Que en ese no-lugar del sujeto, donde no se es únicamente ciudadano, ni miembro de un movimiento social, ni activista, es posible crear una crítica desvinculante a la hegemonía, la

dominación, sin que esto elimine totalmente la conflictividad y el disenso. Esto es, hacer énfasis en la dimensión infrapolítica de la práctica.

3.3 Postura infrapolítica

Cuando se habla de infrapolítica, por lo general, se toma como referente teórico al antropólogo y politólogo James Scott, quien ha sido uno de los académicos que más ha elaborado esta idea, mayormente utilizada en el campo de la movilización social y los estudios subalternos. Con el concepto de infrapolítica se hace referencia a los gestos, dichos, conductas, prácticas, etc., con que las personas manifiestan de manera disimulada cierto cuestionamiento o resistencia a la dominación. Es decir, las formas de protesta indirecta, que no buscan la confrontación manifiesta al poder y que, por el contrario, lo esquivan o lo rechazan (1990).

Esta perspectiva del concepto es útil al pensar en el movimiento paquero, ya que permite entender el fenómeno como un conjunto de prácticas de resistencia que no obedece a un plan, ni pretende un revocamiento general del poder o una constitución de una alternativa al mismo, sino más bien, una forma expresiva y reactiva de mostrar la falta de eficacia del sistema y las formas particulares e individuales de hacerlo un poco más soportable, sin impedir el funcionamiento directo del mismo. Es útil porque permite hacer énfasis en la escala relativa a lo microsocioal, al nivel del individuo, del grupo, sin desconocer que ésta a veces puede adquirir dimensiones o efectos más amplios de movilización social. De forma tal que, permite ver la práctica como una respuesta concreta a una problemática estructural, es decir, como un proceso de acción-reacción, que se traduce principalmente en hábitos, más que en alianzas o redes colectivas.

Sin embargo, a pesar de que la postura infrapolítica que propone James Scott permite situar la práctica paquera en un espacio distinto a las dimensiones politicocéntricas, más allá de las instituciones, los partidos, las organizaciones de movimientos sociales, y con éstos la representatividad, la búsqueda de la legitimidad, la ocupación del poder o la autonomía, es pertinente ampliar la concepción de lo infrapolítico a otras discusiones, que aunque más teóricas o filosóficas y menos empíricas, permiten reflexionar desde el posible esbozo de otro orden, otro horizonte, quizá más ontológico, pero no por eso menos práctico. De ahí que considere pertinente retomar el concepto de infrapolítica de Alberto Moreiras (2019), que, si bien tiene alguna relación

con el trabajo elaborado por Scott, posee un carácter muy distinto, al buscar con el concepto una apertura hacia un nuevo paradigma del pensamiento.

Bajo la perspectiva de Moreiras (2019), lo *infra*, se refiere a la base y esquema previo sobre el cual actuamos, vivimos y pensamos, no en términos jurídicos o morales, sino desde el cuestionamiento por el ser, donde se dan los cambios estructurales, otros modos de mirar y de estar en el mundo. Y lo político hace énfasis principalmente en la acción, no entendida únicamente desde la voluntariedad, el empuje o la intención, sino también desde lo pasivo, el dejar, el estar a la espera, dejarse afectar, mirar, escuchar, abrirse a la realidad y acogerla –postura contraria al concepto de acción de Arendt, quien ve la praxis de manera instrumental–. Desde lo *infrapolítico* la individualidad, el poder y la voluntad se deconstruyen, y se asume que la vida no responde siempre a un cálculo o un plan. De ahí que la política sea entendida como una forma de acción que no es impositiva con el ser, sino que busca otro modo de ser y de dejar ser (Alvarez Yaguez, 2014)

Al hablar de *infrapolítica*, Moreiras (2014) propone que hay un espacio de existencia, de experiencia, de acción y de pensamiento humano que antecede o excede a la política y a la ética. Así, aclara que lejos de pretender formar una teoría, lo que busca es invitar a dar un paso atrás en relación con la política y su armazón conceptual. Esto significa, en un primer momento, despojar la existencia de una supuesta totalidad normativa. Es decir, aceptar que no todas las experiencias que vivimos buscan tener sentido: el amor, observar un paisaje, la locura, el goce o la fiesta, son experiencias que trascienden lo político. Si bien la política existe y está en todo, “hay algo en nuestra existencia fáctica que excede o sub-cede al ser, al ser ése o aquél, y esta dimensión de la existencia no busca ser nada más que otra cosa que lo político” (Muñoz & Bake, 2018, p. 12). En otras palabras, la *infrapolítica* como espacio previo a lo normativo, lo político y lo ético.

Esto, en los términos de Beasley-Murray (2010) equivaldría a una política *poshegemónica*, en la que se considera que la hegemonía nunca ha asegurado el orden social y que, por el contrario, son los hábitos y los afectos los que permiten mantener el orden, o bien, asegurar el cambio, no como la sustitución de un programa por otro, sino como la reproducción continua de cierta trascendencia o soberanía, siempre cambiante. Esto es, la idea de que, si bien el Estado mantiene cierta dominación, el poder no se perpetúa gracias a la coerción, sino al *habitus*, al afecto y a la multitud. Es decir, la idea de que el poder, sea cual sea su naturaleza no tiene la capacidad de someter las subjetividades o domesticar la infinitud de diferencias que constituyen lo social (Deleuze, 1987). Así, lo *infrapolítico* se entendería como una ruptura que se abre a otra forma de

pensamiento, al poner de relieve la ineficacia que han tenido las categorías modernas y civilizatorias, tan totalitarias como uniformes. Esto significa cuestionar los supuestos órdenes determinados y superar los pares dicotómicos: estructura-sujeto, Estado-sociedad, público-privado, macro-micro, teoría-praxis, pensamiento-acción.

Ahora bien, es exactamente este punto el que quiero resaltar de los procesos paqueros. Pues el mayor impacto político que se da en esta práctica está en los modos de relacionamiento con los otros y con el entorno. En los procesos comunitarios de gestión de residuos orgánicos con pacas digestoras es posible observar formas otras de habitar el mundo, donde no priman los poderes, ni contrapoderes, ni hegemonía, ni contrahegemonía, ni discursos instaurados, ni organización definida. En la mayoría de los casos el objetivo de las experiencias paqueras no es producir abono, ni lograr ser reconocidos públicamente, ni generar un contra-poder, ni derribar la institucionalidad. Las formas organizativas, los procesos comunicativos y las relaciones que se dan entre paqueros se asemejan más a cualquier relación amical o filial que a un movimiento social tradicional. La mayoría de los encuentros no son reuniones planeadas en las que se discuten asuntos ideológicos, sino en los que se desarrolla la práctica de manera espontánea. Así lo describió Clara Pérez, una de las promotoras paqueras de Medellín:

Cuando nos encontramos con varios vecinos del barrio para hacer la paca digestora, conocemos quién es esa persona que vive al lado, aprendemos algo del otro, nos hacemos amigos y nos ponemos de acuerdo para realizar otras actividades colectivas. Se construyen lazos, amistades, tan opuestos a la retórica individualista de las ciudades. El chiste, el chisme, la olla comunitaria, el juego, la música, la danza, las discusiones y negociaciones hacen parte del encuentro. La paca digestora motiva relaciones (C. Pérez, comunicación personal, 11 de enero, 2022).

En esos modos de relacionarse, las formas de interactuar con el entorno también se transforman. Los paqueros perciben que sus formas de interacción inciden recíprocamente en la vida, tanto social como natural. Los procesos de pacas digestoras transforman las relaciones humanas desde la amistad, al tiempo que confrontan a las personas con lo no-humano. De esta manera, no solo se transforma el hacer, sino el ser. La paca invita a una nueva manera de vivir y sentir la vida. Esto significa entenderse como parte de la naturaleza y poner en diálogo los ritmos

de la sociedad con los ritmos del entorno. Así, en la práctica paquera no solo adquieren importancia y protagonismo las funciones perceptivas y racionales de la mente humana, sino además las posibilidades intuitivas y emotivas del ser. Lo político en las experiencias de pacas digestoras invita al cuestionamiento de las relaciones de poder y dominio que implica el concepto mismo de lo político. La práctica, desde su postura más reflexiva y crítica, implica un cuestionamiento por la dominación. Esto es, comprender y vivir el mundo desde posturas que eviten la instrumentalización, totalización y subordinación.

Vista así, la práctica infrapolítica en torno a las pacas digestoras implica el cuestionamiento por los modos como concebimos y actuamos en el mundo. En lugar de vivir la vida desde su temporalidad y vulnerabilidad, desde el estar centrado en sí mismo, en un egocentrismo que ignora a los otros y al destino final de la vida, se promueven las dimensiones del ser que reflexiona, ama, comprende, sueña, hace proyectos, le busca un sentido a su existencia y ordena su mundo desde una dimensión espiritual, que además es política.

Esta espiritualidad lejos de ser un asunto metafísico es un movimiento trascendental del pensamiento a la acción. No es una dimensión abstracta de la vida, sino energía interior que mueve a la praxis, que hace posible que se asuma un compromiso –sin partido político y sin pertenecer a ningún tipo de organización– en la lucha por la transformación del mundo. Es trascendental porque busca llegar más allá de nosotros mismos y de la realidad de la que formamos parte, pues hace posible una mirada más completa de la existencia, en la que el ser humano no se ve aislado, sino que se entiende en interrelación con todos los seres donde palpita la vida. Esto es, en el caso de los procesos paqueros, una comprensión sistémica de la vida, una conciencia de totalidad, con el mundo material, vegetal y mineral, con los microorganismos y las personas del barrio, con el aire, el suelo, el asfalto, los edificios y la ciudad. Así lo expresó Diana Victoria Aguirre, paquera del proyecto Workshop Planeta Tierra en Bogotá:

Trabajamos por la manifestación de un nuevo tiempo en la tierra, donde somos responsables de nuestros residuos y donde a nuestro paso, nacen huertos y jardines, soberanía alimentaria en una tierra bendecida y abundante. Las pacas llegaron a nuestro huerto y nos han traído gran alegría, gran esperanza y bienestar. Hemos armado una fiesta alrededor del compostaje, nos sentimos bien de devolver a la tierra todo el amor y todo el alimento que nos brinda. Cantamos, danzamos, y recordamos a nuestros ancestros para caminar por la

tierra sin dañar, sin contaminar, más bien agradecidos, conscientes, presentes (D. Aguirre, comunicación personal, 8 de agosto, 2020).

De esta manera, hago énfasis en la dimensión espiritual de la práctica con el objetivo de resaltar que los seres humanos además de ser seres conscientes y auto conscientes, sensibles y pensantes, somos espirituales, al estar en relación con nosotros mismos, con los otros y con el mundo, lo que nos hace inmanentes y trascendentes, finitos e infinitos, históricos y transhistóricos (Pannikar, 1999). Esto significa entender que, lo político de la práctica paquera, no está solo en la sociedad civil, los ciudadanos, los sujetos y/o los individuos –todas ellas categorías que escinden lo humano de su dimensión espiritual, al entenderlo únicamente como dualidad cuerpo-mente– sino en la persona entendida como red de relaciones. Es decir, como un sistema abierto que no puede ser reducido a su materia, a sus relaciones extrínsecas y democráticas, sino a su carácter relacional. Esto es, la idea de que el mundo y la persona no son dos realidades separadas, ya que comparten la vida, la existencia, el ser, la historia y el destino de uno y de otro de manera única (Pannikar, 2005).

La práctica paquera puede ser considerada una práctica espiritual porque es un actuar ‘para’ y ‘con’ los demás, en la que la praxis está a favor de la vida, desde la cotidianidad, en el mercado, en la cocina de la casa, en el barrio. En el movimiento paquero se evidencia una política que se torna espiritual porque hace de la existencia y la vida el horizonte. De esta manera, no solo se plantean transformaciones sociales y estructurales, sino sobre todo transformaciones a las subjetividades y horizontes civilizatorios y de existencia diferente, que apuntan a la vida.

Esta espiritualidad, la cual ubico en la dimensión infrapolítica, permite superar la visión antropocéntrica y humanista que ha servido para legitimar la dominación de la vida. No se trata de la búsqueda de respuestas únicas y verdades absolutas a los grandes misterios de la existencia, sino que, por el contrario, se basa en un acercamiento a las preguntas trascendentes que no tienen respuestas definitivas. Relaciono la infrapolítica y la espiritualidad porque las entiendo como comportamientos reflexivos, que no se sostienen sólo en la frialdad del logos, de la razón y de la episteme, sino como prácticas en las que están presentes los sentimientos, los sueños, la amistad, el amor y la esperanza, pues, sin ellos no es posible interrogarse sobre el sentido de la existencia y comprenderla, ni maravillarse con sus misterios (Guerrero Arias, 2011). Así lo expresó Paola Puerto, participante del grupo Paquerxs Bogotá:

Hacer pacas es como hacerle un pago a la tierra, devolverle los nutrientes que nos da en el alimento, cerrar el ciclo. Con el desecho que genero tener la posibilidad de sembrar y dar vida. Esto lo celebro. Llegan los polinizadores, las abejas, las mariposas, empieza a haber vida en la ciudad. Cambian paradigmas. Es maravilloso ver esos kilos de basura que se transforman en vida. Sacas la cosecha de las pacas y te huele a bosque. Te cambia la relación con los bichos, son descomponedores naturales, recicladores, hay menos asco. Uno comparte con los vecinos, los conoce, genera comunidad. Ve a los niños felices montándose y se saben todo el discurso y el proceso. La paca es nuestro ritual de entrega a la vida, cada ocho días. Para los niños la paca es un juego, para los adultos un goce, para los jubilados un pasatiempo. Es un encuentro lleno de amor, de compartir, de solidaridad. Es una fiesta (P. Puerto, comunicación personal, 27 de agosto, 2020).

De esta manera, en la práctica paquera se da una crítica al antropocentrismo que quiere doblegar el mundo a la omnipotencia humana, y se genera una conciencia práctica del ser humano como persona incluida dentro del entorno, en pertenencia a él y en dependencia de los procesos que lo configuran. Lo que conduce a una ética de la responsabilidad y de la solidaridad, donde además se reconoce que el desequilibrio ecológico va de la mano de los desequilibrios históricos, como la distribución desigual de la riqueza y el hiperconsumismo, principalmente de una minoría humana del planeta. Es en la dimensión espiritual de la práctica que se empieza a vivir la realidad como un universo radicalmente interdependiente, donde la unidad no afecta la diversidad, pero la diversidad sí es la manifestación de la unidad (Pannikar, 1994). Esto es, una postura espiritual, donde se contemplan la interdependencia y la interpenetración de todas las cosas y su relación mutua con la estructura de la realidad. En otras palabras, la concepción de que la persona (Pannikar, 1999) existe en cuanto es un ser del otro y para el otro. Así lo explicó Carolina Osorio, en una publicación sobre pacas digestoras, en su perfil de Facebook:

Con palabras bonitas, círculos de mambeo eterno y oraciones, no se sana la tierra. Si seguimos con los mismos consumos no logramos nada. Reclamamos cambios políticos en las instituciones, empresas y organizaciones, pero nos rehusamos a ver la parte con la que yo misma estoy contribuyendo al desastre ambiental. Estar presente en la elección, cocrear entre todos momentos de tranquilidad, de conexión, de aprendizaje, de juego... para

zambullirnos en otra dimensión, ir inventando los espacios, los tiempos. Queremos cuidar la unidad, cuidar los animales, la tierra y nuestro ser de una cultura que no nos permite vivir la empatía y el respeto hacia la integridad de otros seres sintientes, pachamama está necesitando que aparte de que los rezos, oremos con nuestras acciones, nos informemos de los efectos de lo que consumimos y estemos presentes en las elecciones, nos permitamos ser cuestionados y cuestionar, activar la palabra y circular los saberes...

Es importante aclarar que cuando se habla del “otro” no se le entiende como un extraño, sino como una parte de la persona, es decir, como igual, como compañero. De ahí que se dé una relación metapolítica –si seguimos a Pannikar– o infrapolítica –si nos basamos en Moreiras–. Esto es, una relación que no se basa en la hegemonía o el individualismo, ni la heteronomía o autonomía, sino en el entendimiento de la interdependencia porque se sabe que cada persona o agente necesita de los otros, porque lo político es el lugar de encuentro entre la actividad de los seres humanos y su destino final, el punto de intersección del ser humano en el todo. Es espiritual porque trasciende el tiempo y el espacio, sin por ello negarlos. Porque descubre que en la realidad cotidiana hay una dimensión interior, algo que transforma y trasciende la realidad. Es en ese punto donde se inserta lo infrapolítico: “en la encrucijada entre lo histórico y lo transhistórico, lo individual y lo personal, el orden de la ciudad y la dimensión de identidad, entre lo que los antiguos denominaban la polis y el oikos, lo público y lo privado” (Pannikar, 1999, p.169).

En este punto, el concepto de persona que propone Bennet (2010) puede ser clarificador para dejar de entender lo político como un asunto meramente humano y empezar a desplegar una perspectiva materialista vital (Bennet, 2010). Esto es saberse parte del entorno con el que se comparte un mismo destino, la misma vida. Las bacterias fermentativas que permiten la digestión en nuestros estómagos, los macro y microorganismos que generan la descomposición en la tierra y hasta los patógenos que se puedan desarrollar en el proceso, empiezan a ser considerados tan constitutivos de la condición humana como la propia subjetividad. El proceso de gestión de residuos que ocurre en la paca digestora, evidencia la codependencia ecológica, al tiempo que transforma de manera ontológica la manera de percibir y actuar en el mundo. Invita a que los seres humanos nos reconozcamos como naturaleza y que la vida de los múltiples macro y microorganismos recicladores que habitan en la paca, se integren a la práctica social. Así, en solo un metro cúbico, es posible percibir que las especies con las que el ser humano ha co-evolucionado

y de las que depende se requieren recíprocamente, sean especies que le sirven de alimento, o parásitos o microorganismos descomponedores, generadores de tierra y dadores de vida. La descomposición de residuos en los procesos de pacas digestoras, incluyendo las posibles dificultades sociales que esto implica, esto es, establecer un espacio, coordinar con los vecinos, adquirir las herramientas o infringir el toque de queda de la cuarentena para salir a pensar los residuos en el barrio, da cuenta de todo un sistema ecosocial, que incluye los elementos materiales e inmateriales que actúan sobre el ser humano y sobre los que el ser humano actúa. Todas ellas relaciones con impactos políticos. Así lo describió Clara Pérez:

Hacer pacas es una experiencia espiritual. El verlo también como un ritual de devolverle a la Madre Tierra un poco de todo lo que nosotros tomamos a diario me parece que nos facilita una conexión muy bonita y le da un sentido mucho más profundo a la práctica de realizar la paca digestora, como un pago, como un agradecimiento, como una oportunidad de transformación. Como en Bogotá. sembrar pacas, hacer una ronda alrededor cuando se termine, dar gracias. Me parece que eso le da otro sentido y lo conecta a uno de otra manera con la naturaleza, con el reciclaje de nutrientes, con sus procesos, con todos los ciclos naturales (C. Pérez, comunicación personal, 11 de enero, 2022).

De esta manera, en los procesos de gestión de residuos se generan reflexiones en las que, no solo se entiende a los seres humanos como parte de la naturaleza, sino también a los objetos como agentes activos. Los restos cárnicos, las cáscaras de frutas y las sobras de la noche anterior, son materia viva. Así como el plástico que no se descompone en la paca digestora y que al llegar al relleno sanitario convive con miles de millones de organismos microscópicos que prosperan bajo tierra en comunidades oscuras y libres de oxígeno. En el relleno sanitario, en el cementerio de los desechos, no hay materiales muertos sino células que exhalan enormes columnas subterráneas de dióxido de carbono y de metano cálido y húmedo, viajan por los vientos tropicales, se filtran por el suelo para alimentar incendios, se escurren por las fuentes de agua o se arrastran hacia el interior de la atmósfera. Así, en los procesos de pacas se comprende que, ninguna materia puede ser nunca realmente desechada, porque continúa sus actividades incluso como un bien no deseado.

Cuando la materia se entiende como viva, entonces se hace menor la distancia entre sujeto y objeto, entre seres humanos y entorno, y se eleva lo que Bennet define como el “comunitarismo

material de todas las cosas” (Bennet, 2019). Esto es, una conciencia ética que trasciende lo humano e invita a apreciar las cosas y los cuerpos y no sus rasgos, que pueden ser socialmente valorados o despreciados. Con esto me refiero, por ejemplo, a cambiar la percepción sobre la basura, entender los residuos orgánicos como alimento de bichos generadores de suelo, empezar a ver las cucarachas, mojoyes o tijeretas como integrantes fundamentales, valorar más el producto sobre el empaque, o entender el valor del trabajo colectivo en el parque público. En los procesos de pacas digestoras se da una práctica solidaria entre seres humanos y no humanos. Se busca minimizar el impacto de las acciones humanas o la destrucción de las cosas con las que se comparte la existencia, al tiempo que surge y se configura una nueva realidad.

De esta manera, además de la visión estatista y dialógica de lo político, en la práctica paquera se da una política de lo no-político. La práctica alrededor de las pacas digestoras tiene la capacidad de hermanar al ser humano con toda la vida, al facilitar la observación de la naturaleza donde cada movimiento sostiene al otro, cerrando un círculo de totalidad e interdependencia. En los procesos paqueros se evidencia además una actitud de esperanza en la que se vive, se sufre, se trabaja, se sueña con una realidad mejor, más justa y verdadera. En ella las personas se hacen conscientes de que no pueden conformarse con lo que hay, y deciden protestar, rebelarse, transformar su cotidianidad, fracasar, volverlo a intentar y continuar viviendo con la intención de mejorar la situación y alcanzar la plenitud.

Así, como lo he desarrollado a lo largo de este capítulo, en la práctica se mezclan diversas perspectivas de los movimientos sociales, desde las más clásicas, hasta las más contemporáneas, las cuales pueden convivir incluso en una misma persona o colectivo en diferentes momentos. En ellas lo político es tan amplio que abarca lo estatal, lo dialógico y lo infrapolítico. De esta manera, las denuncias ante la policía, la importancia de legitimación por medio de las instituciones, los recortes de periódicos en la mochila de Guillermo y la importancia que van tomando los múltiples videos, documentales, crónicas o investigaciones que se realizan sobre la práctica, son tan políticos como las discusiones con los vecinos, los problemas entre los paqueros y las reflexiones y transformaciones subjetivas que se van construyendo en el proceso.

El movimiento paquero es sobre todo infrapolítico porque pone en evidencia la idea ficticia del Estado y los movimientos sociales como entes opuestos y homogéneos, y muestra la carencia de armonía y consenso en ambas partes. Incluye el interés estratégico por acceder al espacio público y a los escenarios del Estado; la búsqueda por la autonomía y la organización comunitaria; y/o la

transformación espiritual en el campo infrapolítico. De forma tal que se expresa en diversas formas organizativas y discursos heterogéneos que pueden variar desde formas más estructuradas de movilización hasta maneras personales de activismo.

De este modo, las posturas estatistas, dialógicas e infrapolíticas, aunque podrían parecer antagónicas, se dan de manera simultánea en el movimiento paquero. Esto porque cada una de las personas, grupos o colectivos generan reflexiones diversas, algunas más críticas o radicales que otras, o bien, porque es necesario valerse de cada uno de estos discursos y formas organizativas de acuerdo a las necesidades del contexto y a las características de cada uno de los grupos. Así, la decisión de gestionar de manera comunitaria los residuos orgánicos en pacas digestoras, pone de manifiesto la creciente insuficiencia de las concepciones macro y micro, público y privado, vida y política, en relación con la teorización del activismo político y la movilización social.

4. Conclusiones

La experiencia de gestión de residuos en pacas digestoras es una praxis que no existe de manera independiente del contexto. No hay algo así como una única técnica, competencias o unos sentidos paqueros homogéneos al margen de las relaciones establecidas con los demás, o libres de cualquier tradición o suceso del pasado o del presente. De ahí que incluso en la historia de este desarrollo técnico –liderado por Guillermo Silva– aparezcan otros saberes tradicionales, académicos y cotidianos que tras ser continuamente retomados y reinterpretados han permitido la consolidación de este método.

Quise mostrar los precedentes tales como la composta intensiva de Jon Jeavons, el corralito de doña Carolina, la práctica tradicional de basurear la huerta y la propuesta biointensiva de los purines, con el objetivo de evidenciar que la técnica es un desarrollo continuo que trasciende el paso a paso, y que en cambio promueve la constante observación, el pensamiento crítico y una perspectiva relacional que transgrede y cuestiona los límites entre los seres humanos y el entorno. Por eso, resalto de los procesos paqueros su gran potencial reflexivo al conectar el ‘hacer’ con pensamientos, discursos y acciones que indagan por qué somos lo que somos, cómo hemos llegado a ser lo que somos y cómo podemos encontrar otras formas alternativas de vivir.

En los capítulos anteriores, presenté las pacas digestoras desde su relevancia ambiental y sus ventajas tecnológicas en las ciudades, como una propuesta ante el problema urbano moderno de la generación y gestión de las basuras. De esta manera, llamé la atención en las formas de movilización social y comunitaria alrededor de las pacas digestoras donde se da una apropiación del espacio público, se politiza la vida diaria y la cotidianidad como espacios de transformación social, y se generan discursos críticos que trascienden los intereses privados y los estilos de vida individuales. Esto es, la experiencia paquera como proceso de acción, movilización y organización que ha tomado gran fuerza principalmente en los entornos comunitarios. Pues es allí donde la práctica se ha expresado como modo de resistencia que motiva otras formas alternativas y críticas de relacionarse con el entorno y con los otros.

Describí diversas experiencias e historias de mi trabajo de campo con el objetivo de mostrar la práctica paquera como un proceso comunicativo, creativo y reflexivo que no siempre es exitoso y que por el contrario está lleno de trabas y dificultades. Comunicativo porque propicia espacios de producción de sentidos y de resemantización de lo social, al tiempo que se crean lazos que

apuntan al cambio social. En los procesos paqueros se dan constantemente relaciones de intercambio y negociación donde surgen múltiples interpretaciones, se crean y recrean diversos sentidos y se establecen consensos que pretenden transformar una porción de la realidad social. Esto es, cuestionar las lógicas de desecho y de consumo, oponerse a la individualidad de las ciudades para propiciar la solidaridad y la cooperación, y relacionarse de manera horizontal con el entorno. Lo que implica una mediación entre lo individual y lo colectivo, lo institucional y lo comunitario, y la estructura y la agencia.

Creativo porque pone en evidencia la capacidad de los agentes de producir cursos de acción inéditos y de inventar formas sociales de hacer y de ser que se diferencian de las estructuras existentes. De ahí que, a pesar de que se emplee el mismo método de gestión de residuos, cada grupo tenga sus propias formas organizativas, sus modos de acción y sus necesidades particulares, con las cuales se cuestiona el deber ser y se proponen nuevas alternativas.

Y reflexivo porque confronta y modifica el sentido común hasta el punto de establecer nuevas prácticas rutinizadas. En ellas la praxis genera una conciencia que puede llegar a transformar los modos establecidos del hacer cotidiano, se introducen nuevos conocimientos en el entorno social y se cuestiona el sentido común, hasta el punto de desanclar rutinas y de establecer otras nuevas. De forma tal que se acepta la potencialidad de la reflexividad como aquella que contribuye a transformar las instituciones y dinamizar cambios sociales más estructurales.

Quise poner en evidencia que las estructuras sociales con sus lógicas de poder, sus formas organizativas y sus modos de concebir la vida, son tan activas y productivas como la fuerza, la lucha, la voluntad y la acción de quienes se resisten a ellas. De ahí que haya intentado desglosar la práctica paquera como un juego de fuerzas creadoras que construye otros modos de vida. Es decir, una práctica de resistencia, entendida esta no como negación sino como un proceso de creación que busca transformar la situación y participar en el proceso (Foucault, 1999). En ella se potencializan reflexiones que cuestionan, subvierten y crean acciones alternativas ante las lógicas estructurales del sistema y se promueven los procesos de comunicación y reflexividad con las que se potencian acciones creativas, metodologías inéditas, y el fortalecimiento de estrategias de acción política personales y comunitarias.

De esta manera, todos los argumentos que presenté permiten ver los procesos de gestión de residuos en pacas digestoras como una práctica que se construye entre la estructura y la agencia; el habitus y la praxis; el deber ser y la creatividad; y lo institucional y lo comunitario. Esto significa

entender, siguiendo a los teóricos de las prácticas, la praxis como un campo de prácticas encarnadas, materialmente entrelazadas, organizadas centralmente en torno a entendimientos prácticos compartidos (Schatzki, 2001, p.3). De ahí que sea una invitación a centrar la atención en las posibilidades transformadoras de la vida cotidiana, en las que interactúan desde los conocimientos, actividades corporales, significados, ideas y comprensiones hasta los materiales, infraestructuras y configuraciones sociotécnicas (Shove & Walker, 2010, p. 476).

Quise además de resaltar las potencialidades sociales de la práctica, hacer un análisis acerca de las diversas dimensiones o posturas de lo político que se expresan. Esto es, mostrar cómo el movimiento paquero no responde a una organización o estructura determinada, sino por el contrario a una interacción constante de contradicciones. De ahí que, en el mismo grupo, o en la misma persona, se puedan hallar discursos y acciones orientadas a objetivos aparentemente opuestos. Esto porque cada una de las personas, grupos o colectivos generan reflexiones diversas, algunas más críticas o radicales que otras, o bien, porque es necesario valerse de cada uno de estos discursos y formas organizativas de acuerdo con las necesidades del contexto y a las características de cada uno de los procesos. Así, la decisión de gestionar de manera comunitaria los residuos orgánicos en pacas digestoras, pone de manifiesto la creciente insuficiencia de las concepciones macro y micro, público y privado, vida y política, en relación con la teorización del activismo político y la movilización social. Lo que lleva además a cuestionar la idea ficticia del Estado y los movimientos sociales como entes opuestos y homogéneos.

Busqué resaltar, desde la perspectiva estatista de lo político, cómo algunos paqueros valoran principalmente la postura estratégica que debe tomar el colectivo ante el Estado y sus instituciones para lograr el establecimiento de interacciones entre los actores movilizados y las autoridades públicas, con el fin de que el activismo social sea reconocido como un actor legítimo del sistema.

Desarrollé la postura dialógica de la práctica con la que se resalta la autonomía de las comunidades paqueras, sus capacidades de autoorganización y consenso. Es decir, cómo el movimiento paquero orienta sus acciones hacia la defensa de la identidad con el fin de la realización de la autonomía del sujeto. De ahí que los objetivos estén centrados en el desarrollo personal o colectivo y en el cambio de las formas de interacción, por lo que la práctica se centra en procesos de territorialización, autonomía y mayoría femenina, en las que las labores de cuidado toman protagonismo en la vida pública y política.

Finalmente, mostré desde la postura infrapolítica, cómo en el movimiento paquero se dan transformaciones ontológicas en las que se cuestionan las formas de relacionarse con los otros y con el entorno. En otras palabras, cómo los paqueros perciben que sus formas de interacción inciden recíprocamente en la vida, tanto social como natural, por lo que se da una crítica al antropocentrismo que quiere doblegar el mundo a la omnipotencia humana, y se genera una conciencia práctica del ser humano como persona incluida dentro del entorno, en pertenencia a él y en dependencia de los procesos que lo configuran.

Así, argumenté que el movimiento paquero, desde su diversidad, incluye el interés estratégico por acceder al espacio público y a los escenarios del Estado; la búsqueda por la autonomía y la organización comunitaria; y/o la transformación espiritual en el campo infrapolítico. Todas estas posturas que conllevan a formas organizativas y discursos heterogéneos que pueden variar desde formas más estructuradas de movilización hasta maneras personales de activismo.

Todo esto con la intención académica y personal de invitar a imaginar alternativas, viajar por los límites de los marcos normativos y transgredirlos. Darles relevancia a las situaciones, los contextos, los deseos y las carencias, los recuerdos y los olvidos, las relaciones y las ausencias para tener ilusión y llenarnos de esperanza. En otras palabras, motivar transformaciones cotidianas que nos permitan construir otros mundos, en los que se politice el quehacer diario, se cuestione el alimento que se consume, el residuo que deja y su potencial para continuar con el ciclo de nutrientes que garantiza la vida.

De este modo, las conclusiones de este proyecto serían improductivas sino motivaron a la acción. Espero que lo desarrollado en este texto además de haber sido descriptivo y analítico, haya sido, sobre todo, inspirador. Se refiere al interrogante que lleva al investigador a buscar respuestas concretas. Es la definición del problema que aborda con la investigación.

Referencias

- Abu-Lughod, L. (2012). Escribir contracultura. *Revista Andamios*, 9(19), 129-157.
- Álvarez Yaguez, J. (2014). Límites y potencial crítico de dos categorías políticas: infrapolítica e impolítica. *Revista Política Común*, (6). <https://bit.ly/3Rme8mh>.
- Ardévol, E. & Vayreda, A. (2002). *La mediación tecnológica en la práctica etnográfica*. Universitat Oberta de Catalunya.
- Arendt, H. (1997). *¿Qué es la política?* Paidós.
- Beasley-Murray, J. (2010). *Poshegemonía. Teoría política y América Latina*. Paidós.
- Bellamy Foster, J. (2020). *El capitalismo ha fracasado. La disyuntiva es la ruina o la revolución*. <https://bit.ly/3P27f7M>
- Bennet, J. (2010). *Vibrant Matter. A Political Ecology of Things*. Duke University Press Durham & Londres.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Siglo XXI Editores.
- Butler, J. (1997). *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Cátedra.
- Cadena, J. (1991). Notas para el estudio de los movimientos sociales y los conflictos en México. En Víctor Muro y Manuel Canto (coords.), *El estudio de los movimientos sociales: teoría y método*, (pp. 37-49). El Colegio de Michoacán/UAM-X.
- Callero, P. (2003). The Sociology of the Self. *Annual Review of Sociology, Annual Reviews*, 29(1), 115-133.
- Castro, R. (1998). Participación y voluntariado ambiental. Características y potencialidades. En Castro, R. (coord.), *Voluntariado ambiental, participación y conservación del medio ambiente* (pp. 33-47). Consejería de Medio Ambiente.
- Clifford, J. (1988). *The Predicament of Culture: Twentieth-Century Ethnography, Literature, and Art*. Harvard University Press.
- Cohen, J. & Arato, A. (2001). *Sociedad civil y teoría política*. Fondo de Cultura Económica.
- Cortés, M. E. (2020) Enfermedad por coronavirus 2019 (COVID-19): Importancia de la comunicación científica y de la enseñanza actualizada de las zoonosis. *Revista Peruana de Investigación en Salud*, 4(2), 87-88.
- Cucó I Giner, J. (2004). *Antropología urbana*. Editorial Planeta. S.A.

- De Castro, R. (1998). Educación Ambiental. En J. I. Aragonés y M. Américo (Eds.), *Psicología Ambiental*. Pirámide.
- Deleuze, G. (1987). *Foucault*. Paidós.
- Di Marco Sánchez, G. (2020). La democracia en el pensamiento de Antonio Gramsci. *Revista Jurídica Universidad Autónoma De Madrid*, (41), 129–149.
- Dobson, A. (2005). Ciudadanía ecológica. *Revista Isegoría*, (32), 47-62. <https://bit.ly/3nVwuwI>
- Estrada Saavedra, M. (2020). El concepto sistémico de lo político. Un esbozo. *Revista Sociología y Antropología*, 10(1), 99-128. <https://bit.ly/3O7zPUk>
- Flórez, J. (2010). *Lecturas emergentes. Decolonialidad y subjetividad en las teorías de movimientos sociales*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Giddens, A. (2006), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu Editores.
- Guber, R. (2011). *Etnografía y reflexividad: La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Siglo XXI Editores.
- Guerrero Arias, P. (2011). Corazonar la dimensión política de la espiritualidad y la dimensión espiritual de la política. *Revista Alteridad*, 10, 21- 39.
- Holloway, J. (2005). *Cambiar el mundo sin tomar el poder: el significado de la revolución hoy*. Editorial Melvin.
- Jociles Rubio, M. I. (2018). La observación participante en el estudio etnográfico de las prácticas sociales. *Revista Colombiana De Antropología*, 54(1), 121–150.
- Laraña, E. (1999). *La construcción de los movimientos sociales*. Alianza.
- Latour, B. (1991). *Nunca fuimos modernos: ensayo de antropología simétrica*. Siglo XXI Editores.
- Lewis, T. & Potter, E. (2011) Introducing ethical consumption. En Lewis, T. and Potter, E. (Eds.), *Ethical Consumption: A Critical Introduction* (pp. 12–44). Routledge.
- López, B & Recio, H. (1998). *Creatividad y Pensamiento Crítico*. (1ª ed.). Trillas.
- Malinowski, B. (1973). Introducción: objeto, método y finalidad de esta investigación. En *Los Argonautas del Pacífico Occidental* (pp. 19-42). Península.
- Marcus, G. E. (1995). Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography. *Annual Review of Anthropology*, 24, 95–117.

- Martín Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Editorial Gustavo Gili S.A.
- Massey, D. (2004) Geographies of responsibility. *Geografiska Annaler: Series B, Human Geography*, 86, 5–18.
- Micheletti, M. (2003). *Political Virtue and Shopping: Individuals, Consumerism, and Collective Action*. Palgrave Macmillan.
- Migdal, J. (2011). *Estados débiles, Estados fuertes*. Fondo de Cultura Económica.
- Mitchell, T. (1991). The limits of the State: beyond statist approaches and their critics. *American Political Science Review*, 85(1), 77-97.
- Moreiras, A. (2014). *Deconstrucción y política* [conferencia]. Latin American Studies Association Annual Conference, Chicago, Illinois.
- Moreiras, A. (2019). *Infrapolítica: la diferencia absoluta (entre vida y política) de la que ningún experto puede hablar*. Palinodia.
- Muñoz, G & Bake, P. (2018). Reflexión infrapolítica y democracia: una introducción. *Revista Pensamiento al Margen*, 1-29. <https://bit.ly/3bUYq0W>
- Murcia, N; Jaimes, S & Gómez, J. (2016). La práctica social como expresión de humanidad. *Cinta moebio*, (57), 257-274
- Ordonez-Beltrán, V., Frías-Moreno, M.N., Parra-Acosta, H. & Martínez-Tapia, M.E. (2019). Estudio sobre el uso de plaguicidas y su posible relación con daños a la salud. *Revista Toxicol*, 36, 148-153.
- Organización Mundial de la Salud. (2017). *Dejemos de administrar antibióticos a animales sanos para prevenir la propagación de la resistencia a los antimicrobianos*. <https://bit.ly/3nWESfC>
- Pannikar, R. (1994). *Ecosofía. Para una espiritualidad de la tierra*. San Pablo.
- Pannikar, R. (1999). *El espíritu de la política. Homo politicus*. Península,
- Pannikar, R. (2005). *De la mística. Experiencia plena de vida*. Herder.
- Ploeg, Jan Douwe van der (2019), Imperios alimentarios, soberanía alimentaria y luchas sociales, *Revista Latinoamericana de Estudios Rurales*, 4(7). <https://bit.ly/3AEAKIJ>
- Rosaldo, R. (2000). *Cultura y verdad: La reconstrucción del análisis social*. Abya-Yala.
- Sánchez Alonso, M. (1991). *Participación: metodología y práctica*. Popular Editorial.

- Santos, B. (2013). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. LOM ediciones.
- Schatzki, T. R. (2001) Introduction: practice theory. En Schatzki T. R., Cetina K. D. K. & Von Savigny E. (Eds.), *The Practice Turn in Contemporary Theory* (pp.1–14). Taylor & Francis Group.
- Schwartz, S. H. & Howard, J. A. (1984). Internalized values as motivators of altruism. En E. Staub et al. (Ed.), *Development and maintenance of prosocial behavior*. Plenum Press.
- Scott, J. (1990). *Los dominados y el arte de la resistencia: discursos ocultos*. Ediciones Era.
- Shove, E. & Walker, G. (2010). Governing transitions in the sustainability of everyday life. *Research Policy*, 39, 471–476.
- Staub, E. (1979). *Positive social behavior and morality: Socialization and development Vol. 2*. Academic.
- Suárez, E. (1998). Problemas ambientales y soluciones conductuales. En Aragonés, J. I. & Amérgo, M., *Psicología Ambiental*. Pirámide.
- Valencia, J. C. & Magallanes, C. (2015). Prácticas comunicativas, creatividad y nuevos desafíos. *Universitas Humanística*, 81(81). <https://doi.org/h4sf>
- Wallace, R., Liebman, A., Chaves, L. & Wallace, R. (2020). COVID-19 and Circuits of Capital. *Monthly Review*, 1-15. <https://doi.org/h4sg>
- Wallerstein, I. (2005). *El moderno sistema mundial: agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. Siglo XXI Editores.
- Wilk, R. (2009) The edge of agency: routines, habits and volition. En Shove E., Trentmann F. & Wilk R. (Eds.), *Time, Consumption and Everyday Life: Practice, Materiality and Culture*. Berg.
- Zapata, S.J. (2006). La condición política en Arendt. *Papel Político*, 11(2), 505-524.
- Zibechi, R. (2006). Movimientos sociales: nuevos escenarios y desafíos inéditos. *OSAL, Observatorio Social de América Latina* (21), 222-230. <https://bit.ly/3P3b8JG>
- Zibechi, R. (2007, 1 de enero). *Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos*. <https://bit.ly/3NTPVRa>
- Zibechi, Raúl. (2015). *Descolonizar el pensamiento crítico y las prácticas emancipatorias*. Desde Abajo.